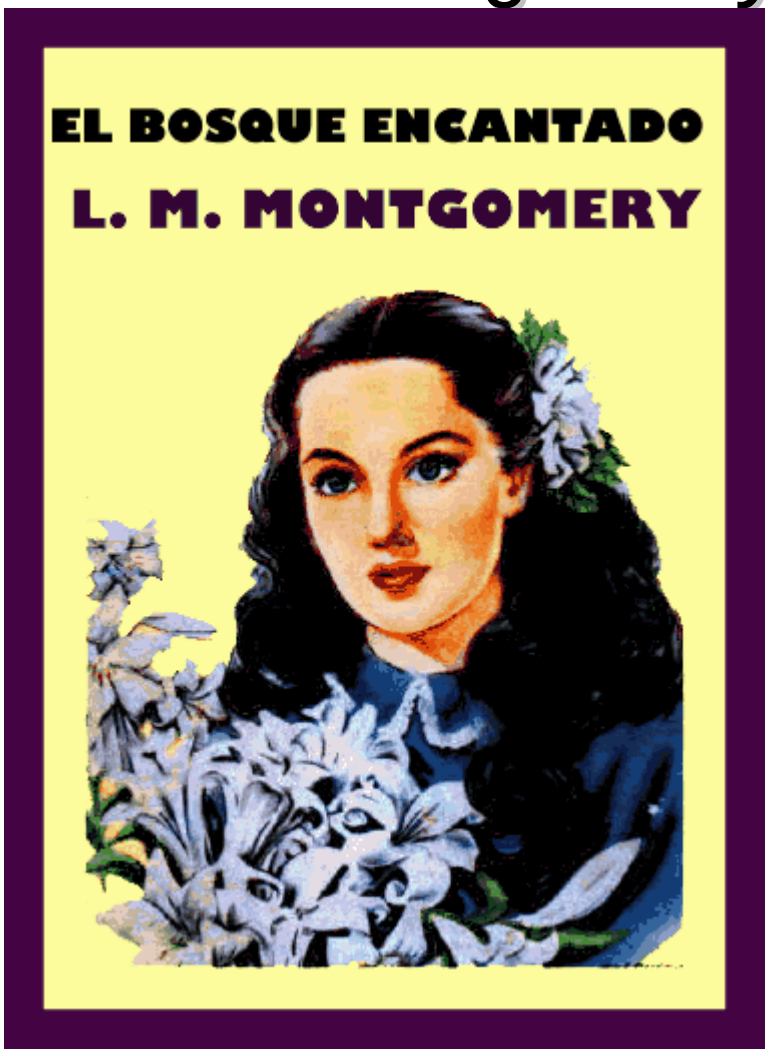
LIBRO dot.com

El Bosque Encantado

L. M. Montgomery



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO 1
PENSAMIENTOS DE LA JUVENTUD

Los rayos del sol de un día al comienzo de la primavera, pálidos y dulces, caían sobre los pabellones de ladrillos rojos del Colegio de Queenslea y en los campos que los rodeaban, lanzando a través de los desnudos arces y olmos que comenzaban a renacer, evasivas imágenes de oro y marrón sobre los senderos. No obstante, aquel sol pálido promovía la vida en los narcisos que con atisbos verdosos procuraban espiar desde el suelo las ventanas de los dormitorios estudiantiles.

Una brisa joven de abril, fresca y suave, como si viniese de los campos del recuerdo en lugar de haber atravesado las deslustradas calles, jugueteaba por la copa de los árboles y azotaba los flecos sueltos de encaje de la hiedra que cubría el frente del edificio principal. Era una brisa que cantaba, pero cantaba para cada oyente el tema que vibraba en su corazón.

Para los estudiantes que terminaban de ser diplomados y laureados por el "viejo Charlie", el grave presidente de Queenslea, en presencia de la admirada muchedumbre de padres y hermanas, novias y amigos, cantaba a la alegre esperanza, al éxito brillante y a las grandes hazañas. Cantaba a los sueños de la juventud que tal vez no se realizaran nunca por completo, pero que merecía la pena soñar. Dio ayuda a los hombres que no han alentado jamás semejantes sueños, a aquel que al abandonar las aulas no sea rico propietario de castillos en el aire. Tal vez ese hombre haya perdido el derecho a la felicidad.

La muchedumbre se estrecho al pasar por la portada del gran vestíbulo y se esparció por las inmediaciones del Colegio Superior, para después perderse por las calles, más allá.

Eric Marshall y David Baker echaron a andar juntos. El primero se había graduado en Artes ese día, siendo el premiado de su clase; el segundo, había llegado al Colegio para presenciar la ceremonia de la graduación, casi encendido de orgullo ante el triunfo de Eric.

Unía a los dos una vieja, probada y duradera amistad, aunque David fuese diez años mayor que Erie según la cuenta ordinaria del tiempo y cien años más viejo en cuanto al conocimiento de las luchas y dificultades de la vida, que envejecen al hombre mucho más rápidamente y de manera más efectiva que el mero transcurso del tiempo.

Físicamente, los dos hombres no se parecían a pesar de ser primos segundos. Eric Marshall, alto, de anchos hombros, huesudo, con un caminar suelto y fácil que sugería una reserva, de fuerza y poder, era uno de esos hombres de quien los mortales menos favorecidos se sienten tentados seriamente de preguntar por qué todos los beneficios de la fortuna suelen recaer en una sola persona. No solamente poseía una apariencia inteligente y agradable, sino también ese indefinido encanto de la personalidad que resulta independiente de la belleza física o de la habilidad intelectual. Tenía ojos azules grisáceos, firmes, el pelo castaño oscuro con reflejos dorados en las ondas que formaba naturalmente y una barbilla que daba al mundo la seguridad de que allí había un carácter. Era hijo de un hombre rico, con una limpia juventud detrás de sí y un espléndido futuro por delante. Se lo consideraba un muchacho con un gran sentido práctico, completamente

inocente de sueños románticos o visiones de cualquier tipo.

-Me temo que Erie Marshall no será nunca capaz de realizar una acción quijotesca -decía un profesor de Queenslea que tenía el hábito de componer dichos misteriosos-, pero si alguna vez lo llega a hacer, completará entonces el único elemento que le falta.

David Baker era un hombre bajo y fornido, provisto de una cara fea, irregular y agradable; sus ojos pardos, bondadosos pero reservados; la boca tenía un rictus burlón que se transformaba en sarcástico, alegre o persuasivo según la voluntad de su dueño. La voz generalmente era suave y musical como la de una mujer; pocas personas habían visto a David Baker verdaderamente enojado, y pocos habían oído los tonos que en tales casos partían de su garganta; y esas personas no sentían el menor deseo de repetir la experiencia.

Era médico -especialista en las enfermedades de la garganta- y comenzaba por aquel entonces a sentar promisoria fama en todo el país. Pertenecía a la Junta Médica del Colegio Superior de Queenslea y se susurraba que muy pronto habría de ser llamado para llenar una importante vacante en McGill.

Se había abierto camino a través de obstáculos y dificultades que sin duda habrían abatido a la mayoría de los hombres. En la época en que nació Eric, David Baker era un muchachito que hacía los mandados en el gran departamento de almacenes de Marshall y Compañía. Trece años más tarde se graduó con los más altos honores en el Colegio Médico de Queenslea. El señor Marshall le proporcionó toda la ayuda que el elevado orgullo de David podía admitir y al graduarse, insistió en enviar al joven para que siguiera un curso de post-graduados en Londres y en Alemania.

David ya había restituído centavo por centavo, todo el dinero que el señor Marshall gastara en su educación; pero jamás dejó de sentir una apasionada gratitud por aquel hombre bondadoso y lleno de generosidad. Por otra parte, devolvía gran parte de los favores recibidos manteniendo un sentimiento de acendrado cariño hacia el hijo de su benefactor, cariño superior aun al que une generalmente a los hermanos por la sangre.

Había seguido los estudios de Eric con gran interés y eficacia. Su deseo era que Eric continuara su carrera en las leyes o en la medicina ahora que había terminado con el curso de Artes y se sentía profundamente decepcionado porque su joven amigo decidía finalmente dedicarse a los negocios con su padre.

-Es un lamentable desperdicio de tu talento, -gruñía, mientras regresaban a su casa desde el Colegio-. Ganarías fama y distinción en el estudio del derecho. Esa lengua fácil que tienes está hecha para un abogado y es un desprecio a la Providencia que la dediques a usos comerciales. .. Es una verdadera traición a los propósitos del destino. ¿Dónde están tus ambiciones?

-Donde deben estar -respondió Eric con su risa fácil-. Tal vez no sea de tu gusto, pero hay mucho campo de acción en este país tan joven como es el nuestro. Sí, voy a comenzar con los negocios. En primer lugar ha sido el deseo que acarició mi padre desde el día que nací y se sentiría dolorido si me echara atrás. Quiso que hiciese el curso de Artes porque está convencido de que los hombres deben poseer una educación liberal tan buena como se pueda lograr. Pero ahora que he terminado, quiere que me incorpore a su firma.

-No se opondría en absoluto si pensase que tú quieres realmente hacer otra cosa.

-Sin duda, pero yo no lo deseo realmente ... ésa es la cosa, David. Tú odias la vida de los negocios a tal punto, que no puedes comprender con tu bendito cerebro que otros la

aceptemos complacidos. Hay muchos abogados en el mundo, tal vez demasiados, pero no hay demasiados hombres honrados en los negocios, dispuestos a realizar empresas limpias para el mejoramiento de la humanidad y el progreso de su país ; para planear grandes instituciones comerciales y conducirlas con inteligencia y valor, para manejarlas y fiscalizarlas con elevado ánimo. ¡Ahí tienes l Me estoy poniendo elocuente de manera que será mejor que me calle. En cuanto a las ambiciones, estoy lleno de ellas, me brotan por todos los poros. Me propongo hacer que el departamento de almacenes de Marshall y Compañía se haga famoso en todos los océanos. Papá comenzó su vida como un muchacho pobre que era, en una granja de Nueva Escocia. Ha creado una empresa que tiene prestigio en la región. Yo pienso extenderlo. Dentro de cinco años tendremos un prestigio marítimo y en diez años, abarcaremos el Canadá. Quiero que la firma de Marshall y Compañía comience algo grande por el interés comercial de Canadá. ¿Acaso no es ésa una ambición tan honorable como la de procurar que lo negro parezca blanco, ante una corte de justicia, o descubrir una nueva enfermedad con un nombre horripilante, para atormentar a las pobres criaturas que de otro modo podrían morir serenamente en la bendita ignorancia del flagelo que las carcome?

-Cuando comienzas a hacer chistes malos, lo mejor es abandonar la idea de discutir contigo -respondió David encogiendo sus anchos hombros-. Pasa por tu puerta y sigue el camino que quieras. Antes intentaría el asalto a una fortaleza por mi sola cuenta, que pretender hacerte variar el curso de lo que ya tienes decidido. ¡Por Dios! ¡Esta calle lo agota a uno ! ¿Cómo se le habrá ocurrido a nuestros antepasados edificar una ciudad en la falda de una colina? Ya no me siento tan ágil y activo como hace diez años cuando me gradué. A propósito, ¡ qué cantidad de muchachas estudiantes que había en tu curso!

Conté hasta veinte si no me equivoco. Cuando yo estudiaba no había más que dos muchachas en el curso y eran consideradas la vanguardia femenina de Queenslea. Las dos habían pasado ya su primera juventud y se mostraban ceñudas, angulosas y severas. Y estoy seguro de que jamás habían tenido trato con un espejo, pero te advierto que eran excelentes compañeras... ¡Excelentes!

Los tiempos han cambiado mucho a juzgar por las compañeras que has tenido tú. Había allí una muchacha que no podía tener más de dieciocho años ... y parecía estar hecha de oro, de pétalos de rosa y de gotas de rocío.

-El oráculo habla en verso -contesté Erie riendo-. Ésa que dices es Florence Perciyal, que tiene el primer puesto en matemáticas. Muchos consideran que es la belleza del curso. No puedo decir que mi opinión coincide. No me lama la atención ese tipo rubio e infantil de belleza ... Por mi parte prefiero a Agnes Campion. ¿No la notaste? Es la muchacha alta, morena, de trenzas, con un cutis de terciopelo. La que se llevó el premio de filosofía.

-Sí que la "noté" -declaró enfáticamente David, echando una mirada de soslayo a su compañero-. La observé de la manera más particular y más crítica ... porque ciertas personas que estaban cerca de mí murmuraron su nombre y lo asociaron con la interesante noticia de que la señorita Campion habría de ser la futura esposa de Eric Marshall. Con ese motivo, como puedes suponer, la contemplé con los ojos bien abiertos.

-Esa noticia . no es verdadera -replicó. Eric en tono de fastidio-. Agnes y yo somos muy buenos amigos y nada más. Me gusta y la admiro más que a ninguna de las otras mujeres que conozco; pero si es que la futura esposa de Eric Marshall existe, todavía no la he visto. Ni siquiera he comenzado a buscarla y no me propongo hacerlo todavía por

varios años. Tengo otras cosas en qué pensar -concluyó en tal tono de queja, que cualquiera habría adivinado que Eric iba a ser castigado si es que Cupido no era sordo además de ciego.

-Te encontrarás con la dama del futuro alguna vez -dijo David secamente-. Y a pesar de tu fastidio me aventuro a predecir que si el destino no; te la pone por delante antes de mucho tiempo, ya saldrás tú en su busca. Una palabra de consejo, amigo mío : cuando, salgas a cortejar a una dama, lleva contigo el sentido común.

-¿,Crees que sería capaz de dejarlo en casa s -preguntó Erie divertido.

-Bueno, no confío mucho en ti -respondió David moviendo la cabeza con aire de sabiduría-. La parte escocesa que tienes en la sangre está muy bien, pero tienes un toque de sangre celta que te llega por tu abuela y cuando un hombre lleva en sí una gota de sangre celta, no se sabe en qué momento va a estallar, ni a, qué baile va a conducir a su dueño, especialmente cuando se trata de los negocios del amor. Te digo sinceramente que en ese caso me temo que seas capaz de perder la cabeza con tal de alcanzar algún pequeñísimo favor. Eso te haría, infeliz para toda la vida. Te ruego que cuando elijas a tu esposa, recuerdes que me he reservado el derecho de echarle una mirada cándida para formarme una opinión sobre ella.

-Formarás todas las opiniones que quieras, pero es "mi" opinión y solamente mi opinión la que valdrá en semejante caso -replicó Eric.

-Eres el más tozudo de los miembros de una raza tozuda -gruñó David mirándolo con afecto-. Yo bien sé todo eso que dices y es por eso justamente que no me siento cómodo ni me sentiré hasta que no te vea casado ' con la muchacha que te conviene. No es difícil de encontrar, Nueve de cada diez muchachas en nuestro país, son aptas para vivir en palacios reales, pero las diez deben ser examinadas antes de dar el' "último paso".

-Eres tan malo como la "Inteligente Alice" en el cuento de hadas, que se preocupaba por el futuro de los niños que no habían nacido -protestó Eric.

-La gente se ha reído injustamente de la "Inteligente Alice" -contestó gravemente David-. Nosotros los médicos bien lo sabemos. Tal vez la chica haya exagerado un poco su preocupación, pero en principio tenía toda la razón del mundo. Si la gente se preocupara un poco más de los chicos que no han nacido, al menos hasta el límite de proporcionarles una apropiada herencia física, mental y moral y dejara de preocuparse tanto después "que han nacido", este mundo sería un lugar mucho más agradable donde vivir y la especie humana haría más progresos en una sola generación que en todas las que registra la historia.

-¡Oh! Si te propones montar ahora toda tu adorada teoría de la herencia, no voy a discutir contigo, David. Pero en cuanto al tema de urgirme para que me ponga a buscar una muchacha que se quiera casar conmigo..., ¿por qué no lo haces tú?

La intención de Eric había sido la de preguntar : "¿Por qué no te casas con una muchacha que haga honor a tus merecimientos y me brindas un buen ejemplo?" Pero se contuvo. Sabía él que en la vida de David Baker existía un secreto dolor, que ni siquiera la más profunda amistad estaba autorizada a rozar. Cambió pues la pregunta ...

-... ¿Por qué no dejas el asunto en manos de los dioses que son quienes deben decidirlo? Creía que eras un firme creyente en la predestinación, David.

-Pues lo soy hasta cierto punto -replicó cautelosamente David-. Yo creo, como solía decir una excelente tía muy vieja, que lo que tiene que ser será y que lo que no tiene que ser ... ocurre algunas veces. Y justamente son esas cosas inesperadas las que trastornan

los planes mejor ideados. Me atrevo a suponer que piensas que no soy más que un vejestorio, Eric, pero yo sé algo más del mundo que tú y creo, con Arthur de Tennyson, que "no hay poder más artero bajo el cielo, que la primera pasión por una joven". Deseo verte anclado sano y salvo, junto al amor sincero de una muchacha buena. Tan pronto como sea posible, eso es todo. Siento mucho que la señorita Campion no sea tu dama del futuro. Me gusta su apariencia, te aseguro. Es buena, fuerte y franca. Tiene los ojos y la mirada de una mujer que es capaz de amar de un modo que valga la pena. Por lo demás, es bien nacida, bien criada y bien educada, tres cosas indispensables cuando ha llegado el momento de elegir a una mujer que va a ocupar el lugar de la madre. ¡Eso es, amigo mío!

-Estoy de acuerdo contigo -dijo Erie descuidadamente-. No podría casarme con una mujer que no llenara esos requisitos, pero como te he dicho, no estoy enamorado de Agnes Campion... , y por lo demás sería inútil que lo estuviera. Está comprometida con Larry West. ¿Te acuerdas de West?

-¿Aquel chico delgadito, con las piernas tan largas, con quien conversabas tanto en tus dos primeros años de Queenslea ¿Me acuerdo, ¿qué se ha hecho de el?

-Tuvo que dejar después de segundo año por razones económicas. Está trabajando para poder seguir sus estudios. En los dos últimos años ha estado enseñando en una escuelita de la Isla del Príncipe Eduardo. No está muy bien de salud. El pobre muchacho nunca fue muy fuerte y ha estudiado con grandes sacrificios. No tengo noticias de el desde febrero. Me decía la última vez que escribió, que no sabía si iba a poder soportar el trabajo hasta fin de año. Ojalá que Larry pueda sostenerse. Es un gran muchacho y es digno hasta de la misma Agnes Campion. Bueno, aquí estamos. Entramos, David.

-Esta tarde no.. . no tengo tiempo. Debo ir al Norte en seguida para ver a un hombre que tiene la garganta a la miseria. Nadie puede decir que es lo que le pasa. Todos los médicos están asombrados. A mí me tiene asombrado también, pero si no se muere antes, terminare por enterarme de que se trata.

CAPÍTULO 2
UNA CARTA DEL DESTINO

Eme, al notar que su padre no había regresado del Colegio, se fue a la biblioteca de la casa y se sentó para leer cómodamente una carta que había recogido de la mesa del vestíbulo.

Era una carta de Larry West y después de leer las primeras líneas, el rostro del joven perdió el aire ausente y adoptó una expresión de profundo interés.

"Te escribo para pedirte un favor, Marshall -escribía West-. El hecho es que he caído en manos de los filisteos ... vale decir, de los médicos. No me he sentido nada bien durante el invierno pero me aguanté con la esperanza de terminar el año.

"La semana pasada, mi patrona -que es una santa a la antigua y con antiparras-, me miró a la cara una mañana mientras estábamos ante la mesa del desayuno y me dijo muy 'amablemente': Usted tiene que ir a la ciudad mañana, maestro, y consultar al medico sobre su salud ".

"Yo fui sin pretender ponerme a discutir con ella. La señora Williamson es Aquella-

Que-Debe-Ser-Obedecida. Tiene el inconveniente hábito de hacerte notar que ella tiene razón y que tú no eres más que un tonto si no recoges su consejo. Te sientes ante `ella', como que lo que `ella' piensa hoy, lo pensarás tú mañana.



"En Charlottetown consulte a un médico. Me palpó, me apretó, me pellizcó, me aplicó aparatos muy raros y escuchó por el otro extremo de ellos; y finalmente me dijo que debía dejar de trabajar inmediatamente e irme a un clima que no se encuentre azotado por los vientos del Noreste como la Isla del Príncipe Eduardo en primavera. No se me permitirá realizar el menor esfuerzo hasta que llegue el otoño. Tal fue el dictamen y la señora Williamson lo confirmó.

"Voy a estar al frente de la escuela esta semana y después comienzan las vacaciones de primavera que duran tres semanas. Quiero que tú vengas y tomes mi puesto de maestro en la escuela de Lindsay por la última semana de mayo y el mes de junio. Entonces termina el año escolar y ya habrá montones de maestros que deseen tomar el puesto, pero en este momento no consigo encontrar un reemplazante que valga la pena. Tengo un par de alumnos que se están preparando para dar el examen de ingreso a la Academia de la Reina; no quiero abandonarlos en el pantano ni confiarlos a las manos de un maestro de tercera categoría que sepa poco latín y menos griego. Ven pronto y hazte cargo de la escuela hasta que termine el curso, tú que eres el hijo preferido del lujo y las comodidades de la vida. ¡Te servirá para que te des cuenta cómo se siente un hombre de millonario cuando gana veinticinco dólares por mes sin otra ayuda que su propio esfuerzo e inteligencia!

"Seriamente te digo, Marshall, espero que puedas venir, porque no tengo ningún otro amigo a quien pedirle. El trabajo no es muy duro, aunque puede que lo encuentres bastante monótono. Por cierto que estas costas norteñas llenas de granjas, constituyen un sitio muy pintoresco y tranquilo. El nacimiento y la puesta del sol son los acontecimientos más importantes del día, pero la gente es muy bondadosa y hospitalaria; y la Isla del Príncipe Eduardo en el mes de junio es un espectáculo como pocas veces se ve, salvo en los sueños. Hay unas cuantas truchas en el lago y siempre encontrarás un viejo marinero en la rada que con todo gusto te llevará a pescar mar adentro.

"Te recomiendo mi casa de pensión. La encontrarás cómoda y no muy lejana al edificio de la escuela. La señora Williamson es la criatura más agradable del mundo. Se trata de una cocinera a la antigua que te brindará banquetes repletos de cosas alimenticias, cuyo precio debiera pagarse en rubíes.

"Su marido Robert, o Bob, como se lo llama en general pese a sus sesenta años, es toda una personalidad a su manera. Es un viejo chismoso y divertido, con tendencia al

Librodot

comentario picante y un permanente deseo de meter el dedo en pastel ajeno. Sabe todas las cosas sobre todos los vecinos de Lindsay contando las tres últimas generaciones.

"No tienen hijos, pero el viejo Bob es propietario de un gato negro que es su tesoro más preciado. El nombre del animal es, Timothy y como tal debe ser siempre llamado o mencionado. Nunca, mientras tengas en algo el aprecio de Robert, nunca permitas que te oiga llamarlo "el gato" o ni siquiera "Tim". En tal caso no serías perdonado y dejaría de considerarte persona apta para encontrarse a cargo de la escuela.

"Tendrías mi habitación, un recinto pequeño ubicado sobre la cocina, con el techo que sigue la inclinación hacia un lado y en cuya parte más bala te golpearás la cabeza una cantidad innumerable de veces hasta que te acuerdes definitivamente de cuál es el momento en que debes agacharte. Hay también un espejo frente al que descubrirás que uno de tus ojos es tan pequeño como un guisante y el otro tan grande como una naranja.

"Para compensar estas desventajas, la provisión de toallas es generosa y constante; y hay una ventana desde donde obtienes durante el día una vista occidental de la pequeña ensenada de Lindsay, que constituye un indescriptible milagro de belleza. El sol se está poniendo mientras escribo y veo desde aquí así como un mar de vidrio mezclado con fuego, según se describen las visiones del profeta de Patmos. Una barca se hace a la vela en dirección al oro y carmesí del horizonte; la gran luz giratoria en el extremo del promontorio, más allá de la ensenada, acaba de ser encendida y pestañea y reluce como un faro,

... sobre la bruma
de peligrosos mares junto a países legendarios olvidados.

"Envíame un telegrama si es que puedes venir; y si puedes ten en cuenta que tus deberes comenzarían aquí el veintitrés de mayo".

El señor Marshall llegó justamente cuando Erie estaba doblando pensativo la carta. El primero, más tenía el aspecto de un anciano clérigo o de filántropo, que el de un hombre de negocios hábil, astuto, en cierto modo endurecido, aunque justo y honesto como era. Era un rostro redondo y rosado enmarcado en patillas blancas, su cabello completamente blanco y su boca fruncida levemente hacia arriba. Sólo en sus ojos azules aparecía una chispita que era la que contenía a los hombres que intentaban aprovecharse de él en el negocio que tuvieran en vista.

Fácilmente se deducía -que Erie heredaba la belleza y distinción personal de su madre, cuyo retrato pendía en la pared oscura que quedaba entre las dos ventanas. Había muerto muy joven, cuando Eric no contaba más que diez años. Mientras vivió fue objeto de la apasionada devoción de padre e hijo; y el rostro firme, pero suave y dulce a la vez, era el testimonio de que ella había merecido el cariño y la reverencia de los dos. La misma cara, repetida en molde masculino, aparecía en Eric. El cabello castaño nacía en el borde de la frente, de la misma manera; sus ojos eran como los de ella y cuando estaba serio tenían la misma expresión acariciarte y tierna.

El señor Marshall estaba muy orgulloso por el éxito de su hijo en el Colegio Superior, pero no tenía intenciones de dejárselo notar. Amaba a ese hijo que tenía los mismos ojos que su esposa, lo amaba más que a nada en la tierra y todas sus esperanzas y ambiciones se concentraban en él.

-Bueno, gracias a Dios que todo ese batifondo ha terminado -dijo a modo de saludo

mientras se dejaba caer en un cómodo sillón.

-¿No te pareció interesante el programa? -preguntó Eric con aire ausente.

-La mayor parte eran tonterías -contestó el padre-. Lo único que me gustó fue la oración en Latín que pronunció Charlie y esas lindas muchachas que avanzaban hasta el frente para recibir sus diplomas. El Latín es indudablemente la lengua apropiada para las oraciones, estoy convencido... al menos cuando un hombre tiene la voz del "viejo Charlie". Había tal sonoridad en los matices, que cada palabra me sacudía los huesos. Y después esas niñas que parecían claveles frescos. Agnes era la más bonita de todo el lote en mi opinión. Tengo la esperanza de que sea verdad que la estás cortejando, Eric.

-¡Por favor, padre! -exclamó Erie medio irritado y medio risueño-. Acaso tú. y David Baker se han puesto de acuerdo para conspirar contra mi soltería?

-Jamás he hablado una sola palabra con David de semejante tema -protestó el señor Marshall.

-Bueno, eres entonces tan entrometido como el. Ha venido machacando sobre lo mismo desde el Colegio hasta aquí. ¿,Por que tienen tanto apuro que me case, papá?

-Porque quiero que una mujer maneje esta casa cuanto antes sea posible. No ha habido ninguna desde que tu madre se fue y estoy cansado de las amas de llaves. Por lo demás, quiero tener a tus hijos sobre mis rodillas antes de morirme, Eric, y ya voy siendo un hombre bastante viejo.

-Tu deseo es natural, padre -respondió amablemente Erie, echando una mirada al retrato de su madre-. Pero no puedo salir corriendo para casarme con la primera que encuentre, ¿no es cierto? Y me temo que no seré capaz de publicar un aviso para conseguirla, aunque estemos viviendo la época de las grandes empresas comerciales.

-¿No hay ninguna hacia la cual te sientas inclinado? -inquirió el señor Marshall con el tono de paciencia de quien pasa por alto las frivolidades de la juventud.

-No. Todavía no me he encontrado con una mujer que me haga estremecer o que me acelere el pulso.

-Realmente no sé de qué están hechos ustedes, los jóvenes de hoy día -grujió el viejo-. Antes de llegar a tu edad yo ya me había enamorado una docena de veces.

-Puede que te hayas "enamorado", pero en ningún momento entregaste tu verdadero cariño hasta que conociste a mamá. Estoy bien enterado de eso, papá. Y eso mismo no ocurrió hasta que estuviste bien avanzado en la vida.

-Eres muy difícil de conformar. ¡Eso es lo que ocurre! ¡Eso es lo que ocurre contigo

-Tal vez sea así. Cuando un hombre ha tenido una madre como la que yo he tenido, su escala de valores con respecto' a las mujeres resulta muy exigente por cierto. Dejemos este tema, papá. Escúchame... quiero que leas esta carta de Larry.

-¡Hum! -gruñó el señor Marshall cuando hubo finalizado la lectura-. De modo que al final Larry es derrotado... siempre pensé que no lo soportaría. .. siempre lo esperé. Lo siento mucho. Era un excelente muchacho. Bueno... ¿vas a ir ?

-Sí, creo que sí, si es que tú no te opones.

-Vas a tener una temporada llena de monotonía, a juzgar por la descripción de Lindsay.

-Probablemente, pero no voy allí en busca de aventuras. Voy para cumplir con Larry y a echar un vistazo a la Isla.

-Pues vale la pena echarle un vistazo en algunas épocas del año -concedió el señor Marshall-. Cuando voy a la Isla del Príncipe Eduardo en el verano me encuentro con un

viejo isleño escocés que conocí hace mucho tiempo en Winnipeg. Siempre está hablando de la "Isla". Una vez alguien le preguntó : "¿A qué isla se refiere?". El hombre miró al que le preguntaba como si se tratara de un individuo ignorante y después respondió "Pues la Isla del Príncipe Eduardo, hombre. ¿Qué otra isla puede haber?. . . ". Vete pues, si quieres, Eric. Necesitas un descanso después del esfuerzo de los exámenes y antes de ponerte a trabajar. Y preocúpate de no enredarte en ninguna cuestión, jovencito.

-No parece que puedan producirse muchas cuestiones en un lugar como Lindsay – exclamó riendo Eric.

-Probablemente el diablo encuentre la manera de hacer tanto daño entre los perezosos de Lindsay como en cualquier otra parte. La peor tragedia de que he tenido noticia en mi vida, tuvo lugar en una granja que estaba a quince kilómetros del ferrocarril y a cinco del primer negocio. No obstante, espero que el hijo de tu mamá

sabrá comportarse manteniendo su temor a Dios y su desconfianza de los hombres. De todos modos, lo peor que puede sucederte es que una mujer descarriada te ponga allí a dormir en su pieza de huéspedes. Si tal ocurre, quiera el Señor tener piedad de tu alma.

CAPÍTULO 3
EL MAESTRO DE LA ESCUELA DE LINDSAY

Un mes más tarde, Eric Marshall salía una tarde de la vieja escuela pintada con cal y cerraba la puerta con llave. La puerta aparecía labrada por numerosas iniciales y constaba de dos planchas de madera, teniendo en cuenta los golpes y asaltos que estaba destinada a padecer.

Los alumnos de Eric se habían ido a su casa una hora antes, pero él se quedó a resolver algunos problemas de álgebra y a corregir otros ejercicios de latín para sus estudiantes más adelantados.

El sol se sesgaba en finas líneas tibias y amarillas a través de la espesura de los arces por el oeste del edificio y el aire fresco bajo las enramadas hacía reventar los botones dorados. Dos ovejas pastaban en un lejano extremo del campo ; el cencerro de una vaca tintineaba débilmente en algún lugar del bosque de arces produciendo un efecto musical en el quieto ambiente cristalino que a pesar de ser suave se revestía del toque austero propio de la primavera canadiense.

En aquel momento, el mundo entero parecía. haber caído en una ensoñación sin temores.

La escena era serena y pastoril, casi en un exceso de tal medida, según consideró el joven encogiendo los hombros mientras se detenía sobre lose desgastados escalones y echaba una mirada en torno. Pensó cómo podría pasar un mes entero allí.

-Papá se reiría de mí si supiera que ya me tiene enfermo este ambiente -siguió pensando, mientras atravesaba el patio de juegos en dirección al camino rojo que pasaba frente a la escuela-. Bueno, de todos modos ya ha pasada una semana. Me he ganado el sustento por espacio de cinco días completos y esto es algo que. jamás pude decir antes, en mis veinticuatro años de existencia. Es un pensamiento feliz. Pero enseñar en una escuela del distrito de Lindsay no tiene nada de feliz... al menos en una escuela que se

sabe comportar tan bien, donde los alumnos son tan buenos que ni siquiera obtengo el tradicional estímulo que significa luchar con el chico travieso. En esta institución escolar de Lindsay todo parece marchar con la regularidad de un reloj. Seguramente debe asignarse a Larry el mérito de semejante organización. Es como si yo no fuera más que una ruedita metida en una gran máquina perfecta que camina sola. Sin embargo, entiendo que hay varios alumnos que todavía no han venido a la escuela y quienes, de acuerdo con mis informes, no se han encontrado todavía con el que los ponga en vereda. Puede que esos chicos vengan a hacer las cosas más interesantes. También unas cuantas composiciones más del estilo de las de John Reid echarían algún condimento a mi vida profesional.

La risa de Erie despertó algunos ecos sobre la falda de la colina en el momento en que tomaba el camino descendente. Había ofrecido a sus alumnos del cuarto grado la elección de los temas para la composición de esa mañana y John Reid, un pequeño bribón, muy serio, sin el más mínimo sentido del humor, había escogido bajo la sugestión secreta de su travieso compañero de banco, el tema del "Galanteo". Su primera frase al abrir la composición, obligó a Erie durante todo el día a hacer un esfuerzo para no reírse delante de los alumnos. Y decía : "El galanteo es una cosa muy agradable, con la cual la gente suele irse demasiado lejos".

Las colinas distantes y las boscosas tierras altas parecían trémulas y etéreas tras la delicada niebla primaveral. Los jóvenes arces con su ropaje de hojas verdes, se apiñaban sobre el borde mismo del camino a cada lado, pero más allá de ellos se veían campos esmeralda horneándose al sol, sobre los cuales nubes de sombras se tendían, se ensanchaban y desaparecían. Allá abajo el océano azul dormitaba, suspirando en medio de sus sueños con el murmullo que se prende para siempre de los oídos de aquellos cuya buena fortuna es haber nacido en lugares cercanos a él.

De vez en cuando Erie se encontraba con algún mozo imberbe de camisa estrecha y a caballo con las piernas desnudas, o con algún granjero de rostro curtido, en su coche, quien movía la cabeza y exclamaba alegremente

-¡Buenas, maestro!

Se cruzó con él una muchachita con el rostro oval y rosado, las mejillas con hoyuelos y los hermosos ojos oscuros llenos de maliciosa coquetería. Lo miró como si no tuviera inconveniente en trabar una relación más amistosa con el nuevo maestro.

A mitad de camino, Erie encontró un viejo y vacilante caballo gris que tiraba de un carro que sin duda había conocido mejores días. Lo conducía una mujer, una de esas criaturas de piel amarillenta que jamás han sentido una emoción feliz en toda su vida. Detuvo al pobre caballo e hizo una seña con el mango de un paraguas raído y antiquísimo, para que el joven se acercara.

-Supongo que usted es el nuevo maestro, ¿no es cierto?

Eric admitió que lo era.

-Bueno, me alegro de verlo -dijo entonces la mujer ofreciéndole una mano metida en un guante que en cierta época debió haber sido negro.

-Sentí mucho que el señor West se fuese porque realmente era un buen maestro y una criatura inofensiva y sin maldad, si es que alguna vez la hubo en este mundo. Pero cada vez que lo veía le decía yo que se estaba consumiendo, si es que algún hombre se ha estado consumiendo alguna vez. "Usted" parece tener buena salud..., aunque una no puede asegurar nunca nada por las apariencias. Yo tuve un hermano que tenía su mismo

físico, pero murió en un accidente ferroviario en el oeste cuando todavía era muy joven.

La mujer hizo una pausa.

-Tengo un muchacho que pienso mandar a la escuela la semana que viene. Debió haber ido esta semana, pero tuve que hacerlo quedar en casa para que me ayudara. Su padre no quiere trabajar, no trabaja y no hay quien lo haga trabajar.

-Sandy... su nombre completo es Edward Alexander porque los dos nombres corresponden a sus dos abuelos... Sandy odia la idea de ir a la escuela y siempre ha sido así. Pero tendrá que ir porque estoy decidida a que le metan las lecciones en la cabeza aunque sea a martillazos. Supongo que usted va a tener dificultades con el chico, maestro, porque es más bruto que un burro y. tan obstinado como la mula de Salomón. Pero acuérdese de esto, maestro, yo le voy a respaldar. Déle unas buenas a Sandy cada vez que lo necesite y mándeme unas líneas escritas en el cuaderno para que yo le dé otra buena dosis. Hay gente que siempre se pone del lado de los chicos cuando tienen alguna cuestión en la escuela, pero yo no soy de ésas y nunca lo he sido. Usted puede confiar en Rebeca Reid, maestro.

-Gracias, estoy seguro de que es así, señora -dijo Eric en su tono más cortés.

Mantuvo con un esfuerzo su rostro sereno hasta que la señora Reid se hubo ido con el corazón consolado "hasta el punto en que ese corazón podía sentirse consolado". Aquella mujer había sido endurecida por tantos años de pobreza y trabajo rudo y por un marido que no quería trabajar y que nadie podía hacer trabajar y ya casi no era un ser humano para la vida de relación social.

La señora Reid pensó que aquel joven era muy agradable.

Erie conocía ya a la mayoría de la gente de Lindsay de vista; pero al pie mismo de la colina se encontró con dos personas, un hombre y un muchacho, a quienes no había visto. Iban sentados en un coche antiguo y gastado y en aquel momento dejaban beber al caballo en el arroyo, el cual hacía gargarismos con sus aguas límpidas bajo el puente de tablas.

Eric los contempló con alguna curiosidad. No tenían en absoluto el aspecto común de los vecinos de la región. Particularmente el muchacho tenía apariencia de ser extranjero a pesar de su camisa de carranclán y sus pantalones de tela casera, prendas que parecían la norma de uso para los mozos de Lindsay en sus días de trabajo granjero. Tenía un físico delgado y flexible, de hombros caídos y un cuello no menos delgado y moreno que emergía de la pechera abierta de la camisa. La cabeza cubierta de pelo espeso, oscuro, sedoso y rizado; la mano que pendía por fuera del coche era extrañamente alargada y elegante. El rostro rico en facciones, aunque de rasgos pesados y la piel de tono oliva, salvo en las mejillas que se mostraban carmesí violento. La boca roja y dibujada como la de una muchacha y los ojos grandes, negros y atrevidos.

En resumen, era un muchacho buen mozo estrictamente considerado, pero la expresión era sombría y en cierto modo le sugirió a Eric la impresión de una criatura sinuosa, felina, que estuviera aprovechando los rayos del sol con graciosa indolencia, pero siempre lista para el salto inesperado.

El otro ocupante del coche era un hombre entre sesenta y cinco y setenta años, con el pelo gris, una barba también gris y plena, un rostro de duras facciones y ojos profundos y rasgados con destellos pardos. Evidentemente era alto, de figura desgarbada y estrecha y hombres huesudos. La boca, de labios apretados e implacables, daba la impresión de no haber sonreído nunca. Evidentemente, la idea de la sonrisa no podía ser asociada con

aquel hombre; resultaba absolutamente incongruente. No obstante, en su apariencia no había nada repelente y antes bien, mostraba alguna característica misteriosa que atrajo la atención de Eric.

El joven estaba orgulloso de sus condiciones psicológicas de fisonomista y estuvo seguro de que quel individuo no era un granjero de los comuLes en Lindsay, del tipo gárrulo tan familiar.

Mucho después que el coche con aquella pareja an dispar se hubo alejado en la ascensión de la oliva, Eric se sorprendió a sí mismo pensando n el hombre de aire severo y en el muchacho de Dios negros v labios roios.

CAPÍTULO 4
UNA CONVERSACIÓN EN LA MESA DEL TÉ

LA casa de los Williamson, donde Erie se alojaba, se hallaba en la cresta de la colina subsiguiente. Al joven le gustaba tal como Larry West se lo había profetizado. Los Williamson, como el resto de la población de Lindsay, daban por sentado que el no era más que un estudiante pobre que luchaba arduamente para salir adelante lo mismo que su antecesor. Erie procuró no contradecir esta creencia, aunque tampoco dijo nada que pudiera ser tomado como confirmación de ella.

Los Williamson estaban tomando él te en la cocina cuando Erie llegó. La señora Williamson era la "santa a la antigua y con antiparras" que había descripto Larry West. A Eric le gustaba. Era una mujer delgada, con el pelo gris, con un rostro fino, dulce y agradable, profundamente surcado por las líneas que registraban pesares superados a través del tiempo. Como norma general hablaba toco: pero en verdad, según afirmaban los que la conocían, cuando lo hacía no hablaba sino que "afirmaba" algo. El detalle que siempre asombro a Eric en ella fue el de como pudo haberse casado con Robert Williamson.

Sonrió con su modo maternal a Eric mientras este colgaba el sombrero en la pared pintada con cal y tomaba su sitio a la mesa. Al otro lado de la ventana que quedaba a sus espaldas había un bosquecillo de abedules, a quien el sol poniente prestaba un esplendor trémulo.

El viejo Robert Williamson se sentaba frente a el en un banco. Era un hombre mayor, pequeño y delgado, medio perdido dentro de sus ropas que parecían ser demasiado grandes para el. Cuando hablaba, su voz se mostraba aguda, casi chillona como su misma persona.

El otro extremo del banco estaba ocupado por Timothy, zalamero y complaciente, con el pecho nevado, el lomo negro y las patas blancas. Cada vez que Robert tomaba un bocado de cualquier cosa, le daba un pedazo a Timothy, que se lo comía ávidamente ronroneando su gratitud.

-Ya ve usted que hemos estado atareados esperándolo, maestro -dijo el viejo Robert-. Esta tarde llega atrasado. ¿Tuvo que retener a alguno de los chicos en la escuela? Es una manera tonta de castigarlos, porque se castiga tanto usted como ellos. Un maestro que tuvimos hace. cuatro años, se acostumbro a encerrarlos bajo llave y se iba. Después

volvía al cabo de una hora y los de los encontraba. Tom Ferguson dio de puntapiés a los paneles de la puerta hasta que la rompió y salió de ese modo.. Entonces pusimos una puerta nueva con panel doble para que no pudieran romperla.

-Me quede en la escuela para hacer algunos trabajos -explico brevemente Eric.

-Bueno, pues se perdió la visita de Alexander Tracy. Vino a averiguar si usted sabe jugar a las damas y cuando le dije que sí, se fue dejándole dicho que alguna vez vaya por allá a jugar una partidita. No le gane muy a menudo si es que puede. Lo necesitará usted de su parte, se lo aseguro, maestro, porque tiene un hijo que le traerá dificultades cuando comience a ir a la escuela. Seth Tracy es un jovencito tunante y le gusta más hacer daño que comer. Cada vez que llega un maestro nuevo, trata de propasarse con el y por tal motivo lo echan de la escuela. Pero le aseguro que encontró la horma de su zapato en el señor West. Después tiene a los muchachos de William Tracy... No va a tener la menor molestia con ellos. Siempre son buenos porque la madre les asegura todos los domingos que irán directamente al infierno si no saben comportarse en la escuela. Eso es muy efectivo. Sírvase un poco de dulce, maestro. Usted debe saber ya, que nosotros no hacemos las cosas aquí como suele hacer la señora de Adam Scott cuando tiene pensionistas : "Supongo que usted no querrá de esto... ni de esto... ni de esto... ". Madre, Aleck dice que el viejo George quedaron con el crío. Le pusieron de nombre Neil y lo bautizaron como a cualquier criatura cristiana. Siempre ha vivido allí. Los Gordon han si-do muy buenos con él. Lo mandaron a la escuela, lo llevaron a la iglesia y lo trataron como si fuera uno de los de la casa. Algunos dicen que han hecho demasiado. Esas cosas son completamente inútiles con esa clase de gente, porque "lo que se lleva en la sangre, florece en la carne", si es que no se lo aplasta desde el principio. Neil es inteligente y muy trabajador según dicen. Pero a la gente de la región no les gusta. Dicen que no es un individuo en quien se pueda confiar de ninguna manera. Positivamente puede afirmarse que tiene un genio muy vivo y en una ocasión, cuando iba a la escuela, casi mata a un chico que le había hecho una broma, apretándole el cuello hasta que estuvo negro y no sabemos qué hubiese ocurrido si no se lo sacan de las manos.

-Bueno, padre, ya sabes que los muchachos lo mortifican constantemente -protestó la señora Williamson-. El pobre chico tuyo muchas dificultades cuando fue a la escuela, maestro. Los otros no encontraban mejor diversión que arrojarle cosas y ponerle apodos.

-¡Oh, sí! Admito que lo atormentaban muchísimo -aceptó el marido-. Tiene muy buena mano para tocar el violín y le gusta la compañía. Va mucho a la costa, pero dicen que le dan ataques de furia .

-Por cualquier cosa. Y no hay ene extrañarse, viviendo con los Gordon. Son toda gente muy rara.

-Padre, no debieras hablar así de los vecinos -dijo la esposa en tono de reproche.

-Bueno, madre, tú sabes bien que lo son si hablas con franqueza. Pero tú eres como la vieja tía Nancy Scott. Nunca dices nada en contra de nadie, salvo cuando se trata de negocios. Tú sabes que los Gordon no son como la demás gente y nunca lo han sido y nunca lo serán. Son los únicos vecinos raros que tenemos en Lindsay, maestro, excepto el viejo Peter Cook que mantiene a veinticinco gatos. ¡Piénselo un poquito, maestro! ¡Veinticinco gatos en una sola casa! ¿Qué oportunidad se le da entonces a las pobres lauchas? Ninguno de los otros vecinos es tan raro, o al menos si lo son, a nosotros no nos parece. Y estoy dispuesto a aceptar que bajo ese aspecto no somos nada interesantes.

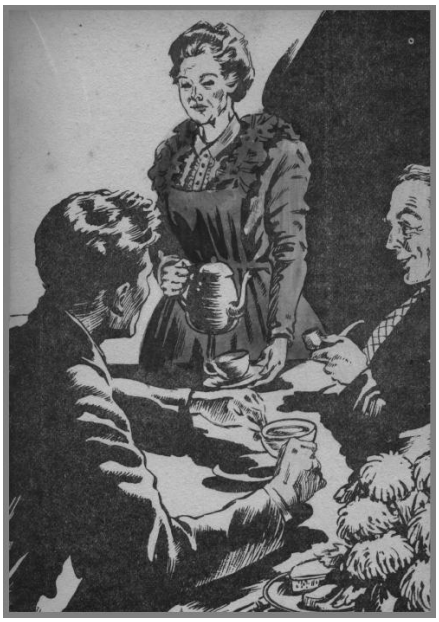
-I Dónde viven los Gordon? -preguntó Erie que se había acostumbrado ya a meter

una pregunta rápida en el fárrago de comentarios que siempre rodeaba la conversación de Robert.

-Por aquel lado, a medio kilómetro del camino de Radnor, con un espeso bosque de pinos entre ellos y el resto del mundo. Nunca van a ninguna parte, salvo a la iglesia, nunca faltan a la iglesia.... y nadie los visita. No están en la casa más que el viejo Thomas y su hermana Janet y una sobrina de ellos. Además ese muchacho Neil del que estábamos hablando. Constituyen un grupo raro, retorcido y lunático. .. ¡y lo diré, madre! Anda, dame una taza de té y no te preocupes por la forma en que use la lengua. Hablando del té: sabes que la señora de Adam Palmer y la de Jim Martin tomaron el té juntas en lo de Foster Reid el miércoles pasado por la tarde?

-No sabía y tenía entendido que andaban en malos términos -respondió la señora Williamson traicionando en pequeña medida su curiosidad femenina.

-Así es, así es. Pero sucedió que las dos coincidieron en visitar a la señora de Foster la misma tarde y ninguna de las dos quiso retirarse porque eso habría sido una derrota frente a la otra. De modo que se quedaron, ubicándose en los extremos opuestos de la sala. La señora Foster asegura que nunca pasó en su vida una tarde más incómoda. Estaba obligada a dirigir una frase a una y luego otra a la otra. Y las dos visitantes se dirigían exclusivamente a la dueña de casa y jamás a la otra. Dice la señora Foster que temió que podría tener que tenerlas allí toda la noche, porque después ninguna quería retirarse antes que su oponente. Por fin llegó Jim Martin y se llevó a su mujer porque dijo que la dama podía quedarse en el pantano si regresaba sola. Eso vino a resolver el problema. Maestro, usted no come nada. No se preocupe porque yo me interrumpa a cada paso estuve comiendo desde antes que usted llegara y de todos modos no tengo ningún apuro. Mi peoncito se fue a su casa hoy. Oyó cacarear al gallo ayer a medianoche y hoy se fue a su casa a ver quien se había muerto. Sostiene que uno de su familia tiene que haber muerto. Una vez oyó cantar a un gallo a medianoche y al día siguiente supo que se le había muerto un primo en Souris. Madre, si el maestro no quiere más te, ¿no habrá un poco de crema para Timothy?



CAPÍTULO 5
UN FANTASMA DELICIOSO

Poco antes de la puesta de sol esa misma tarde, Eric salió a dar un paseo. Cuando no iba hacia la costa, le gustaba vagar por los campos y los bosques de Lindsay aprovechando la dulzura de la estación. La mayoría de las casas de aquella población estaban edificadas sobre el camino principal, que corría paralelo a la línea de la costa, o en torno a los negocios de La Esquina. De tal modo, las granjas corrían hacia atrás, en

dirección a la soledad de los bosques y de los campos de pastoreo.

Eric se dirigió hacia el sudoeste desde la casa de los Williamson, regiones que hasta ese momento no había "explorado"; y caminó ágilmente, gozando del hechizo de la hora, suspendido en torno a el en el aire y en el firmamento y apoyado también en la tierra. Sentía aquel hechizo, lo amaba y cedía ante el, como todo joven de vida sana.

El bosque de pinos en que se encontraba ahora, estaba atravesado completamente por las flechas de oro que el sol poniente lanzaba. Pasó a través de él, avanzando por un sendero de tonos de púrpura, donde el piso, formado por una alfombra de hojas secas, era de color marrón y resultaba blando bajo sus plantas. Al término del sendero llegó a un escenario que lo sorprendió.

Ninguna casa había a la vista, pero se encontró frente a un huerto; un viejo huerto evidentemente abandonado y olvidado. Pero un huerto no muere fácilmente y éste, que debía haber sido un lugar de verdadero privilegio alguna vez, era aún un sitio delicioso, muy quieto por el ambiente de suave melancolía que lo rodeaba y permanecía en él; la misma melancolía que invade los lugares que han sido escena alguna vez de la actividad alegre, del placer y de la vida juvenil, lugares donde los corazones han latido con intensidad, los pulsos se han acelerado y los ecos han repetido voces de felicidad. Los fantasmas de todas esas alegrías y emociones parecen sobrevivir a los seres humanos a través de los años.

El huerto era ancho y largo, encerrado por una vieja cerca medio derribada ya, con la hiedra muy quemada por los soles de muchos veranos. A intervalos regulares a lo largo de la línea del cerco había altos pinos y el viento, más dulce que las brisas de Lebanon, cantaba en sus copas una vieja canción terrena que tenía el poder de transportar al oyente a épocas lejanas ya perdidas.

Hacia el este crecía un espeso bosque de pinos, comenzando con pequeños arbustos que apenas levantaban del suelo y aumentando desde allí en estatura hasta llegar a los veteranos pinos de la espesura, colosos firmes que daban la impresión de formar un muro, tan maravillosamente compacto, que parecían dispuestos por la mano de un verdadero artista.

La mayor parte del huerto estaba cubierto por pastos excesivamente crecidos, pero en un extremo cerca del cual se encontraba Eric, había un espacio sin árboles que evidentemente había servido alguna vez de jardín para la casa de los dueños. Algunos viejos senderos eran todavía visibles, bordeados con piedras y guijarros. Había dos macizos de lilas, uno floreciendo en púrpura real, el otro en blanco. Entre los dos macizos un cantero florecido también de estrellados lirios de junio. Su aroma penetrante y seductor destilado en el rocío, era transportado por la brisa. También a lo largo del cerco se veían macizos de rosales, pero era temprana la estación todavía para las rosas.

Más allá estaba el huerto propiamente dicho, tres prolongadas hileras de árboles con verdes avenidas entre ellas, cada árbol ubicado en un maravilloso macizo blanco y rosa.

El encanto del lugar tomó posesión de los sentidos de Eric como nunca le había ocurrido hasta entonces. No era dado a las fantasías románticas, pero el huerto se apoderó de él sutilmente y lo arrastró hacia sí mismo y ya jamás volvió a ser el mismo otra vez. Entró a través de un espacio abierto en la cerca y así, sin saberlo, fue al encuentro de la vida que estaba esperándole allí.

Caminó toda la longitud del huerto por la avenida del medio, entre largos y sinuosos canteros espontáneos. Cuando alcanzó el límite sur, se echó sobre el césped en un rincón

del cerco donde crecían las lilas también, con helechos y azules violetas silvestres mezclados en sus raíces.

Desde el lugar donde se encontraba divisó una casa ubicada a unos doscientos metros, con su techo oscuro emergiendo por entre las copas más oscuras aún de los pinos. Parecía un lugar sombrío, lúgubre y remoto y no sabía Eric entonces quien vivía allí.

Tenía un amplio panorama hacia el oeste, compuesto por campos brumosos con intervalos de espesa niebla azul. El sol acababa de ocultarse y ya no quedaban sino escasas zonas de dorados. A través de un largo valle bordeado de sombras había una región alta todavía iluminada y en el mismo cielo grandes manchas de azafrán y rosa.

El aire estaba bautizado por el rocío que ahora llevaba el aroma de un arbusto de menta sobre el cual había tropezado Eric. Los petirrojos silbaban clara, dulce y sorpresivamente en los bosques que lo rodeaban.

-Éste es un "refugio verdadero de antigua paz" -citó Eric mirando en torno con ojos deleitados-. Podría quedarme dormido aquí mismo, soñar y tener visiones. ¡Que cielo! Podría algo ser más divino que ese fino cristal azul y esas frágiles nubes blancas, que parecen un delicado encaje? ¡Que vertiginosa e intoxicarte fragancia poseen las lilas ! Me pregunto si realmente un perfume es capaz de embriagar a un hombre. Esos maravillosos manzanos.... ¿que es eso?

Eric se irguió, escuchando. Atravesando la dulce quietud, mezclado con el murmullo suave del viento en los árboles y los sonidos aflautados de los petirrojos, llegaba una extraña y deliciosa música, tan hermosa y fantástica que Eric contuvo la respiración asombrado. ¿Acaso estaba soñando?

No, era música real, la música de un violín pulsado por una mano inspirada con el propio espíritu de la armonía. Nunca había oído nada semejante y en alguna forma se sintió seguro de que nunca nadie había oído nada igual. Sabía que aquella música maravillosa venía directamente del alma del violinista desconocido y se traducía a sí mismo en aquellos sonidos airosos, delicados y exquisitos por primera vez; el alma misma de la música estaba allí, desprendida de todo sentido terreno.

Era una melodía hechizada y tenue, extrañamente sujeta al tiempo y al lugar; interpretaba el suspiro del viento en el bosque, el aéreo susurro de los pastos altos bajo el rocío, los pensamientos blancos de las lilas de junio, el regocijo de los manzanos en flor; toda la esencia de las viejas risas, de las canciones, de las lágrimas, de la alegría y de los sollozos que el huerto había conocido en los años transcurridos; y además de todo esto, se percibía un piadoso llanto como de alguien que clamaba por su libertad y su expresión.

Al principio Erie escuchaba como un hombre encadenado a un embrujo, mudo e inmóvil, enajenado de admiración. Pero después, un natural sentimiento de curiosidad lo asalto.

, Quién era capaz de tocar el violín en esa forma en Lindsay? ¿Y quién era el que había elegido un lugar tan escondido como aquel. desierto huerto, por sobre todos los otros lugares del mundo?

Se puso de pie y avanzo hacia la larga avenida blanca, haciéndolo tan lenta y silenciosamente como le fue posible, porque no quería interrumpir al ejecutante. Cuando alcanzo el espacio abierto del jardín, se detuvo bruscamente, sorprendido en mayor grado aún y estuvo tentado de aceptar la idea de que se encontraba dominado por algún sueño.

Bajo las frondosas ramas del árbol de lilas blancas, había un viejo banco de madera combado en el centro ; sobre ese banco estaba sentada una muchacha, tocando en un

antiguo violín. Sus ojos estaban fijos en el lejano horizonte y no vio a Erie. Por un momento permaneció allí mirándola. La imagen que ella constituía quedo grabada con sus más mínimos detalles en el recuerdo del joven. Hasta el último día de su vida, Eric Marshall iba a ser capaz de evocar vívidamente aquella escena, tal cual la veía en ese instante. .. , la aterciopelada penumbra del bosque de pinos, el firmamento cambiante en su suave brillar, las ondulantes ramas cargadas de lilas y en medio de todo la muchacha en el banco antiguo, con el violín bajo su barbilla.

Eric se había encontrado en sus veinticuatro años de vida, con cientos de mujeres bonitas, con decenas de mujeres atractivas y con una media docena escasa de mujeres verdaderamente hermosas. Pero supo en seguida, más allá de toda posibilidad de duda, que jamás había visto o imaginado nada más exquisito que aquella muchacha del huerto. Su encanto era tan perfecto que el joven retuvo la respiración, emocionado.

El rostro oval, tocado en cada rasgo de camafeo con la expresión de la más absoluta y delicada pureza, como la que se encuentra en los ángeles y en las madonas de los pintores clásicos, una pureza que no mostraba en sí la menor sombra terrena. La cabeza sin cubrir y su espeso pelo negro partido en la frente y pendiendo en dos lustrosas trenzas hasta tocar los hombros. Los ojos con un azul como Eric jamás había visto en otros ojos, los matices del mar en calma, de la calma luminosa que sigue a la puesta del sol; tan luminosos como las estrellas que alumbraban desde el firmamento sobre la ensenada de Lindsay cuando cerraba la noche, y estaban bordeados por largas pestañas, graciosamente arqueadas y coronados por finas y extendidas cejas oscuras. Su piel hacía recordar los tintes finos, puros y transparentes de los pétalos de las rosas. Su vestido de pálido azul estampado, sin cuello, mostraba la garganta suave y elegante; las mangas arrolladas hasta el codo y la mano que guiaba el arco probablemente era el detalle más hermoso que había en el conjunto, perfecta en la forma y en la contextura, firme y blanca, con las uñas rosadas en el extremo de los dedos finísimos. Una larga rama de lilas le tocaba ligeramente el cabello, echando una sombra ondulante sobre el rostro en flor.

Había algo aniñado en la imagen y sin embargo, la naturaleza debía haber empleado dieciocho años al menos para perfeccionar aquella maravilla.

Parecía estar ejecutando inconscientemente, como si sus pensamientos se encontraran perdidos en no sé qué países de ensueño. Pero de pronto aparto la mirada del incendio solar en el horizonte y sus ojos adorables se fijaron en Eric, de pie, inmóvil en la sombra del manzano.

El súbito cambio que se opero en ella fue sorprendente. Se puso de pie en un solo movimiento, la música se quebró en el aire y el arco, escapando a sus dedos, cayo en tierra. Todo atisbo de color huyo de sus mejillas y tembló como los lirios de junio agitados por el viento.

-Le ruego que me perdone -dijo Erie con cierta dificultad-. Siento mucho haberla alarmado, pero su música era tan hermosa que no recordé que usted no estaba prevenida de mi presencia en este lugar. Le ruego que me perdone...

Se detuvo desalentado porque de pronto se dio cuenta de que la expresión de la niña era de terror. No simplemente la alarma sorprendida de una criatura aniñada y tímida que hubiera supuesto que estaba sola, sino el más completo terror. El sentimiento se traicionaba en el rictus de sus labios y en la dilatación de los ojos azules que lo miraban con la expresión de algo salvaje y primitivo que se sintiera atrapado.

Lo mortifico profundamente que alguien pudiese mirarlo de semejante manera, a él,

que había mostrado durante toda su vida el más absoluto respeto y reverencia por la parte femenina de la humanidad.

-No esté tan asustada -le dijo amablemente, pensando solo en calmar aquel absurdo terror y hablándole como lo hubiera hecho con un niño-. No le haré daño. Usted está segura, completamente segura.

En su ansiedad por transmitir un sentimiento de confianza dio un inconsciente paso adelante. Instantáneamente ella se volvió y sin producir el menor sonido, voló a través del huerto hasta pasar por una abertura en la cerca y luego a lo largo de lo que parecía un sendero que bordeara el bosquecillo de pinos. Antes de que Erie pudiera reponerse de su sorpresa, la muchacha se había desvanecido entre los árboles.

Se detuvo Erie y alzo el arco del violín, sintiéndose un poco tonto y un mucho enojado.

-Bueno... ¡esto es lo más misterioso que se pueda pedir! -exclamó, impaciente-. ¿Es que estoy embrujado? ¿Quién era esta muchacha? ¿'"Que" es esta muchacha? ¿Es posible que sea una muchacha de Lindsay ¿ ¿Y por qué, en nombre del cielo, se habrá mostrado tan asustada de mi presencia? Nunca pensé que podría ser yo un ser tan repugnante, pero por cierto que esta aventura no servirá para acrecentar mi vanidad en forma alguna. Tal vez haya venido a dar a un huerto hechizado y eventualmente he sido convertido en un ogro. Ahora que pienso en el asunto, me parece que hay algo misterioso en este lugar. Cualquier cosa podría suceder aquí. Éste no es un huerto de los comunes donde se producen manzanas para vender; eso es evidente. Es un lugar muy insalubre y cuanto antes me vaya de aquí mejor.

Echó una mirada en torno con una sonrisa nerviosa. La luz se desvanecía rápidamente y el huerto se llenaba de sombras suaves, ondulantes y silenciosas. Parecía ahora reinar allí un impío regocijo ante su perplejidad. Erie dejó el arco del violín sobre el banco.

-Bueno, es inútil que la siga y aun cuando fuera de alguna utilidad, no tengo el derecho de hacerlo. Pero me hubiese gustado que no huyera con ese espanto que tenía en los ojos. Ojos como ésos no han sido hechos más que para expresar ternura y verdad. ¿Por que..., por qué.. . , por qué se habrá asustado en esa forma? ¿Y quién.. . quién puede ser esa muchacha?

Durante todo el camino hacia su casa, sobre campos y praderas que comenzaban a platearse, bajo los efectos de la luz lunar, meditó sobre aquel misterio.

-Veamos -se dijo-, la señora Williamson me describió la otra tarde a todas las chicas de Lindsay. Si no recuerdo mal, me dijo que había cuatro, muy bonitas en el distrito. ¿,Cómo eran sus nombres? Florrie Woods, Melissa Foster... no, Melissa Palmer ... , Emma Scott y Jennie May Ferguson. ¿Será una de ellas? No, es una pérdida inútil de tiempo suponer semejante cosa. Esa muchacha no puede ser una Florrie ni una Melissa ni una Emma, en tanto que Jennie May queda fuera completamente de la cuestión. Bueno, no hay duda de que en el asunto interviene un particular hechizo. De eso estoy convencido. De manera que lo mejor será olvidarse de todo.

Pero Erie descubrió que era imposible olvidarse de todo. Cuanto más trataba de olvidar, más insistentemente recordaba. El exquisito rostro de la muchacha no se -apartaba de su mente y el misterio lo torturaba.

Pensaba que con toda probabilidad podría resolver fácilmente el problema preguntando a los Williamson sobre la chica. Pero de alguna manera y para su propia

sorpresa se sentía reacio a buscar aquel camino. Sentía que le era imposible preguntárselo a Robert Williamson porque entonces sería lanzar tal vez el nombre de la muchacha en una serie de chismes, que la envolverían a ella y a todos sus ascendientes y colaterales hasta la tercera o cuarta generación. Si a alguien podía preguntar era a la señora Williamson, pero se proponía develar el misterio por sí solo, si ello le era posible.

Tenía planeado ir a la ensenada la tarde del día siguiente. Uno de los langosteros le había prometido llevarlo a pescar con él. Pero en lugar de eso, volvió a vagar sobre los campos del sur.

Encontró fácilmente el huerto. Había esperado no poder hacerlo. Otra vez la misma fragancia, herbosa, envolvente. Mas no encontró a nadie allí y el arco del violín no estaba sobre el viejo banco.

-Tal vez haya vuelto a buscar su arco en puntas de pie a la luz de la luna -pensó Erie complaciéndose su mente en la evocación de una imagen deliciosa -y femenina que se deslizaba con el corazón agitado a través de la sombra y la luz-. Me pregunto si vendrá esta tarde o si la he asustado espantándola para siempre de este sitio. Me esconderé detrás de este tronco para esperar.

Eric esperó hasta que comenzó a obscurecer, pero ninguna música se escuchó en el bosque ni nadie se presentó. La agudeza de su decepción lo sorprendió y es más, lo mortificó. ¡Vaya una tontería! ¡Sentirse tan mortificado por el simple hecho de que una jovencita a la cual había contemplado por sólo cinco minutos, hubiese desaparecido y no regresara! ¿Dónde estaba su sentido común, su "perspicacia", como el viejo Robert Williamson hubiera dicho? Por cierto que a un hombre le puede gustar el espectáculo de un rostro bonito. ¿Pero ésta era una razón para que sintiera que la vida se tornaba insulsa, chata y tonta simplemente porque no podía repetir la experiencia? Se llamó tonto a sí mismo y regresó a su casa con aire petulante. Al llegar allí se zambulló enérgicamente en la resolución de ecuaciones algebraicas y ejercicios de geometría, determinado a quitar de su cabeza toda idea descabellada de huertos encantados, blancos a la luz de la luna, con efluvios de música celestial despertando ecos en la curva de sus arcadas.

Al día siguiente era domingo y Erie fue a la iglesia dos veces. El banco de los Williamson era uno de los del costado al frente y sus ocupantes prácticamente enfrentaban al resto de la congregación. Erie miró a todas las mujeres y muchachas jóvenes de la concurrencia, pero no descubrió el menor parecido en ninguna de ellas con el rostro encantador que a pesar de todos sus esfuerzos no lograba apartar de sí.

Thomas Gordon estaba allí sentado, solo, en su largo banco vacío, al frente del templo. Y Neil Gordon cantaba en el coro que se ubicaba en la galería. Tenía una voz potente y melodiosa aunque sin cultivar, que dominaba al resto de los cantantes quitándoles el color y el ritmo. Estaba bien vestido en su traje de sarga azul marino, con cuello y corbata blanca. Pero Erie pensó perezosamente que aquel atuendo no le quedaba tan apropiado como sus ropas de trabajo con las cuales lo había visto por vez primera. Estaba vestido demasiado ostensiblemente y tenía una apariencia más torpe y más fuera de armonía que sus compañeros.

Por dos días nuestro joven maestro se negó a permitirse pensar en el huerto. El lunes por la tarde se fue a pescar y el martes jugó a las damas con Alexander Tracy. Alexander ganó todas las partidas tan fácilmente que su respeto por Erie disminuyó grandemente.

-Juega como un individuo cuyos pensamientos están en otra parte -se quejó esa noche ante su mujer-. Nunca va a ser un jugador de damas ... nunca en toda su vida.

CAPÍTULO 6
LA HISTORIA DE KILMENY

EL miércoles por la tarde Erie fue al huerto otra vez; y otra vez fue defraudado. Regresó a su casa dispuesto a resolver el misterio por medio de las preguntas. La suerte lo favoreció en esta oportunidad porque encontró a la señora Williamson sola, sentada junto a la ventana oeste de la cocina y tejiendo una gran media gris.

Tarareaba suavemente para sí mientras tejía y Timothy dormitaba tranquilamente a sus pies. La buena mujer miró a Erie con sereno afecto en sus grandes y cándidos ojos. El señor West le había gustado. Pero Erie había sabido buscar su camino hasta los más íntimos recovecos de su corazón, en razón de que sus ojos eran tan parecidos a los del niño que ella había sepultado en el cementerio de Lindsay muchos años atrás.

-Señora Williamson -dijo Erie con afectada indiferencia-, la semana pasada acerté a meterme en un viejo huerto abandonado que hay detrás de los bosques. Un sitio encantador y salvaje. ¿Sabe usted a quién pertenece?

-Supongo que ha de ser el viejo huerto de los Connors -respondió la señora Williamson despues de un instante de reflexión-. Me había olvidado por completo de que existía. Deben haber pasado ya más de treinta años desde que el señor y la señora Connors se fueron de allí. Su casa y sus graneros se incendiaron y le vendieron los terrenos a Thomas Gordon, para después irse a vivir a la ciudad. Los dos han muerto ya. El señor Connors solía mostrarse muy orgulloso de su huerto. No había muchos huertos en Lindsay en aquella época, aunque casi todo el mundo tiene uno ahora.

-Había una jovencita allí tocando el violín -dijo Erie fastidiado al descubrir que le costaba un verdadero esfuerzo hablar de “ella” con naturalidad y no lograba impedir que la sangre se le subiera a las mejillas mientras lo hacía-. Huyo velozmente muy asustada tan pronto como me vio, aunque no creo que yo haya hecho ni dicho nada que pudiera asustarla o mortificarla. No tengo la menor idea de quien puede ser. ¿Lo sabe usted?

La señora Williamson no dio una respuesta inmediata. Apoyo el tejido en su falda y miró fijamente a través de la ventana como si se formulara seriamente alguna pregunta antes de hacerlo.

Por fin dijo con una entonación de afectuoso interés en su voz:

-Supongo que debe ser Kilmeny Gordon, maestro.

-¿Kilmeny Gordon? ¿Quiere usted decir la sobrina de Thomas Gordon, de quien hablo su esposo?

-Sí.

-Me resulta difícil creer que la niña a quien yo vi en el huerto pueda pertenecer a la familia de los Gordon.

-Bueno, si no era Kilmeny Gordon, no sé quién puede haber sido. No hay otra casa cerca de ese huerto y he oído decir que la chica toca el violín. Si era Kilmeny, quiere decir que usted ha visto lo que muy poca gente de Lindsay ha visto, maestro. Y aun esos pocos no la han visto desde muy cerca. Nunca la he visto yo misma. No es extraño que se haya escapado, pobre niña. No está acostumbrada a ver gente extraña.

-Me sentiría muy contento de saber a ciencia cierta que ésa es la única razón que tuvo para huir -declaro Eric-. Admito que no me complace en absoluto que una muchacha se asuste de mi persona en la forma en que ella se asusto. Se quedo blanca como un papel y tan aterrorizada que no pronuncio una sola palabra. Huyó como un gamo espantado.

-Bueno, de todas maneras no podría haber pronunciado ninguna palabra -replico la señora Williamson muy serena-. Kilmeny Gordon es muda.

Erie quedó envuelto en un doloroso silencio por un momento. Aquella hermosa criatura afectada por una desgracia semejante ... ¡Era horrible!

Mezclado con su pena, experimentó un extraño sentimiento personal de arrepentimiento y desasosiego.

-No puede haber sido Kilmeny Gordon entonces -protestó por último recordando algo-. La muchacha que yo vi, tocaba exquisitamente el violín. Nunca he oído nada parecido. Es imposible que una sordomuda pueda ejecutar con su violín en esa forma.

-¡Oh! Es que no es sorda, maestro -respondió afectuosamente la señora Williamson mirando a Eric por encima de sus antiparras.

Recogió su tejido y reinició la tarea.

-Ésa es la parte más extraña del caso, si es que hay algo en esa criatura que pueda ser más extraño que otra cosa. Puede oír tan bien como cualquier persona normal y entiende todo lo que se le dice. Pero no es capaz de pronunciar una sola palabra y nunca ha podido según dicen. La verdad es que nadie sabe mucho de ella. Janet y Thomas jamás se refieren a ella ni tampoco Neil, el chico. A Neil se lo ha interrogado intensamente sobre el asunto como usted podrá suponer, pero nunca ha querido responder nada de Io que se

refiere a Kilmeny y se pone furioso si se le insiste.

-¿Por qué no se puede hablar de ella? -preguntó Eric impaciente-. ¿Cuál es el misterio que la rodea?

-Es una historia triste, maestro. Supongo que los Gordon miran su existencia como una especie de desgracia. En cuanto a mí, pienso que es terrible la forma en que ha sido criada. Pero los Gordon son gente muy rara, señor Marshall. Yo le reproche al "padre" por decirlo así, como usted recordará, pero es la verdad. Tienen modalidades muy particulares. ¿Ha visto usted realmente a Kilmeny Gordon? ¿Que aspecto tiene? He oído decir que era muy bonita. ¿Es verdad?

-Me parece a mí que es muy hermosa -dijo Erie con tono de suma cortesía-. I Pero cómo la han criado, señora Williamson ? ¿Y por qué?

-Bueno, tendría que contarle a usted toda la historia, maestro. Kilmeny es sobrina de Janet y Thomas Gordon. Su madre fue Margaret Gordon, la hermana más joven. El viejo James Gordon vino de Escocia. Janet y Thomas nacieron allá y eran muy pequeños cuando vinieron. Jamás fueron gente muy sociable, pero aun así solían visitar a algunos vecinos y los vecinos solían ir por allí. Eran gente buena y honrada, aunque se los considerara un poco raros.

"La señora Gordon murió pocos años después que llegaron aquí y cuatro años más tarde, James Gordon volvió a Escocia y regresó con una nueva esposa. Ésta era mucho más joven que él y era muy hermosa, como me decía siempre mi madre. Era afable, alegre y le gustaba la vida social. La casa de los Gordon fue una casa muy distinta después que llegó ella y hasta Janet y Thomas suavizaron un poco sus modales. Parecían gustar de su madrastra, según he oído decir. Seis años después, la segunda esposa de James murió también. Murió al nacer Margaret. Dicen que al viejo James Gordon se le

destrozó el corazón con esa muerte.

"Janet crió a Margaret. Tanto ella como Thomas y el mismo padre, malcriaron a la niña. Conocí muy bien a Margaret Gordon en una época. Teníamos la misma edad e íbamos juntas a la escuela. Siempre fuimos muy buenas amigas hasta que llegó el momento en que se volvió en contra de todo el mundo.

"En aquel entonces ya era una muchacha bastante extraña, pero a mí siempre me gustó, aunque no ocurría lo mismo con la mayoría de la gente. Tenía algunas enemistades profundas, pero también disponía de algunas muy buenas. Así era ella. Hacía que la gente la quisiera entrañablemente o que la odiara. Aquellos que la querían eran capaces de atravesar el fuego y el agua por ella.

"Cuando creció fue muy bonita.. . alta y espléndida, como una reina, con grandes trenzas negras y mejillas y labios rojos. Todos los que la veían, trataban de mirarla una segunda vez. Creo que estaba un poco consentida de su belleza, maestro. Y era muy orgullosa, ¡oh! era sumamente orgullosa. Le gustaba ser la primera en todo y la mortificaba no sacar una gran ventaja sobre los demás. Era terriblemente decidida también. No era posible contenerla ni un milímetro, maestro, una vez que había decidido hacer cualquier cosa. Pero era tierna y generosa. Podía cantar como un ángel y era muy inteligente. Podía aprender cualquier cosa con una simple mirada y era muy aficionada a la lectura.

"Mientras hablo de ella me vuelven todas aquellas escenas a la memoria y la veo cómo era y cómo miraba y cómo hablaba y actuaba... y veo los gestos que solía hacer con las manos y la cabeza. Le aseguro que es como si la tuviese aquí presente en vez de estar allí tendida, en el cementerio de la iglesia. ¿Me haría usted el favor de encender la lámpara, maestro? Me estoy sintiendo nerviosa.

Erie se puso de pie y encendió la lámpara, muy asombrado de aquella desacostumbrada muestra de nerviosidad por parte de la señora Williamson. ¡Era generalmente tan calmosa y serena!

-Gracias, maestro, así estamos mucho mejor. Ahora ya no pensare que Margaret Gordon está aquí escuchando todo lo que digo. He sentido esa impresión hace un momento.

"Supongo que pensará usted que tardo mucho en llegar a Kilmeny, pero es necesario que le diga estas cosas. No es que quiera hablar tanto de Margaret, pero no se como mis pensamientos se dirigen hacia ella:

"Bueno, Margaret, paso el examen de ingreso y fue a la Academia de la Reina, para obtener su título de maestra. Le fue muy bien en los estudios y egreso con muy buenas calificaciones, pero Janet me contó que había llorado amargamente porque al leerse las listas había alguien por encima de ella.

"Se fue entonces a enseñar en una escuela de Radnor. Allí fue donde conoció a un hombre que se llamaba Ronald Fraser. Margaret no había tenido un pretendiente hasta entonces. Hubiera podido tener a sus pies a cualquiera de los mozos de Lindsay de haberlo querido, pero no se dignaba mirarlos. Dicen que era porque pensaba que nadie era merecedor de sus favores, pero las cosas no eran así, maestro. Yo lo sé porque Margaret y yo solíamos hablar de esos temas como lo hacen todas las muchachas. No creía que se debiera ceder ante nadie, si es que no se estaba muy segura. Y no encontraba en Lindsay a nadie de quien se sintiera segura.

"Este Ronald Fraser era un forastero de Nueva Escocia y no había quién supiera

mucho de el. Era viudo a pesar de ser muy joven. Había levantado un negocio allá en Radnor y las cosas le iban muy bien. Era realmente buen mozo y tenía la manera de hablar que les gusta a las mujeres. Se decía que todas las muchachas de Radnor estaban enamoradas de el, pero no creo que su peor enemigo se animara a asegurar que el les concediera mayor importancia. Jamás dio la sensación de que estuviera consciente de su existencia; pero la primera vez que vio a Margaret Gordon se enamoro de ella y ella de él.

"Vinieron juntos a la iglesia de Lindsay al próximo domingo y todos comentaron que formaban una pareja definitiva. Margaret estaba maravillosa ese día. ¡tan encantadora y femenina! Se había acostumbrado a mantener la cabeza bien erguida, pero ese día la llevaba levemente inclinada y los ojos negros miraban preferentemente hacia abajo. Ronald Fraser era muy alto, rubio y con los ojos azules. Hacían la pareja más estupenda que he visto nunca en mi vida.

"Pero el viejo James Gordon y Thomas no lo aprobaban, lo mismo que Janet. Me di cuenta de eso perfectamente en una oportunidad en que, siendo viernes por la noche, acompañe a Margaret a la casa desde Radnor. Supongo que nadie les habría gustado tratándose de un pretendiente de Margaret. Pensaban que nadie podía merecerla.

"Pero Margaret se les impuso en aquella ocasión. Era capaz de hacer cualquier cosa con ellos, apoyándose en la circunstancia de que ellos la mimaban y la contemplaban tanto. El padre fue el que resistió más tiempo pero finalmente cedió, consintiendo que se casara con Ronald Fraser.

"Tuvieron una boda grandiosa... todos los vecinos fueron invitados. A Margaret siempre le gustó impresionar. Yo fui la madrina de casamiento de Margaret, maestro. La ayude a vestirse y nada la complacía porque quería superarse ante Ronald Fraser. Fue una novia hermosa, vestida de blanco, con rosas rojas en el pelo y en la pechera. No quiso ponerse rosas blancas porque sostenía que le daban la impresión de ser flores para un funeral. Era una pintura. La puedo ver en este momento, tan claramente, tan claramente como la vi esa noche, sonrojándose y palideciendo alternativamente y mirando a Ronald con ojos de enamorada. Si alguna vez una muchacha amó a un hombre, esa fue Margaret Gordon. Casi me hacia sentir temor. Le entregó a el la devoción que no está permitido entregar a nadie más que a Dios, maestro, y yo creo que eso es siempre castigado.

"Se fueron a vivir a Radnor y por un tiempo todo fue bien. Margaret tenia una linda casa y estaba alegre y era feliz. Se vestía muy bien y se divertían muchísimo. Entonces ... bueno ... ¡la primera esposa de Ronald Fraser se presentó a buscarlo! No estaba muerta como se había creído.

"¡Oh! Hubo un terrible escándalo, maestro. Las habladurías y los chismes fueron algo espantoso. A cada persona que se encontraba se le escuchaba una historia distinta y resultaba difícil conocer la verdad. Algunos decían que Ronald Fraser sabía perfectamente bien al casarse que su primera esposa no estaba muerta y que había engañado a Margaret. Pero yo no lo creo. Él juró que no lo sabía. Parece que no habían sido muy felices juntos. La madre de ella había creado dificultades y entonces ella había ido a visitarla a Montreal muriendo en un hospital allí, o al menos así se lo dijeron a Ronald. Tal vez él lo haya creído con mucha facilidad, pero de que lo haya creído nunca dude. La mujer dijo que había muerto otra con el mismo nombre que ella, y que cuando ella y su madre descubrieron que Ronald pensaba que había muerto 'decidieron dejar que lo creyera. Pero al enterarse de que se había casado nuevamente resolvió que lo mejor era hacerle conocer la verdad.



"Todo esto suena de manera muy extraña y supongo que uno no puede culpar a la gente de no creerlo, pero yo siempre me he sentido segura de que es la verdad. Margaret no lo creyó sin embargo. Pensó que Ronald Fraser la había ' engañado en la certeza absoluta de que no estaba en condiciones de hacerla su esposa legítima. Se volvió contra él y lo odió tanto como antes lo había querido.

"Ronald Fraser se fue con su esposa real y en menos de un año se supo de su muerte. Dicen que murió de dolor, ni más ni menos.

"Margaret regresó a la casa de su padre. Desde el día que atravesó ese umbral no volvió a salir hasta el momento en que la sacaron en su ataúd hace tres años. Nadie la volvió a ver fuera de los miembros de la casa. Yo fui a verla pero Janet me dijo que no quería verme. Fue una tontería de Margaret el proceder en esa forma. En realidad no había hecho nada malo, todo el mundo tenia pena por ella y la hubiera ayudado en todo lo posible. Pero supongo que la piedad la hería tanto como la vergüenza y tal vez más profundamente, porque le diré, maestro, que era tan orgullosa que no podía soportarlo.

"Dicen que su padre fue muy duro con ella también y es muy injusto si es que fue verdad. Janet y Thomas también sintieron la desgracia. La gente que había tenido costumbre de visitar a los Gordon pronto dejo de ir, porque se dio cuenta de que no era bien recibida.

"El viejo James Gordon murió ese invierno. Jamás volvió a erguir la cabeza después del escándalo. Había sido Anciano en la iglesia, pero suscribió su renuncia al cargo y nadie pudo convencerlo de que la retirara.

"Kilmeny nació en la primavera, pero nadie la pudo ver salvo el pastor que la bautizo. Nunca la enviaron a la iglesia ni a la escuela. Por cierto que seria inútil que la mandaran a la escuela no sabiendo hablar y seguramente Margaret le debe haber enseñado todo lo que ha podido. Pero es terrible que nunca la hayan traído a la iglesia o que le permitieran que alternara con los chicos. Y ha sido una verdadera vergüenza que jamás hayan hecho nada por descubrir por que no puede hablar y si es que se la puede curar.

"Margaret Gordon murió hace tres años y todos los vecinos de Lindsay fuimos al funeral. Pero nadie la vio. El ataúd había sido cerrado previamente. Tampoco se pudo ver a Kilmeny. A mi me hubiera encantado conocerla por Margaret, pero no intenté siquiera ver a la propia Margaret. No había vuelto a estar con ella desde la noche en que se vistió de novia, porque salí de Lindsay en seguida en aquel entonces para hacer una visita y

cuando regresé, el escándalo se había producido. Recuerdo a Margaret en todo su orgullo y en toda su belleza y no hubiera podido soportar el espectáculo de su rostro muerto para descubrir, además, todos los terribles cambios que en él deben haberse producido.

"Pensé que Thomas y Janet tal vez dejaran ver a la criatura después que Margaret fuera sepultada, pero jamás lo hicieron, de modo que supongo que estarían de acuerdo con la madre acerca de la manera en que se la criaba. Muchas veces he sentido pena por la pobre niña y no creo que su familia le esté haciendo un, bien aunque se encuentre misteriosamente afectada. Debe hacer una vida triste y solitaria.

"Ésa es la historia, maestro, y he estado mucho tiempo contándola, como supongo que estará pensando. Pero el pasado ha revivido ante mi mientras hablaba. Si no quiere que lo mortifiquen a preguntas sobre Kilmeny Gordon, maestro, no deje que se entere nadie más de que la ha visto.

Erie estuvo de acuerdo. Había escuchado todo lo que quería saber y más aún.

-De modo que esa muchacha está en el centro de una tragedia -reflexiono mientras se iba a su cuarto-. ¡Y es muda! ¡Qué pena! ¡Kilmeny! El nombre le queda bien. Es tan adorable e inocente como la heroína de la vieja balada. "Y, ¡oh! Kilmeny era digna de ser contemplada ... ". Pero el verso siguiente no era indudablemente apropiado, porque sus ojos no eran " ... firmes y resueltos. .." al menos después de haberme visto.

Trato de arrancársela una vez más de sus pensamientos, pero no pudo. El recuerdo de aquel rostro hermoso lo atraía con un poder que no lograba resistir. Al día siguiente por la tarde, Erie volvió al huerto.

CAPÍTULO 7
UNA ROSA FEMENINA

Cuando salió del bosque de pinos y entró en el huerto, su corazón dio un salto. Sintió que la sangre le subía enloquecida a la cabeza. Allí estaba "ella", inclinada sobre el macizo de lirios de junio en el centro del antiguo jardín. No podía ver más que su perfil, blanco y virginal.

Se contuvo porque no quería asustarla nuevamente. Cuando la niña levanto la cabeza, Erie espero verla estremecerse y huir, pero no ocurrió así; solo se puso un poco más pálida y se quedo inmóvil, observándolo atentamente.

Viendo ésto, el joven se aproximo lentamente y cuando estuvo frente a ella, al punto que podía oír el sonido de su aliento a través de los labios entreabiertos, le dijo muy suavemente:

-No tenga usted miedo de mi. Soy un amigo y no quiero molestarla iii enojarla de ninguna manera.

La niña pareció vacilar un momento. Después recogió una pequeña pizarra que pendía de su cinturón y escribiendo rápidamente en ella, la extendió para que Erie pudiera leer. Y en una letra pequeña y muy clara leyó:

"No tengo miedo de usted. Mi madre me dijo que todos los hombres extraños eran impíos y peligrosos, pero no creo que usted lo sea. He pensado mucho en usted y siento mucho haber huído la otra noche".

Erie se dio cuenta entonces de toda la sencillez e inocencia que había en su alma. Mirándola seriamente a los ojos todavía conturbados, respondio:

-No le haría yo ningún daño por nada del mundo. Todos los hombres no somos impíos, aunque es cierto que algunos lo son. Mi nombre es Erie Marshall y estoy enseñando en la escuela de Lindsay. Pienso que usted debe ser Kilmeny Gordon. Su música me pareció tan adorable la otra tarde que he estado deseando desde entonces poderla oír otra vez. ¿No querrá usted tocar para que la oiga?

El vago temor de los ojos había desaparecido en aquel momento y de pronto la niña sonrió... Una sonrisa feliz, infantil, completamente irresistible, rompió a través de la calma de su rostro como el brillar del sol naciente sobre las aguas del mar sereno. Después escribió

-"Siento mucho no poder tocar el violín esta tarde. No lo he traído conmigo, pero lo traeré mañana a la tarde y tocaré para usted si es que quiere escucharme. Me gusta complacerlo".

¡Otra vez la nota de inocente franqueza! ¡Qué niña era... qué hermosa e ignorante criatura, completamente torpe en el arte de esconder sus sentimientos ! Pero, 1 por qué habría de esconderlos? Sus sentimientos y su expresión eran tan puros y hermosos como ella misma. Erie le devolvió la sonrisa con idéntica franqueza.

-Deseo escucharla tanto como no soy capaz de expresarlo y puede tener la seguridad de que voy a venir mañana a la tarde si el tiempo es bueno. Pero si se presenta húmedo o desagradable, no debe usted venir y en ese caso vendré otra tarde... ¿No querría ahora darme algunas flores?

Ella asintió con otra pequeña sonrisa y comenzó a elegir algunos lirios seleccionando cuidadosamente los más perfectos entre ellos. Erie observo deleitado sus movimientos graciosos y ligeros; cada movimiento parecía estar cargado de poesía en sí mismo. Tenía toda la apariencia de la Primavera... como si todo el temblor de las jóvenes hojas en las primeras horas de la mañana y toda la dulzura de los jóvenes brotes de un millar de primaveras hubiesen concretado su existencia en ella.

Cuando Kilmeny se acerco a él, radiante, sus manos llenas de lirios, una imagen de un poema favorito surgió en su mente...

"... Un capullo bermejo y blanco que levemente rompe en desmayada flor, por sortilegio del Señor, es la doncella para mí".

Al instante se sintió enojado consigo mismo. La niña no era, después de todo, más que una chiquilla... y una chiquilla apartada del mundo por su defecto. No debía permitirse a sí mismo pensar tonterías.

-Muchas gracias. Estos lirios de junio son las flores más dulces que la primavera nos brinda. ¿Sabe usted que su nombre real es el de narciso blanco?

Ella pareció complacida e interesada.

-"No, no lo sabía -escribió-. Muchas veces he leído sobre los narcisos blancos y me he preguntado cómo serían. Nunca pensé que eran lo mismo que mis queridos lirios de junio. Estoy muy contenta de que me lo haya dicho. Quiero mucho a las flores. Son mis mejores amigas".

-No podría usted evitar que los lirios fueran sus amigos. No podría ser de otra manera -respondió Eric-. Vamos a sentarnos en el viejo banco... aquí donde usted estaba sentada esa noche que la asusté tanto. No podía imaginarme quién y cómo era usted. Algunas veces pensé que la había soñado... sólo que -añadió Erie para sí mismo-, nunca

habría podido soñar nada que fuera la mitad de adorable.

Kilmeny se sentó junto a él en el viejo banco y lo miró a la cara con la mayor naturalidad. No había audacia en su mirada... nada más que la más perfecta e infantil fe y confianza. Si hubiera habido el menor sentimiento impuro en su corazón... cualquier pensamiento sombrío, que él temía poder alentar... aquéllos lo habrían descubierto. Pero Eric pudo mirarla sin temores. Y entonces ella escribió

"Me asusté muchísimo. Usted debe haber pensado que soy tonta, pero es que nunca había visto a un hombre, excepto al tío Thomas y a Neil... y al vendedor ambulante. Y usted es distinto de ellos... ¡Oh, muy diferente! Tuve miedo de volver aquí a la tarde siguiente, pero así y todo sentía deseos de volver. No quería que usted pensase que no sé comportarme como es debido. Envié a Neil para que recogiera mi arco a la mañana siguiente. No puedo estar mucho tiempo sin tocar el violín. Usted ya sabe que no hablo. Lo lamentaré ".

-Lo lamento mucho por usted misma.

"Sí; pero lo que yo quise preguntarle es si le gustaría más, si pudiera hablar como la otra gente".

-No, eso no hace ninguna diferencia, Kilmeny. A propósito, ¿tiene inconveniente en que la llame Kilmeny?

Ella pareció asombrada y escribió

-",De que otra manera podría llamarme? Ése es mi nombre. Todos me llaman así".

-Pero yo soy un extraño para usted y tal vez usted desee que la llame señorita Gordon.

"¡Oh, no!, eso no me gustaría -escribió rápidamente la niña con una expresión de molestia en el rostro-. Nadie me llama así nunca. Me haría sentir que soy una-persona extraña. Y usted no me parece un extraño. ¿Hay alguna razón para que usted no me pueda llamar Kilmeny?

-No hay ninguna razón si es que usted me concede ese privilegio. Tiene usted un nombre encantador..., el nombre que realmente usted debe llevar.

-"Estoy contenta de que a usted le guste. ¿Sabe usted que me pusieron ese nombre por mi abuela y que a ella se lo pusieron por una muchacha que había en un poema? A mi tía Janet jamás le gusto mi nombre, aunque le gustaba mucho mi abuela. Pero a mí me encanta que le gusten las dos cosas, mi nombre y yo. Tenía miedo dé no gustarle... por el hecho duque no pueda hablar".

-Usted puede hablar a través de su música, Kilmeny.

La muchacha pareció complacida.

"¡Qué bien lo comprende usted! -escribió-. Sí, yo no puedo hablar o cantar como lo hace la gente, pero puedo hacer que mi violín diga cosas por mí".

-¿Compone usted su propia música! -pregunto Eric, pero inmediatamente se dio cuenta de que la joven no le había entendido-. Quiero decir si alguien le enseño la música que usted toco aquí la otra tarde.

-"¡Oh, no! La música viene como la pienso. Siempre ha sido así. Cuando era muy pequeña, Neil me enseño a sostener el violín y el arco y el resto vino solo. Mi violín era de Neil, pero él me conmigo, pero usted me gusta más. Cuénteme de usted".

La maravilla que ella era, se apoderaba del joven a cada momento en mayor grado. ¡ Qué adorable era! ¡Que modales y que gesto tenía! Modales, gestos tan poco calculados y sin artificio como efectivos. ¡Y qué poco llegaba a importar su mudez ! Escribía muy

rápidamente y con gran facilidad. Sus ojos y su sonrisa daban una expresión tan definida a su rostro, que la voz no se echaba de menos casi.

Permanecieron en el huerto hasta que las largas y lánguidas sombras de los árboles tocaron sus pies. El sol terminaba de desaparecer y las colinas distantes eran púrpura contra el mezclado azafrán del firmamento por el oeste y el cristalino azul por el sur. Hacia el este, justamente sobre el bosque de pinos, había nubes, blancas y puntiagudas como montañas nevadas y la más occidental de ellas brillo con un matiz rosado, como de puesta solar en las alturas alpinas.

Los mundos más altos del espacio todavía estaban llenos de luz, de una luz perfecta y sin mancha, no tocada por la sombra terrena. Pero abajo, en el huerto y bajo los pinos, la luz había casi desaparecido, dando lugar a una penumbra verdosa y húmeda, asombrosamente dulce con el aroma de los manzanos florecidos, la menta y los perfumes balsámicos de los abetos cercanos.

Erie le contó su vida y le hablo de la vida del mundo exterior, temas sobre los cuales Kilmeny se mostró infantil y ansiosamente interesada. Le hizo muchas preguntas, preguntas directas e incisivas que demostraron que ella se había formado ya una opinión categórica sobre algunas cosas. Pero aun así era fácil advertir que la joven hacía referencia a aquel mundo desconocido como si jamás fuera a tener participación en él. El de ella era el desapasionado interés con que podría haber escuchado un cuento del país de las hadas o la historia de algún gran imperio cuya vida ya estuviera sepultada en los años transcurridos.

Eric se sorprendió al notar que Kilmeny había leído mucha poesía y muchos libros de historia, así como algunos libros de viajes y de biografías. No tenía la menor idea de lo que era una novela y jamás las había oído mencionar. Con bastante curiosidad había atendido la información sobre política y los acontecimientos internacionales del semanario que su tío recibía.

-"Nunca leí el diario mientras mamá vivió -escribió-, ni siquiera libros de poesía. Ella me enseño a leer y a escribir con la Biblia y con algunos libros de historia. Después que mamá murió, la tía Janet me dio todos sus libros. Tenía muchos. La mayoría de ellos le habían sido entregados como premio cuando era niña e iba a la escuela y otros le habían sido regalados por mi padre. á Conoce usted la historia de mi padre y mi madre' ".

Eric asintió.

-Sí, la señora Williamson me contó sobre eso. La señora Williamson fue amiga de su mamá.

-"Me alegro de que conozca la historia. Es tan triste que no me gustaría tener que contársela, pero así usted podrá comprender todo mejor. No conocí esa historia hasta después que mamá murió. Antes de irse, ella misma me la contó. Creo que ella pensaba antes que la culpa de lo ocurrido era de mi padre, pero antes de morir me dijo que le parecía que había sido injusta con él y que él no debió haber sabido. Dijo que cuando la gente se está muriendo ve las cosas con mucha mayor claridad y que ella veía que había cometido un error con mi padre. Me dijo que había muchas más cosas que quería decirme, pero no tuvo tiempo de contármelas porque murió esa misma noche. Pasó bastante tiempo antes de que yo tuviera el valor necesario para leer sus libros. Pero cuando lo hice me parecieron preciosos todos. Los primeros libros eran de poesía y parecía música puesta en palabras".

-Le voy a traer algunos libros para leer, si le gustan -dijo Eric.

Los grandes ojos azules brillaron de interés y deleite.

"¡Oh, muchas gracias! Me van a gustar mucho. He leído los míos tantas veces que casi los conozco de memoria. Uno no puede fatigarse de las cosas que son realmente hermosas, pero algunas veces pienso que me gustaría tener nuevos libros".

-¿Nunca se siente solitaria, Kilmeny?

"¡Oh, no! ¿Cómo podría sentirme solitaria? Siempre tengo mucho que hacer, ayudando a la tía Janet en la casa. Sé hacer muchas cosas -escribió levantando el rostro con expresión orgullosa, al ras el lápiz se movía ágilmente-, sé cocinar , sé coser. La tía Janet dice que soy muy buena ama de casa y le aseguro que ella no suele alabar a la gente ni mucho ni muy a menudo. Y después, cuando no estoy ayudándola a ella, tengo a mi querido violín. Ésa es toda la compañía que deseo. Pero me gusta leer y oír hablar de las cosas del mundo lejano y de la gente que vive en él y de las cosas que se hacen. Debe de ser un lugar maravilloso"

-¿No le gustaría ir a conocerlo, ver las maravillas y encontrarse usted misma con la gente $ -preguntó Erie, sonriéndole.

En seguida se dio cuenta de que en alguna forma que no percibía, la había herido. Tomó el lápiz y escribió, con tal brusquedad de movimiento y energía de expresión, que casi parecía como que estaba profiriendo verbalmente las palabras.

-"¡No, no, no ! No quiero ir a ninguna parte fuera de mi casa. No quiero ver extraños ni quiero que me vean a mí. No podría soportarlo".

Pensó Erie que la conciencia de su defecto posiblemente daba semejante resultado, aunque no parecía tampoco muy sensible a su propia mudez ya que hacía frecuentes y naturales referencias a ella en sus escritos. O tal vez fuera la sombra que se cernía sobre su nacimiento. Aun así, la niña era tan inocente que no le parecía a él que después de todo se diese cabal cuenta de la existencia de semejante sombra. Por fin decidió que se trataba simplemente de una vibración mórbida en una criatura sensitiva, había sido criada de un modo inapropiado y no natural.

Por último, las alargadas sombras le advirtie- ron que era tiempo ya de irse.

-No se olvide usted de venir mañana a la tarde para tocar el violín -dijo, poniéndose de pie de mala gana.

Kilmeny respondió con un leve movimiento de su cabecita morena y una sonrisa muy elocuente. Entonces la observó cuando se alejaba atravesando el huerto...

"... con la belleza y el suave paso de la luna... ", y luego por el sendero abandonado y silvestre. Al llegar al extremo de la hilera de pinos hizo una pausa para volverse y saludar con el brazo en alto antes de desaparecer.

Cuando Erie llegó a casa de los Williamson, Robert estaba atacando un piscolabis compuesto de pan y leche, en la cocina. Levantó la cabeza con una sonrisa amistosa, cuando el joven se presentó silbando.

-¿Estuvo paseando, maestro?

-Sí -dijo Eric.

Involuntariamente el joven puso tal tono de triunfo en el sencillo monosílabo que hasta el viejo Robert lo percibió.

La señora Williamson, que estaba cortando pan en el extremo de la mesa, dejo el cuchillo y la hogaza, para mirar al joven con una expresión suavemente preocupada en los ojos. Se pregunto si habría estado nuevamente en el huerto de los Connors... y si había vuelto a ver a Kilmeny Gordon.

-Supongo que no habrá descubierto una mina de oro -comento el viejo Robert secamente-. Pero tiene toda la apariencia de haberla descubierto.

CAPÍTULO 8
EN EL PÓRTICO DEL EDÉN

Cuando Eric fue al huerto de los Connors la tarde del día siguiente, encontró a Kilmeny que lo estaba esperando en el banco bajo el árbol de lilas blancas, con el violín apoyado en su falda. Tan pronto como lo vio, levanto el instrumento y comenzó a tocar una melodía airosa y delicada que hacía pensar en la risa de las margaritas.

Cuando hubo terminado bajo el arco y lo miro con las mejillas sonrosadas y los ojos interrogantes.

-"¿Qué le ha dicho esa melodía? -escribió.

-Me ha dicho algo así -respondió Eric dejándose llevar por el humor sonriente de la joven-: ¡bienvenido, amigo mío! Es una tarde preciosa. El cielo es tan azul y la flor de los manzanos tan dulce. La brisa y yo liemos estado juntas aquí y la brisa es muy buena compañera, pero aun así estoy contenta de que haya venido. Es una tarde en que se siente uno feliz de estar vivo para poder pasear por el huerto que está hermoso. ¡Bienvenido, amigo mío!

Kilmeny batió palmas con el aire de una chiquilla contenta.

"Es usted muy rápido para comprender - escribió-. Eso es justamente lo que quise decir. Por cierto que no pensé esas mismas palabras, pero el `sentimiento' era el mismo. Me sentí tan contenta de estar viva y de que los manzanos y las lilas blancas y los demás árboles y yo misma estuviéramos juntos esperando que viniera. Usted es más rápido que Neil. Siempre tiene alguna dificultad en comprender mi música, así como a mí me resulta difícil comprender la suya. Algunas veces me asusta. Recibo la impresión de que hay algo en ella que trata de envolverme.. . algo que no me gusta y deseo eludir huyendo".

Por alguna secreta razón a Eric no le gustaban las referencias a Neil. La idea de aquel muchacho bien parecido conviviendo permanentemente con Kilmeny, hablando con ella, durmiendo bajo el mismo techo, encontrándose con ella en las múltiples intimidades del día, no le gustaba. Arrancó aquel pensamiento de la mente y se dejó caer sobre el césped a los pies de la joven.

-Toque usted ahora para mí, por favor -dijo-. Deseo estar aquí tendido, escuchándola.. .

"Y mirándola", podía haber añadido. No podía decir cuál era el mayor placer. Su belleza, más maravillosa que cualquier expresión pictórica que jamás hubiera contemplado, lo deleitaba. Cada matiz, cada rasgo, cada línea de su rostro, era perfecto. La música, por otra parte, lo sojuzgaba.

Esta-criatura, se decía mientras escuchaba, posee el genio. Pero ese genio se está desperdiciando. Se sorprendió a sí mismo pensando rencorosamente con respecto a la gente que hacía de guardia sobre ella y que eran responsables de la vida rara que hacía. Le estaban haciendo un daño grande e irreparable. ¿Cómo se atrevían a someterla? semejante existencia? Si su defecto hubiese sido atendido a su debido tiempo, ¿quién

podía asegurar que no se habría curado? Ahora probablemente era demasiado tarde. La Naturaleza la había dotado del real derecho que dan la belleza y el talento, pero su egoísmo y su imperdonable negligencia no habían tenido en cuenta semejante condición.

¡Qué música divina arrancaba la joven a su violín! Música feliz y música melancólica, alegre o dolorida, música como la que las estrellas de la madrugada podían producir cantando al unísono, música que habría hecho danzar a las hadas en su retiro entre las verdes colinas o en las doradas arenas, música que también podría estar cantando su duelo sobre el sepulcro de una esperanza.

Al cabo, Kilmeny se dejó llevar en una melodía más dulce. Mientras la escuchaba. Eric percibió que toda la naturaleza de la niña se revelaba a través de su música ... la belleza y la pureza de sus pensamientos, sus sueños infantiles y sus recuerdos de doncella. No se descubría la menor intención de encubrimiento en ella ; no podía ella misma impedir la revelación de la cual estaba consciente.

Por último Kilmeny dejó a un lado el violín y escribió

-"He hecho todo lo que he podido para complacerlo. Ahora es su turno. ¿Se acuerda de la promesa que me hizo anoche? ¿Va a cumplirla?"

Eric le entregó dos libros que había llevado para ella : una novela moderna y un libro de poesías que ella no conocía. Había dudado un poco antes de elegir la primera, pero el libro era tan fino y lleno de belleza, que pensó finalmente que no podía de ningún` modo llegar a rozar su inocencia.

No tuvo dudas acerca de la poesía. Era la expresión de una de esas almas elevadas, profundamente inspiradas, cuyos versos habían hecho que el reino donde naciera y trabajara fuese un verdadero País Sagrado.

Leyó para ella algunos de los poemas. Después le habló de sus días en el Colegio y de sus compañeros. Los minutos pasaron rápidamente. Para él ya no existía el mundo exterior fuera de aquel huerto antiguo, con sus ramas florecidas, sus sombras y los murmullos de la brisa.

En cierto momento, cuando le contó la historia de algunas travesuras de la vida estudiantil, en la cual figuraban las luchas eternas de los alumnos de segundo año y los novatos de primero, Kilmeny juntó las manos en su gesto habitual y se rió con una risa clara, musical, que hacía pensar en la plata más pura..

Aquella risa penetró en los oídos de Eric provocando un movimiento de sorpresa. Le parecía extraño que pudiera reír de aquella manera y sin embargo no fuera capaz de hablar. ¿Dónde estaba el defecto que le impedía pasar por las puertas de la expresión oral ? ¿Era posible que no tuviera remedio?

-Kilmeny -dijo gravemente después de un momento de reflexión durante el cual la estuvo mirando allí sentada, con los rayos del sol que después de colarse por entre las ramas del árbol de lilas, caían sobre su cabeza descubierta como una lluvia de piedras preciosas-, ¿no tiene inconveniente en que le pregunte algo sobre su inhabilidad para hablar? ¿Le lastimaría conversar de ese tema conmigo?

La joven sacudió la cabeza.

-"No -escribió-, no tengo el menor inconveniente. Por cierto que lamento no poder hablar pero estoy muy acostumbrada a ese pensamiento y no me duele en absoluto".

-Entonces, Kilmeny, dígame esto. ¿Sabe usted por qué no puede hablar, cuando todas sus otras facultades son tan perfectas?

-"No, no tengo la menor idea de por que no puedo hablar. Se lo pregunté a mamá una

vez y me respondió que era un castigo a ella por un gran pecado que había cometido y me miró de una manera tan extraña que me asustó y nunca volví a preguntarle a ella ni a nadie más".

-¿Alguna vez la llevaron a un médico para que le examinara la garganta, la lengua, en fin, los órganos de la voz?

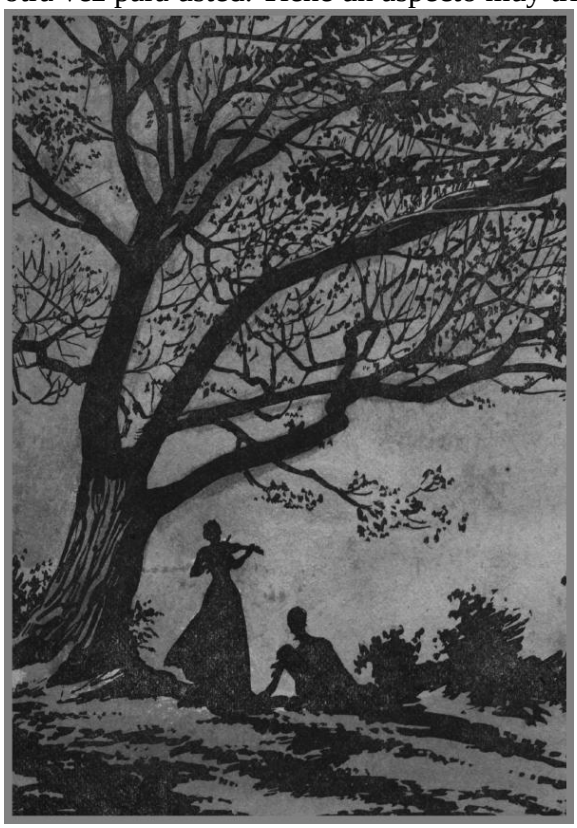
"No. Recuerdo una vez cuando chiquita, que el tío Thomas me quiso llevar a ver a un médico de Charlottetown, para que me examinara y dijera si se podía hacer algo por mí, pero mamá Be negó rotundamente. Dijo que iba a ser inútil y creo que el tío Thomas pensaba lo mismo en el fondo ".

-Usted puede reírse con toda naturalidad. ¿No puede producir ningún otro sonido?

-"Sí, algunas veces. Cuando estoy muy contenta o me asusto mucho,, puedo emitir algunos pequeños gritos. Pero sólo ocurre cuando no estoy pensando en producirlos. Si me propongo gritar, no puedo".

Esto pareció a Erie más misterioso todavía. -¿,Alguna vez trató de hablar... de pronunciar palabras? -persistió.

-"¡Oh, sí ¿ Muy a menudo lo hago. Todo el tiempo digo las palabras en la cabeza, con el sonido que oigo a la gente, pero jamás he podido hacer que la lengua los repita. No se ponga triste, amigo mío. Yo soy muy feliz y no me importa mucho no ser capaz de hablar. Sólo algunas veces cuando tengo demasiados pensamientos y me resulta muy lento tener que escribirlos y algunos de ellos se me escapan. Tengo que tocar el violín otra vez para usted. Tiene un aspecto muy triste ".



Se echó a reír nuevamente, tomó su violín y tocó una melodía ágil y picada, como si estuviera tratando de burlarse de él, a la vez que miraba a Eric por encima de la caja del instrumento, con ojos que querían obligarlo a sentirse feliz.

Eric sonrió, pero su rostro apareció preocupado varias veces más esa tarde.

Cuando regresó a la casa, avanzaba con el rostro ensombrecido. El caso de Kilmeny era muy extraño por cierto y cuanto más pensaba en él, más extraño le parecía.

-Me resulta muy curioso que pueda emitir sonidos únicamente cuando no se ha preocupado por emitirlos -reflexionó-. Me gustaría que David Baker pudiera examinarla, pero supongo que no será posible. Esa lúgubre pareja que la custodia no lo permitiría nunca.

CAPÍTULO 9
LA HONRADA SENCILLEZ DE EVA

En las tres semanas subsiguientes, Eric pareció realizar dos vidas, una muy distinta de la otra, como si poseyera una doble personalidad. En una de ellas, enseñaba diligentemente en el distrito escolar de Lindsay, trabajando arduamente, resolviendo problemas; argumentando sobre teología con Robert Williamson; visitando las casas de sus alumnos y tomando el té con las familias de éstos; concurriendo a bailes rústicos; y haciendo inconscientes estragos en el corazón de las muchachas de Lindsay.

Pero esa vida era como un sueño obligado. É1 sólo vivía en la otra que transcurría en el viejo huerto, con el césped excesivamente crecido, donde los minutos parecían volar impulsados por los duendes misteriosos del lugar mientras la brisa de junio tejía caprichosas melodías entre las ramas de los pinos.

Aquí se encontraba todas las tardes con Kileny; en aquel huerto tejieron juntos una guirnalda de horas felices y serenas; juntos pasearon por los campos hermosos del romance; juntos leyeron muchos libros y hablaron de muchas cosas; y cuando se fatigaban de todo ello, Kilmeny tocaba el violin despertando ecos con sus encantadoras melodías.

A cada encuentro, la belleza de la joven aparecia acrecentada a los ojos maravillados de Eric. En los intervalos impuestos por la ausencia, pensaba él que no podía ser tan hermosa como la "pensaba"; y luego, al encontrarse nuevamente comprobaba que la belleza era aún mayor. Aprendió a buscar en los ojos de la muchacha la inconfundible luz de bienvenida que aparecia en ellos al escuchar sus pasos. Casi siempre estaba alli antes que él y siempre mostraba alegria al verlo, con el franco deleite infantil de quien aguarda a un querido camarada.

Kilmeny nunca estaba en el mismo estado de ánimo mucho rato. Ora estaba grave, ora alegre, ora majestuosa, ora reflexiva. Pero siempre estaba encantadora. Por retorcidos que fueran los Gordon, su influencia no había podido romper aquella perfección de gracia y simetria. Su mente y su corazón absolutamente incontaminados de las esencias mundanas, eran tan maravillosos como su mismo rostro. Toda la fealdad de la existencia había pasado sobre ella sin tocarla, envuelta como estaba en la doble soledad de su crianza y su mudez.

Era naturalmente rápida e inteligente. Deliciosos relámpagos de ingenio y buen humor chispeaban ocasionalmente. Podía ser caprichosa ... aún encantadoramente caprichosa. Algunas veces cierta ingenua malicia brillaba en las profundidades de sus ojos azules. Hasta el sarcasmo suave no era desconocido para ella. De vez en cuando hacía alguna graciosa, referencia a la

mentada superioridad y vanidad masculina, con unas pocas lineas elegantemente escritas en su pizarra.

Asimilaba las ideas de los libros que leía con rapidez, con interés y con verdadera profundidad, siempre aferrándose con un misterioso buen criterio a lo mejor y a lo verdadero y rechazando lo falso, lo artificial y lo débil, mostrando una infalible intuición de la cual se maravillaba Eric. La de ella era la lanza de Ithuriel, apartando la escoria de las cosas y dejando sólo el oro puro.

En modales y en apariencia todavía era una niña, aunque de tanto en tanto era tan

vieja como Eva. Una expresión que aparecía en su rostro riente, un sentimiento sutil que se revelaba en la sonrisa, contenía toda la erudición de la mujer, toda la sabiduria de las edades.

Su manera de sonreír lo seducia. La sonrisa siempre nacia en lo más profundo de sus ojos y saltaba luego al rostro como un resplandeciente arroyo cantarino contento de ver el sol.

Él lo sabía todo acerca de su vida. Ella le contó su historia tranquilamente. A menudo se refería a su tío y a su tía y parecía profesarles un gran afecto. Rara vez, en cambio, hablaba de su madre. Eric llegó a comprender menos por lo que decía que por lo que no decía, que Kilmeny, a pesar de que había querido a su madre, siempre le había tenido miedo. No había existido entre las dos la natural y hermosa confianza que une siempre a las madres con sus hijas.

Acerca de Neil escribía bastante en la pizarra al principio y parecía tenerle afecto verdadero. Pero más tarde dejó de mencionarlo. Tal vez -porque era maravillosamente lista para captar e interpretar los cambios rápidos de expresión en las voces y en los rostros-, comprendió lo que el mismo Eric había comprendido de si mismo que sus ojos se ensombrecían al pensar en el nombre de Neil.

Una vez le preguntó ella abiertamente

-"¿Hay mucha gente como usted en el mundo?"

-¡Miles! -repuso Eric riendo.

Kilmeny lo contempló gravemente y después, movió la cabeza con un gesto muy decidido.

-"No creo eso -escribió-. No conozco mucho del mundo, pero no creo que haya mucha gente como usted".

Una tarde, cuando las lejanas colinas y los campos se revestían ya del tono púrpura a que estaban acostumbrados, Eric llevó al viejo huerto un pequeño y gastado volumen que contenía una historia de amor. Era la primera vez que él le leía algo referente a tal tema, porque en la primera novela que le había facilitado, el amor no era más que un detalle subordinado y al cual se prestaba un leve interés. Éste, en cambio era un hermoso y apasionado idilio, exquisitamente expuesto.

Se lo leyó a la niña, echado en el césped a sus pies; ella escuchó con las rodillas tomadas entre las manos y los ojos bajos. No era una historia extensa y cuando hubo terminado, Eric cerró el libro y levantó la mirada interrogante.

-¿Le ha gustado, Kilmeny?

Muy lentamente, ella tomó su pizarra y escribió:

-"Sí, me gustó. Pero también me ha lastimado. No sabía que una persona podía gustar de una cosa que la lastima. No sé bien por qué me ha lastimado. Tengo la impresión de haber perdido algo que jamás tuve. ¿Es un sentimiento sumamente tonto, no es verdad? Pero no comprendí el libro muy bien, le diré. Se trata del amor y yo sé muy poco del amor. Mamá me dijo una vez que el amor es una maldición y que debía orar para que nunca entrara en mi vida. Lo dijo muy seriamente y así es que la creí. Pero su libro enseña que es una bendición. Dice que es el sentimiento más espléndido y maravilloso que puede haber en la vida. ¿Cuál de las dos cosas he de creer entonces?.

-El amor ... el verdadero amor ... nunca es una maldición, Kilmeny -respondió gravemente Eric-. Hay un falso amor que si es una maldición. Tal vez su madre pensó que ése era el amor que penetró en su vida y la arruinó. Por eso habría cometido ella el

error. No hay nada en el mundo ... ni tampoco en el Cielo, como yo mismo creo ... tan verdaderamente hermoso, maravilloso y bendito como el amor.

-"¿Alguna vez ha amado usted?" -preguntó Kilmeny con la crudeza que resultaba a veces de las frases que no tenía más remedio que escribir en su pizarra.

Hizo la pregunta con sencillez terrible y sin el menor embarazo. No conocía ninguna razón para que el amor no pudiera ser discutido con Eric, asis como discutian otros temas -música, libros, viajes-, y con los cuales no había inconveniente.

-No -respondió Eric honestamente-, pero todos tenemos un ideal de amor con el cual se espera encontrar algún día... "la mujer ideal de los sueños de un mozo ". Supongo que yo tengo el mío, escondido por alguna parte, en alguna cámara secreta del corazón.

-"Supongo que el ideal de mujer de usted, debe ser hermoso como la dama de ese libro".

-¡Oh, sí! Estoy seguro de que no podría jamás interesarme por una muchacha fea -declaró Eric riendo un poco mientras se ponía de pie-. Nuestros ideales son siempre hermosos, se conviertan en realidad después o no. Pero el sol se está poniendo. Indudablemente que el tiempo vuela en este huerto encantado. Yo creo que usted embruja los minutos, Kilmeny. La muchacha que lleva su mismo nombre en el poema, era en cierto modo una doncella hechizada y misteriosa, si es que recuerdo bien, y le pareció que el transcurso de siete años en el éter era lo que representa para la gente común medía hora sobre la tierra firme. Algún día me despertaré de mi supuesta "hora" tendido aquí y descubriré que soy ya un viejo con el pelo blanco y las ropas raídas, como en el cuento de hadas que leímos la otra tarde. ¿Me permitirá que le regale este libro? Yo podría cometer el sacrilegio de leerlo nuevamente en otra parte que no sea este huerto. Es un libro muy antiguo, Kilmeny. Un libro nuevo, con el olor todavía de los anaqueles de la libreria no serviría para ponerlo en sus manos. Éste es uno de los libros que tenía mi madre. Ella lo leía y lo amaba. ¿Ve usted? ... los pétalos de rosa que un día puso entre las páginas todavía están aquí, casi desvanecidos. Voy a poner su nombre en él... ese extraño y bonito nombre que usted tiene, corno si hubiese sido creado especialmente para su persona... "Kilmeny la del Huerto"... y la fecha de este perfecto día de junio, en el cual hemos estado leyendo juntos. Después, cada vez que usted lo mire se acordará de mí y de las flores blancas que se abren ahora mismo a su lado y del murmullo del viento en la copa de esos viejos pinos.

Tendió el libro hacia ella pero ante su sorpresa, Kilmeny sacudió la cabeza a la vez que se sonrojaba.

-¿No aceptará el libro, Kilmeny? ¿Por qué?

Tomó ella su lápiz y escribió lentamente, no en la forma ágil y veloz con que lo hacía siempre.

-"No se ofenda conmigo. No necesito nada para recordarlo, porque nunca podré olvidarme de usted. Pero será mejor que no acepte el libro. No deseo leerlo nuevamente. Trata del amor y es inútil que aprenda cosas del amor, aunque sea un sentimiento noble como usted dice. Nadie me va a querer jamás a mi. Soy demasiado fea".

-¿Usted? ¿Fea? -exclamó Eric.

Estuvo a punto de lanzar una carcajada ante la idea, cuando una mirada al severo rostro de la muchacha lo contuvo. Tenía una expresión dolorida, amarga, como la que recordaba haber visto una vez, cuando él le preguntó si no sentía deseos de conocer el mundo.

-Kilmeny -le respondió asombrado-, ¿no cree usted realmente que es fea, no es cierto. Ella asintió sin mirarlo y después escribió:

-"Oh, sí, que lo soy. Lo sé hace tiempo. Mamá me dijo hace mucho tiempo que soy muy fea y que nadie querría nunca ni mirarme. Lo siento. Me duele mucho más saber que soy fea, que pensar que no puedo hablar. Supongo que pensará que es una tontería de mi parte, pero es así. Es por eso que no volvi al huerto por tantos días, aun cuando había superado mis temores. Odíaba la idea de que le iba a parecer fea a usted. Y es por eso que no quiero ir a conocer el mundo y a encontrarme con la gente. Me mirarían como me miró el vendedor ambulante aquel día cuando salí con la tía Janet hasta su coche, la primavera después que mamá murió. Se quedó mirándome de tal modo, que me di cuenta de que estaba asombrado de verme tan fea y desde entonces me escondí cada vez que vino a casa".

Los labios de Eric se torcieron. A pesar de su pena por el auténtico sufrimiento que leía en sus ojos, no podía remediar el sentirse divertido ante la absurda idea de aquella hermosísima muchacha convencida de que era muy fea.

-Pero, Kilmeny, ,cuando usted se mira a un espejo le parece que es fea ! -preguntó sonriendo.

-"Nunca me he mirado a un espejo -escribió-. No supe que existía un objeto semejante hasta que mamá murió, y yo leía sobre el espejo en un libro. Después le pregunté a la tía Janet y entonces me explicó que mamá había roto todos los espejos de la casa cuando yo era una bebita. Pero he visto mi cara reflejada en las cucharas y en una pequeña azucarera de plata que tiene la tia Janet. Y la he encontrado fea ... muy fea".

La cara de Eric se hundió en el césped. Por más esfuerzos que hizo no logró contener la risa, pero no podía permitir que Kilmeny lo viera riéndose de aquel asunto. Un cierto deseo caprichoso tomo posesión de él y entonces no se apresuro a revelarle a la niña la verdad, como había sido su primer y natural impulso. En lugar de ello, cuando levanto la cabeza nuevamente, le dijo en tono sereno

-No crea que usted sea fea, Kilmeny.

-"¡Oh! Pero estoy segura de que me ve fea -escribió en tono de protesta la joven-. Hasta Neil me encuentra fea. Dice que me ve bondadosa y simpática, pero un día le pregunté si me encontraba fea y dio vuelta la cara y no quiso responderme, de manera que sé bien lo que él piensa de todos modos. No volvamos a hablar de esto otra vez. Me mortifica y lo estropea todo. Hay veces en que me olvido. Déjeme que toque una melodía de despedida y no se sienta ofendido porque no acepte su libro. Me haría sentir infeliz si lo volviera a leer".

-No estoy ofendido -dijo Eric-, y estoy convencido de que algún día lo aceptará, después que le muestre algo que quiero que vea. No importa su apariencia, Kilmeny. La belleza no lo es todo.

-“¡Oh! Pero es mucho -escribió ella crudamente-. Pero yo le gusto a usted aunque me encuentre fea, ¿no es cierto? Yo le gusto a usted a causa de mi música, ¿no es cierto?”

-Usted me gusta mucho, Kilmeny -respondió Eric. riendo levemente.

Pero había en su voz un cierto tono de ternura que no percibió él, pero que Kilmeny capto sin embargo, lo que hizo que recogiera su violin con una sonrisa misteriosa en sus labios.

Allí la dejo tocando y a través de todo el camino que cruzaba el bosque de pinos resinosos la música lo acompaño como un invisible espiritu guardián.

-¡Kilmeny la Hermosa! -murmuraba-. Y sin embargo la muy chiquilla piensa que es fea... ella, que tiene una cara que ya quisieran pintar los más grandes artistas. ¡Una muchacha de dieciocho años que jamás se miro delante de un espejo! Me pregunto si habrá otro caso igual en algún país del mundo civilizado. , Qué puede haber inducido a su madre a contarle semejante falsedad? Me pregunto si Margaret Gordon habrá estado sana mentalmente en los últimos años de su vida. También es extraño que Neil no le haya dicho la verdad. Tal vez no quiera que ella lo sepa.

Eric se había encontrado con Neil Gordon pocas tardes antes, en un baile campestre, donde Neil había tocado el violín para los bailarines. Influído por la curiosidad había buscado la compañía del muchacho, que al principio se mostró conversador y amistoso. Pero a la primera referencia de Eric concerniente a los Gordon -lanzada con la mayor habilidad-, su cara y sus modales cambiaron. Pareció encerrarse en si mismo, mostrando una expresión de sospecha, casi siniestra.

Una dura mirada apareció en los ojos oscuros y enormes y lanzó su arco sobre las cuerdas del violin en un discordante chillido, como si quisiera dar por terminada la conversación. Absolutamente nada podía sacarse de aquel mozo con referencia a Kilmeny y sus celosos y lúgubres guardíanes.

CAPÍTULO 10
UN OBSTÁCULO Y UNA DECISIÓN

UNA tarde en los últimos días del mes de junio, la señora Williamson estaba sentada frente a la ventana de su cocina. Su tejido yacia sobre su falda y Timothy, a pesar de que ronroneaba insistentemente y se frotaba contra el pie de la buena mujer, no recibia una sola mirada de atención.

Apoyaba la barbilla en una mano a la vez que miraba a través de la ventana hacia la distante ensenada con los ojos cargados de preocupación.

-Supongo que debo hablar -pensaba de mala gana-. Odio hacerlo. Siempre odié la idea de entrometerme en la vida de los demás. Mi madre solía decir que de cada cien veces, noventa y nueve, un entrometido sale mal parado y no logra su propósito. Pero supongo que se trata de mi deber. He sido amiga de Margaret y es mi deber proteger a su hija en todo lo que pueda. Si el maestro vuelve a cruzar por ahi para ir a verla, tendré que decirle lo que pienso del asunto.

Arriba en su habitación, Eric se movía silbando. Por fin bajó, pensando en el huerto y en la muchacha que lo estaba esperando allí.

Cuando cruzaba el pequeño pórtico de la entrada oyó la voz de la' señora Williamson

-Señor Marshall, ¿me hace el favor de venir aquí un momento?

Se dirigió entonces a la cocina. La señora Williamson lo miró con desaprobación. Había un cierto sonrojo en sus mejillas, pálidas generalmente, y su voz era temblorosa.

-Señor Marshall, quiero hacerle una pregunta. Tal vez piense usted que no se trata de un asunto en el que deba inmiscuirme, pero no es porque quiera ser impertinente. No, no. Es sólo porque pienso que debo hablar con usted. Lo he estado pensando por mucho tiempo y me parece que mi deber es hablar. Espero que no se enoje, pero aunque se enojara, no tendría más remedio que hablar. ¿Está yendo usted al viejo huerto de los Connors para encontrarse con Kilmeny Gordon ?

Por un momento, el enojo surgió violento en el rostro de Eric. Era el tono de la señora Williamson lo que lo sacaba de quicio y lo enfurecia, más que las palabras en si.

-Sí, asi es, señora Willamson -replicó fríamente-. ¿Qué tiene que ver eso?

-Entonces, señor -prosiguió la señora Williamson con mayor firmeza-, me veo obligada a decirle que no creo que esté usted haciendo bien.

He estado sospechando todo este tiempo, que usted iba alli todas las tardes, pero no he dicho una sola palabra a nadie del asunto. Ni siquiera lo sabe mi esposo. Pero dígame, maestro, los tíos de Kilmeny están enterados de que usted se encuentra con ella en el huerto.

-Pues... -dijo Eric en cierto modo confundido-. Yo ... yo no sé si lo saben o no. Pero de todos modos, señora Williamson, ¿no sospechará usted que yo pretendo hacerle el menor daño a Kilmeny Gordon?

-No, no lo creo, maestro. Podría pensarlo de otros hombres pero no de usted. No. creo ni por un minuto que usted sería capaz de hacerle ningún daño consciente a ella ni a ninguna otra mujer. Pero a pesar de todo puede provocar en ella ese daño. Le pido que se detenga y piense un poco, porque yo creo que usted no lo ha pensado. Kilmeny no puede saber nada del mundo ni de los hombres. Y es posible que ya esté pensando demasiado en usted. Eso puede destrozarle el corazón, porque no creo que usted llegue a casarse nunca con uña muchacha muda como es ella. De modo que creo que usted no debiera seguir viéndola en esta forma. No es justo, maestro. No vaya al huerto otra vez.

Sin decir una sola palabra Eric se volvió y subió a su cuarto. La señora Williamson recogió su tejido con un suspiro.

-Ya está hecho Timothy, y me siento muy agradecida -dijo en voz baja-. Supongo que no habrá necesidad de decir nada más. El señor Marshall es un caballero muy fino, sólo un poco irreflexivo. Ahora que tiene los ojos abiertos, creo que hará lo que debe hacer. No me gustaria que la hija de Margaret fuera desgraciada.

El marido entró a la casa ubicándose en los escalones de la puerta de la cocina para gozar de su tabaco de la tarde, hablando entre pitada y pitada a su esposa de la trifulca del Anciano Tracy en la iglesia, del pretendiente de Mary Alice Martin, del precio que por los huevos pedía Jake Crosby, de la cantidad de heno que rendían las praderas de la colina, de las dificultades que él mismo tenía con la cabra de la vieja Molly y de los respectivos méritos que ofrecían los gallos Plymouth Rock y los Brahma. La señora Williamson lo oía distraídamente, casi sin retener ninguna de las palabras que su marido pronunciaba.

-¿Qué tiene el maestro, madre? -preguntó de pronto el viejo Robert-. Lo oigo caminar de un lado al otro de la habitación como si estuviera enjaulado. ¿Estás segura de que no lo encerraste bajo llave por equivocación?

-Tal vez esté preocupado por la manera en que se comporta Seth Tracy en la escuela -sugirió la señora Williamson, que preferia que su chismoso marido no sospechara nada acerca de Eric y Kilmeny Gordon.

-¡Bah! No necesita ocuparse un rábano de eso. Seth se quedará quieto tan pronto como descubra que con este maestro no puede. Es un maestro muy bueno y muy poco común ... es mejor que el mismo señor West y eso ya es decir algo. Los miembros de la Junta esperan que quiera quedarse por otro periodo. Se lo van a pedir en la reunión escolar de mañana y piensan ofrecerle un aumento en la retribución.

Arriba, en su pequeña habitación bajo el alero, Eric Marshall se encontraba en la

cima de la más intensa emoción que jamás había experimentado.

De arriba abajo, de izquierda a derecha, caminaba con los labios apretados y las manos por detrás de la espalda. Cuando se cansó, se dejó caer en un sillón frente a la ventana y así siguió luchando contra la marea de sentimientos.

Las palabras de la señora Williamson habían corrido el tenue velo con que había cubierto insensiblemente sus ojos. Estaba encarando la circunstancia de que amaba a Kilmeny Gordon con el amor que no llega más que una vez en la vida y para siempre. Se preguntaba cómo era posible que hubiese estado tanto tiempo cegado ante su condición. Se dio cuenta de que debia haberla amado desde la primera tarde en que la viera alli en el viejo huerto. Aquella tarde de mayo.

Y sabia que debia escoger entre dos alternativas : o no volvia nunca más al huerto o debía ir decidido a que la muchacha aceptara ser su esposa.

La prudencia mundana, la herencia recibida de una larga linea de ascendientes de mentalidad fría, calculadora, era bastante fuerte en Eric y no cedió ni fácil ni rápidamente ante los dictados de la pasión. Toda la noche luchó contra sus nuevas emociones que amenazaban con barrer su sentido común, el mismo sentido común que David Baker le había recomendado que llevara consigo cuando se tratara de escoger una esposa para el futuro. El casamiento con Kilmeny Gordon, ¿no sería una imprudencia desde algún punto de vista?

Después, algo más fuerte y más grande y más -vital que la prudencia o la imprudencia surgió en él y lo dominó.

Kilmeny, la hermosa, Kilmeny la que no podía hablar, era -como había pensado involuntariamente una vez-, "la mujer soñada" para él. Nada podría separarlos. La simple idea de no verla nunca más le resultó tan insoportable que se rió de si mismo por haber calculado la posibilidad de hacer frente a aquella alternativa.

-Si puedo ganar el amor de Kilmeny Gordon, le pediré que sea mi esposa -dijo mirando a través de la ventana a la colina obscurecida del sur, más allá de la cual se levantaba el huerto, su huerto.

El cielo aterciopelado estaba estrellado todavía, pero el agua de la ensenada comenzaba a platearse con los reflejos de la aurora que rompía por el este.

-Su infortunio la hace simplemente más querida para mi. No puedo concebir que hace un mes no la conociera. Siento la impresión de que estuviera formando parte de mi vida desde siempre. Me pregunto si no se habrá resentido porque no fui al huerto anoche ... si me habrá esperado. Me pregunto si pasará cuidado por mí. Si es así ella misma no debe saber en qué consiste todavia. Será mi más dulce tarea la de enseñarle lo que significa el amor y ningún hombre del mundo ha podido tener nunca una discípula más pura y adorable.

En la reunión anual de la Junta Escolar, a la tarde siguiente, los miembros pidieron a Eric que se quedara en Lindsay por un año más. Eric consintió sin vacilar.

Esa misma tarde fue a ver a la señora Williamson mientras lavaba la vajilla del té, en la cocina.

-Señora Williamson, voy a ir al huerto de los Connors para ver nuevamente a Kilmeny.

Ella lo miró con expresión de reproche.

-Bueno, maestro, no tengo más que decir. Su pongo que sería completamente inútil que lo hiciera, pero usted sabe bien cómo pienso de ese asunto.

-Me propongo casarme con Kilmeny Gordon si es que puedo ganar su cariño.

Una expresión de asombro se pintó en el rostro de la buena mujer. Observó atentamente los firmes labios del joven y sus ojos grises resueltos. Después dijo con aire de preocupación:

-¿Le parece prudente, maestro?. Supongo que Kilmeny ha de ser preciosa; el vendedor ambulante me dijo que lo era; y sin duda que es una muchacha buena y espléndida. Pero no sería una esposa adecuada para usted... es una muchacha que no puede hablar.

-Eso no hace ninguna diferencia para mi. -Pero, ¿qué dirá su familia?

-Yo no tengo familia excepto mi padre. Cuando conozca a Kilmeny lo comprenderá. Ella significa toda la vida para mí, señora Williamson.

-Si usted cree que no hay nada más que considerar. .. -fué la quieta respuesta-. Yo tendría un poco de miedo, sin embargo. Pero la gente joven no piensa en esas cosas.

-Mi único miedo es que ella no me acepte -replicó sobriamente Eric.

Con cierta malicia, la señora Williamson inspeccionó al joven de anchos hombros, buen mozo, que tenía delante.

-No creo que haya muchas mujeres que le digan a usted que no, maestro. Le deseo suerte en su pedido, aunque no puedo remediar el pensar que está haciendo algo peligroso. Espero que no tenga inconvenientes con Thomas y Janet. Son tan distintos a la gente común, que uno nunca puede saber qué harán. Pero siga mi consejo, maestro y vaya' a hablar con ellos cuanto antes. No siga viendo a Kilmeny a escondidas de ellos.

-Por cierto que seguiré su consejo -manifestó Eric gravemente-. Hubiera ido antes a ellos, pero es que no había pensado seriamente en el asunto. Probablemente lo sepan ya. Kilmeny puede haberles dicho algo.

La señora Williamson sacudió la cabeza en sentido negativo.

-No, no, maestro, no les ha dicho nada. Ellos no la hubieran dejado ir a encontrarse con usted nunca más si lo supieran. Los conozco muy bien para aceptar esa idea por un solo minuto. Vaya directamente a ellos y dígales exactamente lo que me acaba de decir a mí. Ése es el mejor plan, maestro. Y tenga cuidado con Neil. La gente dice que tiene sus ideas con respecto a Kilmeny, él también. Le jugaría una mala pasada si es que puede, no tengo la menor duda. Por otra parte los extranjeros nunca son gente de confiar y ese muchacho es tan extranjero como sus padres, aunque haya sido criado aquí "con cereales y con el catecismo", como dice el viejo proverbio. No sé por qué estoy segura de que las cosas son así ... y me confirmo en mis impresiones cada vez que lo veo cantando en el coro.

-¡Oh! Por cierto que no tengo miedo de Neil, -dijo Eric como al descuido-. Supongo que no podrá remediar el estar enamorado de Kilmeny ... nadie podría.

-Supongo que todos los jóvenes piensan lo mismo de sus novias, si es que se trata de muchachos como es debido-, dijo la señora Williamson con un pequeño suspiro.

Observó a Eric mientras se alejaba.

-Espero que todo salga bien -pensó ansiosamente-. Espero que no esté cometiendo un error irremediable ... pero ... tengo miedo. Kilmeny tiene que ser muy hermosa para haberlo hechizado de esta manera. Bueno, supongo que es inútil que me esté preocupando asi, pero de todos modos me hubiera gustado que no regresara a ese huerto para verla.

CAPÍTULO 11
UN ENAMORADO Y SU MOZA

Kilmeny estaba en el huerto cuando llegó Eric y el joven permaneció un instante alejado para observarla en la sombra del bosque de pinos y soñar con su belleza.

El huerto había florecido en los últimos días en ondas de antiguas alcaraveas y la joven estaba en medio de aquel mar florido que ondeaba en torno como el mar, bajo los efectos de la suave brisa. Tenía puesto el sencillo vestido de pálido azul estampado con el cual la había visto por primera vez. Una suntuosa vestimenta de seda no podía sentarle mejor a aquella delicada silueta. Había arrancado un par de rosas blancas y se las había puesto en el pelo, donde los delicados pimpollos parecían menos maravillosos en comparación con su rostro.

Cuando Eric atravesó la abertura en el cerco, ella corrió a su encuentro con las manos extendidas, sonriendo. Él tomó las manos que se le ofrecían y miró en los ojos azules con una intensidad que los hicieron vacilar por primera vez. Bajó Kilmeny la vista y un leve sonrojo se extendió por sus mejillas.

El corazón de Eric latió con fuerza porque en aquel sonrojo reconoció la vanguardía de un amor.

-¿,Estás contenta de verme, Kilmeny? -preguntó, tuteándola por primera vez en un tono significativo.

Ella asintió y escribió un poco torpemente

-"Si, ¿por que me lo preguntas? Tú sabes que siempre me alegro de verte. Tenía miedo de que no vinieras. No viniste anoche y yo estuve muy preocupada. Nada en el huerto pareció ya atractivo. No pude ni siquiera tocar el violín. Traté de hacerlo, pero no conseguí obtener más que lamentos. Esperé hasta que se hizo noche y entonces regresé a casa".

-Siento mucho haberte decepcionado, Kilmeny. No pude venir anoche y algún día te diré porqué. Me quedé en la casa para aprender una nueva lección. Siento mucho que me hayas echado de menos... no, estoy contento. ¿Puedes comprender cómo es que una persona puede estar contenta y triste por una misma cosa?

Kilmeny volvió a asentir.

-"Sí, no podía entenderlo antes, pero ahora sí. ¿Aprendiste tu nueva lección?".

-Si, la aprendí completamente. Fué una lección maravillosa, una vez que la entendi. Trataré y de enseñártela a ti algún día. Ven al viejo banco, Kilmeny. Hay algo que quiero decirte, pero antes, ¿quieres darme una rosal.

La joven corrió hasta un macizo de flores y con cuidadosa deliberación buscó un pimpollo semiabierto, perfecto y se lo ofreció..., era un pimpollo blanco con un levísimo rubor rosa en torno a su corazón de oro.

-Gracias; es tan hermoso como una mujer.. . que yo conozco -dijo Eric.

Una mirada pensativa despertóse en el rostro femenino ante tales palabras y Kilmeny echó a andar con la cabeza baja hacia el banco de madera en el huerto.

-Kilmeny -dijo Eric seriamente-, voy a pedirte que hagas algo por mí. Quiero que me lleves a tu casa contigo y que me presentes a tu tio y a tu tía.

Ella levantó la cabeza y lo miró asombrada, como si le hubiese pedido que hiciera algo imposible. Pero comprendiendo por la seriedad de su cara que Eric hablaba muy en

serio, una expresión de melancolía se extendió por su rostro. Luego sacudió la cabeza casi violentamente y pareció estar haciendo un poderoso e instintivo esfuerzo para hablar. Después tomó su lápiz y escribió con febril rapidez:

-"No puedo hacer eso. No me pidas que lo haga. Tú no comprendes. Ellos se enojarían mucho. No quieren que nadie se acerque siquiera a la casa. Y nunca más me dejarian venir al huerto. ¡ Oh, tú no lo has dicho en serio ! ¡No es cierto!".

Él sintió piedad por la angustia que leyó en sus ojos, pero tomó las finas manos en las suyas y replicó con firmeza:

-Sí, Kilmeny, te lo he pedido en serio. No está bien que nosotros nos estemos encontrando aquí -como hemos venido haciendo, sin el conocimiento y el consentimiento de tus amigos. Ahora no puedes entender esto, pero. .. créeme... es así.

Ella lo miró inquisitivamente, desesperadamente en los ojos. Lo que allí leyó pareció convencerla, porque se volvió muy pálida y una expresión de desolación apareció en su rostro escondido. Luego, librando sus manos, escribió lentamente:

-"Si dices que está mal, debo creerlo. No sabia que lo placentero podía ser malo, pero si está mal no debemos encontrarnos aquí nunca más. Mamá siempre me dijo que no debía hacer cosas malas por nada del mundo. Pero es que yo no sabía que esto estaba mal".

-No ha estado mal en ti, Kilmeny. Pero ha sido un pequeño error mío, porque yo debía haberme dado cuenta…, o por lo menos tenía la obligación de darme cuenta. No me detuve a pensarlo, como suelen hacer los chicos. Algún día te darás cuenta tú, plenamente. Ahora debes llevarme a tu tío y a tu tía y después que les haya dicho a ellos lo que quiero decirles ya no va a haber inconveniente en que nos encontremos aquí o en cualquier otra parte.



Kilmeny movió la cabeza.

-"No -escribió-, el tio Thomas y la tía Janet te dirán que te vayas y que no vuelvas nunca más. Y no me dejarán volver al huerto jamás. Ya que no está bien que me encuentre contigo, no vendré, pero es inútil que pensemos en hablar con ellos. Yo no les he hablado de ti porque sabía que me iban a prohibir que te viera, pero ahora lo lamento porque estaba mal hecho".

-Debes llevarme a ellos -insistió Eric con firmeza-. Estoy seguro de que las cosas no serán como tú temes una vez que ellos hayan oído lo que yo tengo que decirles.

Desconsolada, ella escribió:

-"Tengo que hacerlo, ya que insistes, pero estoy segura de que es inútil. No puedo llevarte ahora mismo porque no están en la casa. Se han ido a hacer compras a Radnor. Pero te llevaré a verlos mañana a la noche... Después de eso no te veré más ".

Dos grandes lágrimas aparecieron en el

borde de sus enormes ojos azules y cayeron rodando por las mejillas. Sus labios se torcieron levemente como los de una criatura herida.

Impulsivamente Eric la abrazó atrayéndola hacia su pecho. Mientras lloraba allí, suave y dolorosamente, el joven apretó sus labios contra el pelo negro cargado de reflejos plateados.

No percibió dos ojos encendidos como carbones que lo espiaban desde la cerca que estaba detrás de él y aquellos ojos miraban con odio y enloquecida pasión. Neil Gordon estaba acechando, con las manos apretadas contra la madera de la cerca y la respiración dificultosa.

-Kilmeny querida, no llores -dijo Eric tiernamente-. Me verás siempre. Te prometo eso, suceda lo que suceda. No puedo creer que tus tíos sean tan poco razonables como temes, pero aunque lo sean, no podrán evitar que me encuentre contigo en alguna parte.

Kilmeny levantó la cabeza y se secó las lágrimas.

-"Tú no sabes cómo son ellos -escribió-. Me encerrarán en mi habitación. Así es cómo me castigaban cuando era pequeña. Y una vez, no hace mucho tiempo, siendo ya una muchacha grande, lo volvieron a hacer" .

-Si hacen eso contigo nuevamente, te sacaré de la casa en alguna forma -exclamó Eric riendo brevemente.

Kilmeny concedió entonces una sonrisa, pero era un esfuerzo verdaderamente lastimoso. No volvió a llorar, pero su buen humor no volvió a ella. Eric hablaba alegremente, pero la joven no hacía más que escuchar, pensativa, ausente, como si en realidad no lo atendiera.

Cuando Eric le pidió que tocara, ella sacudió la cabeza negativamente.

-"No puedo pensar en ninguna música esta tarde -escribió-. Debo irme a la casa porque me duele la cabeza y me siento muy estúpida".

-Muy bien, Kilmeny. No te preocupes, mi querida niña. Todo ya a salir muy bien.

Evidentemente ella no participaba de su confianza, porque su cabeza se inclinó nuevamente mientras atravesaban el huerto. A la entrada del camino Kilmeny se detuvo y lo miró con expresión de reproche, en tanto sus ojos se llenaban nuevamente de lágrimas.

Parecía estar dedicándole una muda despedida. Con un impulso de ternura que no pudo contener, Eric volvió a abrazarla y besó aquellos labios rojos y temblorosos. Ella dio un paso atrás con un grito. Un color rojo subido trepó hasta sus mejillas y al instante huyó por el oscuro sendero.

La dulzura de aquel beso involuntario dejó su impresión en los labios de Eric en tanto regresaba a su casa, embriagado. Sabia que estaban abiertas las puertas de la vida para Kilmeny. Tuyo la certeza de que ya nunca jamás los ojos de la niña se encontrarían con los suyos con aquella pureza sin nubes que habían sustentado. Cuando volviera a mirarlos, allí estaría la conciencia de aquel beso. Detrás de ella, en el huerto, aquella noche. Kilmeny había abandonado su infancia.

CAPÍTULO 12
UNA PRISIONERA DEL AMOR

Cuando Eric llegó al huerto a la tarde del día siguiente, tuvo que admitir para sí mismo que se sentia bastante nervioso. No sabia cómo lo habrian de recibir los Gordon y

por cierto que los informes que había recogido 'a través del tiempo de aquella pareja de hermanos, no eran de lo más alentadores que pudiera pedirse.

Hasta la señora Williamson cuando le dijo adónde iba, lo contempló con la piedad con que se debió haber contemplado a los que iban a lidíar con los leones en las arenas del circo.

-Espero que no sean demasiado inciviles con usted, maestro -fue lo mejor que pudo decirle.

Esperaba encontrar a Kilmeny en el huerto porque se había demorado por la visita de uno de los miembros de la Junta Escolar; pero la muchacha no estaba a la vista. Caminó hasta llegar al sendero silvestre, pero al iniciar la marcha sobre él, se detuvo impresionado.

Neil Gordon había salido de atrás de un árbol y lo enfrentaba, con ojos relampagueantes y labios que traicionaban una emoción tan intensa que al principio le impidió hablar.

Con un estremecimiento comprendió Eric instantáneamente lo qué debia haber ocurrido. Neil habría descubierto que él y Kilmeny se encontraban todas las tardes en el huerto y fuera de toda duda había llevado el cuento a Thomas y a Janet Gordon. Se dio cuenta de la desventaja que aquello se hubiese producido antes de que tuviera oportunidad de ofrecer sus propias explicaciones. Posiblemente los guardíanes de Kilmeny estarían prevenidos en contra de él. En aquel punto de sus atribulados pensamientos, la pasión exacerbada de Neil encontró súbito desahogo en un escape de palabras pronunciadas en un tono salvaje.

-De manera que usted viene a encontrarse otra vez con ella. Pero ella no está aquí... ¡Nunca más la volverá a ver!... ¡Lo odio!... ¡Lo odio!. . ¡Lo odio!...

Su voz se agudizo hasta ser un espantoso chillido. Dio un paso hacia Eric, enloquecido, como si se dispusiera a atacarlo. Eric lo miró firmemente a los ojos en calmoso desafío, ante el cual la violenta pasión del muchacho se rompió en espuma como si hubiese sido una ola contra una roca.

-¿De manera que usted ha estado buscándole dificultades a Kilmeny, Neil, no es cierto? -dijo entonces Eric en son de reproche-. Supongo que ha estado jugando a los espías. Y supongo también que le habrá dicho a los tíos que se ha estado viendo conmigo aquí. Bueno, me ha ahorrado usted la molestia de hacerlo personalmente, eso es todo. Iba a decirselo a ellos yo mismo, esta noche. No sé cuál ha sido la razón para que usted hiciera esto. ¿Han sido celos de mí, lo ha hecho simplemente por maldad hacia Kilmeny?

Su evidente desprecio desmoralizó a Neil mucho más efectivamente que ningún despliegue de ira.

-No le importa por qué lo he hecho -murmuró el muchacho, sombríamente-. Lo que hago o el porque de lo que hago no es asunto suyo. Y tampoco es asunto suyo el venir a husmear por aquí. Kilmeny no va a venir a verlo nunca más.

-Pues, me encontrará en su propia casa, entonces -repuso Eric fríamente-. Neil, por la forma en que se ha comportado, ha demostrado que es un tonto completo y un chiquilín indisciplinado.

Neil saltó hacia adelante en el camino.

-¡No..., no..., váyase! -imploró salvajemente-. ¡Oh, señor!... ¡ Oh, señor Marshall ! .. . ¡Por favor, váyase! Haré cualquier cosa por usted si se va. Yo amo a Kilmeny, la he amado toda mi vida. Daría mi vida por ella. No puedo soportar la idea de que usted venga

Librodot

aquí a robármela... Si lo llega a hacer. .. , ¡lo mataré! Quise matarlo anoche cuando vi que la besaba. ¡ Oh, sí, sí que lo vil Yo estaba vigilando..., espiando si usted prefiere decirlo así. No me importa como lo llame usted. La había seguido a ella... porque sospechaba algo. Estaba tan distinta ... , tan cambiada... Ya nunca se pone las flores que yo le elijo como siempre. Parece haberse olvidado de que yo existo. Yo me di cuenta de que algo se había interpuesto entre los dos. ¡Y era usted, maldito sea! ¡Oh, yo sabré hacerle lamentar todo esto!

Otra vez se estaba dejando arrastrar por la furia.., la furia enloquecida del animal salvaje cuya pasión se retuerce de deseos fallidos. Superó todas las inhibiciones que su crianza y educación debieron crear. Eric, en medio de aquel despliegue iracundo y melodramático, sintió un impulso de piedad por el muchacho. Neil Gordon no era más que un chico todavia y se sentia miserable y estaba sufriendo delante de él.

-Neil, escúcheme -dijo tranquilamente-. Está hablando como un tonto. No es a usted a quien le toca decidir quiénes pueden ser los amigos de Kilmeny. Ahora, lo que tiene que hacer es dominarse e ir a su casa como un individuo decente. Sus amenazas no me causan la menor impresión y ya sabré cómo manejarlo a usted si persiste en interferir mi camino o perseguir a Kilmeny. No soy de la clase de individuos a quien se hace desistir de una empresa con ese sistema, amiguito.

El poder contenido en su tono y en su mirada, amilanó a Neil quien se volvió repentinamente y hundiéndose en las sombras del bosque, profirió una última andanada de maldiciones.

Eric. nada impresionado bajo su exterior compostura por aquel inesperado y desagradable encuentro, prosiguió su camino que se curvaba en torno al bosque de pinos, en dirección a la casa de los Gordon.

Su corazón latía con violencia al pensar en Kilmeny. ¿Qué era lo que podría estar sufriendo? Sin duda Neil habría dado una versión exagerada y torcida de lo que había visto y probablemente sus severos guardíanes estarían muy enojados con la pobre niña. Ansioso por aliviar aquellos malos momentos que Kilmeny podía estar pasando, apresuró el paso, casi olvidado ya de su encuentro con Neil. Las amenazas de aquel gitano no lo preocupaban lo más mínimo. Pensó que el estallido de celos de un chico importaba, pero poca cosa. Lo que importaba realmente era que Kilmeny podía hallarse en dificultades a causa de su atolondramiento.

Por fin se encontró ante la casa de los Gordon. Era un viejo edificio con agudos aleros y ventanas de buharda, sus tejas manchadas hasta ser de un tono gris oscuro por la larga exposición al viento y a los temporales. En el piso bajo, las ventanas estaban protegidas por persianas de un verde desvanecido. Detrás de la casa crecia otro espeso bosque de pinos. El pequeño cercado del frente estaba plantado con césped y era relamido y sin flores. Pero sobre el muro una rosa madreselva abría sus pimpollos en época temprana, ofreciendo el contraste extraño de su rojo sangre con la desnudez de los contornos y el apagamiento de los colores.

Las rosas en el muro parecían atacar de intento el ambiente lúgubre de la construcción, como si una vida ajena a los dolores pretendiera infiltrarse en las penas que sugerian aquellas vetusteces.

Eric llamó a la puerta, preguntándose si sería posible que la misma Kilmeny fuera quien lo atendiese. Pero un momento más tarde la puerta fue abierta por una mujer de edad madura..., una mujer de rigidas líneas desde el borde de su severo vestido de tela

Librodot

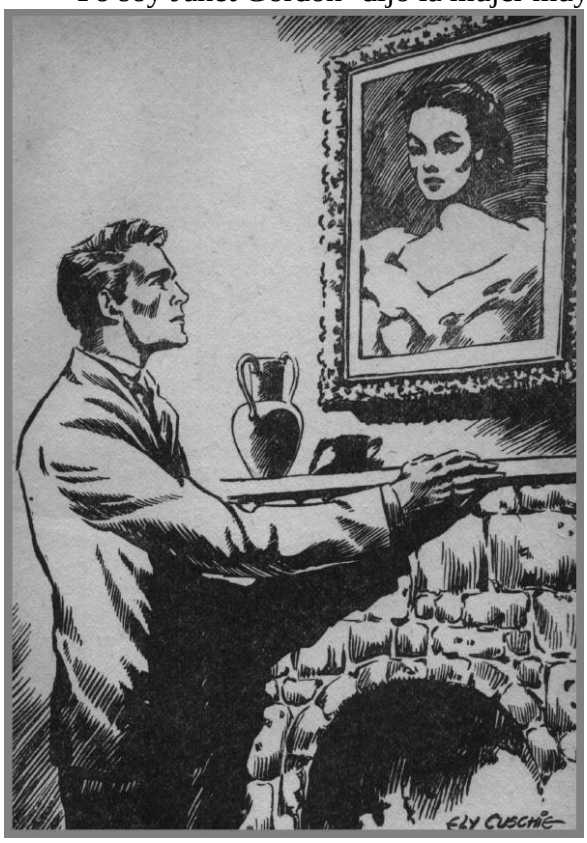
oscura, hasta el peinado hecho en un cabello negro, que a despecho de sus pocas líneas grises, era todavia abundante y esponjoso.

Tenía una cara alargada, pálida, gastada y arrugada, pero con una caracteristica gracia rigida, que ni la edad ni las arrugas habían logrado desterrar; y los ojos profundamente asentados, de un color gris claro, no estaban desprovistos de cierta expresión de bondad a pesar de que en aquel momento examinaban a Eric con franca hostilidad. Su silueta, en su vestido austero, resultaba angulosa, pero por encima de todos los detalles había en ella una dignidad de porte y modales que gustó a Eric. De cualquier modo, prefería él la poco sonriente severidad a la vulgar garrulería.

Se quitó el sombrero.

-¿ Tengo el honor de hablar con la señorita Gordon?

-Yo soy Janet Gordon -dijo la mujer muy tiesa.



-Entonces deseo conversar con usted y con su hermano de usted.

-Pase usted.

Dio un paso a un lado e indicó con un movimiento de la mano una puerta baja de madera oscura que se cerraba sobre la derecha.

-Entre usted y tome asiento. Voy a llamar a Thomas -dijo friamente, mientras echaba a andar por el vestíbulo.

Eric penetró en la sala y se sentó como le habían dicho. Se encontró entonces en la habitación amueblada al estilo más antiguo que conocia. Las mesas y sillas sólidamente construidas de alguna madera oscura pulida con la edad, hacian que el juego de sala "de tela de crin" de la señora Williamson, pareciera extravagantemente moderno por contraste. El piso estaba cubierto por alfombras redondas. En la mesa central había una lámpara, una Biblia y unos cuantos volúmenes de teología, contemporáneos del moblaje. Las paredes, revestidas hasta media altura con madera y cubiertas en el resto con un papel oscuro que formaba rombos, estaban pobladas de retratos amarillentos, la mayoria de ellos con personajes de aspecto clerical, trajeados con togas y bandas por doquier.

Pero sobre la elevada repisa de la chimenea negra y sin decoraciones, iluminado por los últimos rayos solares que se colaban por la ventana, pendía un retrato a la carbonilla que captó inmedíatamente la atención de Eric con exclusión de todo lo demás. Se trataba de la ampliación de una fotografía de una muchacha joven y, a pesar de la crudeza de la realización, resultaba fácilmente el centro de interés en la habitación.

Inmedíatamente Eric calculó que aquella joven debía ser Margaret Gordon, porque a pesar de no poseer el rostro sensitivo y espiritual de Kilmeny, había un parecido sutil e

Librodot

inconfundible en muchos de los rasgos.

La cara retratada era muy bonita, con la sugestión de ojos negros aterciopelados y vívidos contrastes de luz y sombra; pero era la expresión más que la belleza lo que fascinaba a Eric. Jamás había visto una fisonomía que expresara con mayor intensidad y obstinación el poder de una voluntad. Margaret Gordon estaba muerta y sepultada; el retrato era una producción barata y nada artística, con un marco imposible que combinaba el dorado con la felpa; no obstante, la vitalidad de aquel rostro extendía su dominio en derredor. ¿ Cuáles habrían sido entonces los extremos de ese poder cuando semejante ser estaba vivo?

Eric se dio cuenta de que aquella mujer había podido y había hecho todo lo que se le ocurriera, sin vacilaciones y sin arrepentimientos. Podía estampar su deseo en cualquier cosa y en cualquier persona que la rodeara, modelando las cosas a su placer y deseo, a pesar de todo obstáculo y resistencia que las cosas o las personas pudieran oponerle. Muchos de los detalles de la crianza y del temperamento de Kilmeny, se tornaron mucho más claros y comprensibles para él.

-Si esta mujer me hubiera dicho que soy feo, la hubiera creído sin duda alguna -pensó-. Y aunque tuviera delante un espejo que la contradijera. No podría haber soñado siquiera con discutir o poner en duda cualquier cosa que pudiera haberme dicho. El extraño poder de su expresión es casi misterioso, como si estuviera espiando a través de una máscara de belleza y juveniles curvas. Orgullo y obstinación son sus caracteristicas salientes. Bueno, Kilmeny no se parece en nada a su madre en cuanto a expresión y muy ligeramente en la fisonomía.

Sus reflexiones fueron interrumpidas por la entrada de Thomas y Janet Gordon. Evidentemente el primero había sido llamado mientras trabajaba. Inclinó la cabeza sin pronunciar palabra y los dos hermanos se sentaron gravemente frente a Eric.

-He venido a visitarlo con referencia a su sobrina, señor Gordon -dijo abruptamente, dándose cuenta de que poco le valdria andar con rodeos ante aquella lúgubre pareja-. Me encontré con su... me encontré con Neil Gordon en el huerto de los Connors y he sabido asi que él les ha contado que me he estado viendo con Kilmeny allí.

Hizo una pausa. Thomas Gordon hizo una nueva inclinación, pero no habló ni se movió de la silla, como tampoco quitó sus ojos penetrantes

del rostro del joven. Janet, por su parte, continuaba sentada en una suerte de expectante inmovilidad.

-Me temo que se han formado ustedes una opinión desfavorable de mí con ese motivo, señor Gordon -prosiguió Eric-. Pero creo que no me la merezco. Puedo y deseo explicar el asunto si ustedes me lo permiten. Encontré a su sobrina en el huerto hace tres semanas accidentalmente y la oí tocar el violin. Comprendí que su música era maravillosa y caí en el hábito de concurrir por las tardes al huerto para escucharla. No tuve en ningún momento la menor intención de hacerle un daño, señor Gordon. La consideraba una simple chiquilla y una chiquilla que me era doblemente sagrada por su aflicción. Pero recientemente... yo... yo... se me ocurrió que no era muy honorable de mi parte el animarla a que siguiera encontrándose conmigo de tal manera. Ayer a la tarde le pedí que me trajera a esta casa y me presentara a su tío y a su tía. Esa visita se habría producido ayer mismo, de no haber estado ustedes fuera. Y como no estaban ustedes, acordamos que vendría esta noche.

-Si, así nos lo dijo ella -dijo Thomas Gordon lentamente, hablando con una voz

fuerte y vibrante-. No la creíamos, pero su relato coincide con el de ella y comienzo a creer que estuvimos algo duros con ella. Pero el cuento de Neil tenía un feo matiz y nos hizo enojar en grado sumo. No tenemos razones para mostrarnos confiados con los forasteros, maestro. Tal vez no haya usted intentado producir un daño. Estoy deseando poder creer eso, señor. Pero no deben producirse más esos encuentros.

-Tengo la esperanza de que usted no me rehusará el privilegio de ver a su sobrina, señor Gordon -dijo Eric en tono de angustia-. Le ruego que me permita visitarla aquí. Pero no le pido que me reciba como a un amigo, sólo por mi propia recomendación. Le daré a usted referencias... personas de prestigio en Charlottetown y en Queenslea. Si usted se dirige a ellas...

-No necesito hacer tal cosa -interrumpió Thomas Gordon serenamente-. Sé mucho más de usted que lo que usted piensa, maestro. Conozco a su padre por la reputación que le asiste y lo he visto personalmente. Sé que usted es hijo de un hombre rico, aunque se haya encaprichado en enseñar en una escuela campesina. Desde que usted ha preferido manejar sus propios asuntos, supongo que no ha querido que su posición general sea conocida y por eso he contenido mi lengua en cuanto al conocimiento que tengo de usted. No conozco nada de usted que pueda señalarse como una falta, maestro, y eso me ayuda a pensar que usted no se propuso entrevistarse con Kilmeny en el huerto a escondidas de sus mayores. Pero todo eso no hace de usted una amistad provechosa para ella, señor..., más bien viene a ser una amistad peligrosa. Cuanto menos lo vea a usted, mejor será.

Eric estuvo a punto de saltar en su asiento por la indignación, pero recordó a tiempo y con dificultad, que su única posibilidad de ganar a Kilmeny residía ahora en Thomas Gordon y en lograr que cambiara de pensamiento. Hasta aquel momento le había ido mucho mejor de lo que suponía. No debía echar a perder lo que había ganado, dejándose llevar por el orgullo o la impaciencia.

-¿Por qué piensa usted de ese modo, señor Gordon? -preguntó, recuperando con dificultad su dominio.

-Bueno, el hablar claro es una ventaja, maestro. Si usted viniera aquí a ver a Kilmeny a menudo, probablemente ella terminaría por pensar en usted demasiado. Desconfío de que no se haya hecho ya algún daño en ese sentido. Después, cuando usted se vaya, su corazón quedaría destrozado... porque esta niña es de las que sienten las cosas profundamente. Ha sido bastante feliz. Yo sé que la gente nos condena por la forma en que la hemos educado, pero ellos no lo saben todo. Ha sido lo mejor para ella, considerando todas las cosas. Y no queremos que llegue a ser desgraciada, maestro.

-Pero es que yo amo a su sobrina y deseo casarme con ella si es que logro alcanzar su cariño -declaró Eric con firmeza.

Por fin había conseguido sorprenderlos, arrancarlos de su pose rígida. Los dos hermanos se estremecieron, mirándolo como si no pudieran confiar en la evidencia de sus oidos.

-¡Casarse con ella! ¡Casarse con Kilmeny! - exclamó Thomas Gordon incrédulo-. No puede usted hablar en serio, señor. ¡Pero si es muda... Kilmeny es muda!

-Eso no hace diferencia en mi cariño por ella, aunque lamento profundamente su mudez, por ella misma -respondió Eric-. Sólo puedo repetir lo que ya he dicho, señor Gordon. Deseo que Kilmeny sea mi esposa.

El hombre viejo se inclinó hacia adelante y miró el piso con expresión perpleja, levantando y bajando las cejas y tocando la punta de los dedos callosos de una mano con

los de la otra, como si se sintiera incómodo. Se sentía evidentemente turbado por el inesperado vuelco de la conversación y experimentaba dudas tremendas sobre lo que tenía que decir.

-¿Qué dirá su padre de todo esto, maestro? -inquirió por fin.

-He oído decir a mi padre a menudo que un hombre debe casarse complaciéndose a sí mismo -respondió Eric sonriente-. Y si se siente tentado de arrepentirse y volverse atrás de semejante declaración, creo que la vista de Kilmeny lo impedirá. Pero, después de todo, es lo que yo diga lo que más importa, ¿no es así, señor Gordon? Estoy bien instruído y no tengo miedo al trabajo. Puedo hacer un hogar para Kilmeny en pocos años, aunque tuviera que depender exclusivamente de mis propios recursos. Sólo necesito que me dé la oportunidad de ganarla para mi corazón..., es todo lo que le pido.

-No creo que dé resultado, maestro -dijo Thomas Gordon sacudiendo la cabeza-. Por cierto, me atrevo a decir que usted... usted... -trataba de decir "ama", pero la clásica reserva escocesa de impedía obstinadamente superar aquella terrible palabra-, ... usted piensa que Kilmeny de gusta ahora, pero usted no es más que un mozo joven... y la fantasía de dos mozos muchas veces cambia.

-La mía no cambiará -rompió Eric con vehemencia-. No se trata de una fantasía, señor Gordon. Es el amor que llega a la vida del hombre una vez y una sola vez. Puede que no sea más que un mozo, pero bien sé que Kilmeny es la única mujer posible en mi vida. No es posible que pueda haber otra. ¡Oh! No creo estar hablando cruda o desconsideradamente. He sopesado el asunto muy bien y lo he contemplado desde todos los aspectos posibles. Y todo viene a parar en lo mismo : amo a Kilmeny y quiero lo que cualquier hombre decente, que quiere de verdad a una mujer, tiene el derecho de pedir... la oportunidad de ganar su amor como recompensa.

-¡Bien!

Thomas Gordon dejó escapar la respiración en tal forma que más parecía un suspiro.

-Tal vez, si es que usted siente las cosas de esa manera, maestro... no sé... hay ciertas cosas a las cuales no es justo contradecir. Tal vez no debiéramos... Janet, mujer, ¿qué le diremos?

Janet Gordon no había hablado una sola palabra hasta aquel momento. Se había sentado rígidamente en uno de los viejos sillones bajo el insistente retrato de Margaret Gordon, con sus manos llenas de nudos, manos del trabajo rudo, aferrada vigorosamente de los brazos labrados y con los ojos fijos en el rostro de Eric. Ad principio su expresión había sido de desconfianza y hostilidad, pero a medida que la conversación había avanzado perdió ese tono gradualmente y se transformó casi en una expresión bondadosa. Ahora, cuando su hermano apeló a su criterio, se inclinó hacia adelante y dijo ansiosamente:

-¿Sabe usted que hay una mancha en el nacimiento de Kilmeny, maestro?

-Sé que su madre fue la víctima inocente de un error muy desgraciado, señorita Gordon. Entiendo que no puede haber una mancha verdadera donde no ha habido ni la sombra de una mala intención. No obstante, en este punto, si hubiera da menor mancha, no sería tampoco por una falta que hubiese cometido Kilmeny y por lo mismo en cuanto a mi se refiere carece de toda importancia.

Un repentino cambio se produjo en la expresión de Janet Gordon, un cambio maravilloso por da transformación que causó. Su boca apretada se aflojó, se suavizó y un torrente de ternura reprimida glorificó sus frios ojos grises.

-Bueno, entonces -dijo casi triunfalmente-, desde que ni siquiera su condición de muda significa un obstáculo a sus ojos, no veo por qué no se le puede proporcionar la oportunidad que usted pide. Tal vez su "mundo" dirá que ella no es bastante buena para usted, pero lo es... ¡lo es! -añadió con acento de desafío-. Es una moza dulce, inocente y leal. Es brillante, inteligente y no mal parecida. Thomas, te digo que yo permitiría al joven hacer lo que desea.

Thomas Gordon se puso de pie, como si considerara que la responsabilidad había sido descargada de sus hombros y la entrevista hubiese terminado.

-Muy bien, Janet, mujer, desde que tú piensas que es prudente. Y quiera Dios habérselas con él, como él intenta habérselas con ella. Buenas tardos, maestro. Lo veré a usted nuevamente y desde ahora es libre de ir y venir por esta casa como le plazca. Pero tengo que ocuparme de mi trabajo ahora. Dejé los caballos en el campo.

-Yo he de subir para enviar a Kilmeny -agregó Janet serenamente.

Encendió la lámpara que estaba sobre la mesa central y salió de la habitación. Pocos minutos más tarde, Kilmeny llegó. Eric se puso de pie y fué hacia ella ansiosamente, pero la joven extendió la mano con un gesto de graciosa dignidad y aunque lo miró a la cara, no fijó sus ojos en los ojos de él.

-Ya ves que después de todo tenía razón, Kilmeny -dijo Eric sonriendo-. Tu tío y tu tía no me han expulsado de la casa. Por el contrario, han sido muy gentiles conmigo y me han dicho que puedo verte dónde y cuándo quiera.

Kilmeny sonrió a su vez y fue hasta la mesa para escribir en su pizarra:

-"Pero ellos estaban muy enojados anoche. Y me dijeron cosas horribles. Me sentí muy asustada y muy infeliz. Parecian pensar que yo había hecho una cosa muy mala. El tío Thomas me aseguró que ya jamás volvería a confiar en mí cuando estuviera fuera de su vista. Apenas pude creerlo cuando la tía Janet subió a mi cuarto y me dijo que estabas aquí y que podía bajar. Me miró de una manera muy extraña mientras me habló, pero me di cuenta de que todo el enojo había desaparecido de su cara. Parecía contenta y sin embargo también parecía triste. Pero me alegro de que nos hayan perdonado".

No le dijo cómo estaba de contenta y cómo había sufrido ante la idea de no volverlo a ver más. El día anterior se lo habría confiado con la mayor naturalidad y en todos los extremos; pero para Kilmeny, el día anterior era un limite..., un límite a partir del cual había ella pasado a recibir su herencia femenina de dignidad y reserva. El beso que Eric había dejado sobre sus labios, las palabras que sus tios le habían dicho, las lágrimas que por primera vez había vertido sobre una almohada que no pudo conjurar al sueño...: todo aquello había conspirado para que se revelara a sí misma.

Todavia no soñaba con que Eric la amaba y con que ella amaba a Eric. Pero ya no era la niña de la cual podía hacerse una querida camarada. Aunque sin una conciencia definida de las circunstancias, Kilmeny era la mujer para cortejar y conquistar, exigiendo con dulce e innato orgullo, sus derechos.

CAPÍTULO 13
JAMÁS HUBO UNA MUJER MÁS DULCE

Desde entonces Eric Marshall fue una visita constante en casa de los Gordon. Pronto fue el favorito del tío Thomas y de la tía Janet y particularmente de esta última. A él le gustaron los dos, descubriendo bajo la capa de sequedad y rareza que todos los vecinos les atribuían, grandes valores morales y una exquisita fineza de temperamento. Thomas Gordon resulto ser sorprendentemente culto y era capaz de reducir a polvo cualquier argumento de los de Eric una vez que entraba en el entusiasmo necesario de la conversación. Eric apenas pudo reconocerlo la primera vez que lo vio de tal talante. Su silueta generalmente encorvada, erguida; sus profundos ojos lanzando chispas; su voz sonando como una trompeta. Emitia un torrente de elocuencia que barría los argumentos modernos de Eric como si se tratara de briznas arrastradas por el aluvión de las montañas.

Eric gozaba enormemente de su propia derrota, pero Thomas Gordon solía avergonzarse posteriormente de haberse dejado sacar de su modo habitual y al principio, quedaba muy lacónico por varios días, limitándose a contestar a las observaciones del joven con un "sí" o un "no" o, a lo más, con un breve discurso que terminaba por referirse al estado del tiempo.

Janet jamás hablaba de los temas de la religión y la política ; consideraba que esas cosas estaban alejadas de la comprensión femenina. Pero la verdad es que escuchaba con profundo interés en sus ojos cuando Eric y Thomas se acosaban mutuamente con hechos, con estadísticas y con opiniones y en las raras ocasiones en que Eric lograba afirmarse en un punto de la discusión, se permitía a sí misma una pequeña sonrisa a expensas de su hermano.

Eric vio muy escasamente a Neil. El muchacho gitano lo evitaba y si se cruzaban, el chico seguía su camino con aire atormentado y los ojos bajos. El joven maestro no se preocupaba en absoluto del otro; pero Thomas Gordon, comprendiendo los motivos que habían impulsado a Neil a traicionar su descubrimiento en el huerto, serenamente indico a Kilmeny que no debía tratar en el futuro a Neil como a un igual.

-Tú has sido demasiado bondadosa con ese mozo, niña, y él se ha llegado a sentir muy presuntuoso. Es necesario que aprenda a conocer su lugar. Comienzo a desconfiar que hemos` hecho por él, más de lo que se merece.

Pero la mayor parte de las horas de idilio en el cortejo que hacía Eric, transcurrían en el huerto; la parte que correspondía al jardín, estaba ahora florecida por completo : rosas rojas como el corazón del sol en el poniente, rosas rosas como el sol en la aurora temprana, rosas blancas como la nieve en los picos de las montañas, rosas abiertas y rosas en capullo que eran más dulces que cualquier otro objeto del mundo, excepto el rostro de Kilmeny. Los pétalos formaban montoncitos sedosos a lo largo de los senderos o quedaban sobre los pastos altos, entre los cuales Eric se tendía y soñaba, mientras Kilmeny tocaba el violín para él.

Eric le prometio que cuando fuera su esposa, sus condiciones excepcionales para la música serían cultivadas al máximo. Su facultad de expresión parecía profundizarse y desarrollarse cada día, aumentando su ámbito a medida que lo mismo hacía su alma, tomando nuevos colores y riquezas de su corazón.

Para Eric todos aquellos días fueron como páginas de un inspirado idilio. Nunca se había imaginado que el amor podía ser tan poderoso ni el mundo tan maravilloso. Se preguntaba si el universo sería lo suficientemente grande para albergar su regocijo o si la eternidad no resultaria breve para vivirlo. En aquellos días, toda su existencia consistía en el pensamiento de ir hacia aquel huerto para cortejar a su amada. Todas sus otras ambiciones, sus planes, sus esperanzas, fueron echadas a un lado para poder realizar aquel sueño maravilloso, cuyo logro aumentaría la intensidad de los otros, mil veces. Pero en aquel momento su mundo parecía estar muy lejos y las cosas que contenía ese mundo que había sido tan suyo, olvidadas.

Su padre, al enterarse de que había aceptado seguir en Lindsay por un año más, le había escrito una carta tiesa, donde mostraba su sorpresa y le preguntaba finalmente si se había vuelto demente.

-"¿O es que hay una muchacha de por medio? -escribía-. Pienso que tiene que haberla para que hayas atado tu vida por un año más a un sitio como Lindsay. Ten cuidado, maestro Eric, porque has sido muy sensible toda tu vida. Un hombre está en condiciones de hacer el tonto por lo menos una vez en su vida, y como eso no te había ocurrido a ti hasta el momento, pienso que te puede estar atacando ahora".

David también escribió, exponiendo de manera más grave el problema. Pero no declaró las sospechas que Eric sabía que debia estar alentando.

-¡El bueno de David! Está temblando de miedo por si me he metido en algo que él no pueda aprobar, pero no es capaz en cambio de forzarme a que tenga una confidencia con él.

Ya no fue un secreto en Lindsay que "el maestro" se dirigía todas las tardes a la casa de los Gordon con propósitos románticos. La señora Williamson supo guardar el secreto que compartía con Eric; los Gordon por su parte no dijeron nada; pero el secreto se filtró y grande fue la sorpresa y numerosas las habladurias y las preguntas.

Uno o dos incautos vecinos se animaron a expresar su opinión con respecto a la "prudencia" del maestro, delante del mismo maestro, pero jamás repitieron el experimento. La curiosidad fue enorme. Circularon cien historias acerca de Kilmeny, que a su vez se fueron diversificando con la transmisión oral. Las cabezas prudentes se meneaban y la mayoría opinó que era una verdadera lástima lo que ocurria. El maestro era un joven bien visto en la comunidad; podía haber hecho su elección en cualquiera de las otras casas; era una mala suerte para él que hubiese ido a escoger aquella sobrina extraña y muda de los Gordon, que había sido educada con un sistema tan alejado de lo natural y espontáneo. Pero no podía preverse nunca hacia dónde iba a saltar un joven cuando se trataba de elegir esposa. Suponían que a Neil Gordon no le gustaba mucho el asunto. Estaba de muy mal talante en los últimos tiempos y ya no quiso volver a cantar en el coro de la iglesia. Asi era como corría el zumbido de los chismes y comentarios.

Para los dos jóvenes que se encontraban en el huerto, todo aquello no tenía la menor importancia. Kilmeny no tenía la menor idea de lo que era el comentario de la gente con respecto a sus vecinos. Para ella Lindsay era una población tan desconocida como la misma ciudad de donde había llegado Eric. Sus pensamientos se elevaban a gran altura en el ámbito de la imaginación, pero no se detenía en los pequeños detalles reales que conformaban la extraña vida exterior. En su pequeño mundo había florecido, como un pimpollo único y maravilloso.

Hubo oportunidades en que Eric lamentó tener que llegar al día en que la arrancara

de aquella soledad para introducirla en un mundo, que en último análisis, no era más que Lindsay transportado a una escala mayor, con la misma malicia en el pensamiento, en el sentimiento y en las opiniones. Deseó poderla reservar oculta para él solo, en aquel viejo huerto rodeado de bosques pinosos donde las rosas crecían espontáneamente.

Un día se dejó llevar por el capricho que había imaginado cuando Kilmeny le confiara que se suponía muy fea. Fue a ver a Janet y le pidió autorización para llevar un espejo a la casa, ya que consideraba que se merecía el privilegio de revelar a Kilmeny su propia apariencia. Janet dudó al principio.

-No ha habido un objeto semejante en la casa por espacio de dieciséis años, maestro. Y antes no había más que tres..., uno en la habitación de huéspedes, uno muy pequeño en la cocina y el que estaba en el dormitorio de Margaret. Ella los rompió a los tres el mismo día en que pensó que Kilmeny habria de ser bonita. Supongo que debí haber comprado uno después que ella murió. Pero no pensé en eso y no creo que haya necesidad de que las muchachas se estén mirando constantemente ante el espejo.

Pero Eric rogó y arguyó hábilmente, hasta que por fin Janet dijo:

-Bueno, bueno, hágase el gusto. Creo que de todos modos Kilmeny tendría un espejo. Usted es un hombre de esos que siempre terminan por hacer lo que se proponen. Pero eso es distinto a ser como los hombres que "hacen lo que quieren... " y esto es de agradecer a la suerte -añadió para sí.

Eric fue a la ciudad el próximo sábado y compró un espejo a su gusto. Lo hizo despachar a Radnor y Thomas Gordon lo llevó a la casa sin saber de qué se trataba, porque Janet había decidido que era mejor que no se enterara hasta último momento.

-Es un regalo que el maestro le quiere hacer .a Kilmeny -le explicó.

Janet envió a Kilmeny al huerto después del té y Eric, dando un rodeo por el camino principal y en torno a la casa, se deslizó dentro de ella. Entre él y Janet desempacaron el espejo y lo colgaron en la sala.

-Nunca he visto un espejo tan grande como éste, maestro -comentó Janet con aire de duda, como si después de todo le disgustara su brillo y su profundidad perlada, asi como el marco ricamente ornamentado.

-Espero que no la haga vanidosa. Es realmente muy bonita, pero puede que no le haga ningún bien el saberlo.

-No le hará ningún daño -le dijo Eric lleno de confianza-. Si el pensamiento de ser fea no la ha hecho mala, la certeza de ser hermosa no la hará mala tampoco.

Pero Janet no entendía de epigramas. Cuidadosamente quitó un poquito de polvo que había sobre la pulida superficie y frunció el ceño meditativa ante la imagen nada hermosa que le devolvía el espejo.

-No puedo suponer qué es lo que le ha hecho pensar a Kilmeny que es fea, maestro.

-Su madre le dijo que lo era -respondió Eric muy amargado.

-¡Ah! -exclamó Janet lanzando una rápida mirada al retrato sobre la repisa de la chimenea-. ¿ Fue eso? Margaret era una muchacha extraña, maestro. Supongo que habrá pensado que su propia belleza era su perdición. Ella "era" hermosa. Ese retrato no le hace justicia, nunca me gustó. Fué tomado antes de que se... antes de que conociera a Ronald Fraser. A ninguno de nosotros le pareció que estaba bien. ¡Pero, maestro! ¡Tres años más tarde se le parecía! ¡Entonces sí estaba parecida al retrato 1 Esa misma mirada apareció en su rostro.

-Kilmeny no se parece a la madre -observó Eric, mirando al retrato con la misma

mezcla de fascinación y disgusto con que siempre lo contemplaba-. ¡Se parece a su padre!

-No, no mucho, aunque parte de su modalidad es la de él. Kilmeny se parece a la abuela ... a la madre de Margaret, maestro. Su nombre era Kilmeny también y era una mujer muy dulce y muy hermosa. Yo quise mucho a mi madrastra, maestro. Cuando murió me confió a su nenita y me pidió que fuera como una madre con ella. ¡Ah! Yo traté de serlo. Pero no pude apartar el dolor de la vida de Margaret y algunas veces pienso que no seré capaz de apartarlo del camino de Kilmeny tampoco.

-Ésa será mi tarea -dijo Eric.

-Usted hará lo mejor que pueda, no me cabe la menor duda. Pero tal vez tenga que ser que el dolor le llegue a través de usted mismo, después de todo.

-No será a través de ninguna falta mia, señorita Janet.

-No, no digo que vaya a tener usted la culpa, pero mi corazón me trae malos presentimientos algunas veces. ¡Oh! Estoy segura de que no soy más que una vieja tonta, maestro. Vaya usted y traiga a su moza para que se contemple ante este juguete.- Por mi parte no pienso venir a entrometerme en los gustos de ustedes dos.

Janet se retiró a la cocina y Eric fué en busca de Kilmeny. No estaba en el huerto y pasó un buen rato antes de que pudiera encontrarla. Estaba de pie bajo una haya más allá del huerto, apoyada en la extensa cerca, con las manos apretadas contra las mejillas. En las manos tenía una azucena blanca del huerto. No fué corriendo a 1 encuentro, mientras él cruzaba el sendero, coto habría hecho en otras ocasiones. Esperó inóvil a que Eric se acercara. El joven, mitad sonriente y mitad tierno, comenzó a recitar los versos de la balada que llevaba su nombre

-¡Kilmeny, Kilmeny! ¿Dónde has estado?
¡Por mucho tiempo te hemos buscado
por los campos, los jardines y los bosques!
Eres hermosa y delicada a nuestra vista,
¡dónde has hurtado ese resplandor de lirio?
¿Y ese precioso cintillo que te ciñe,
y esas rosas, las más bellas que se han visto?
¡Kilmeny, Kilmeny! ¡Dónde has estado?..

-…sólo que es una azucena y no una rosa la que tienes. Tengo que proseguir y decirte el si guiente dístico también...

"...Kilmeny levantó su hermoso rostro
pero no había sonrisas en sus labios... "

-...¿por qué estás tan seria?

Kilmeny no tenía su pizarra consigo y no pudo responder, pero Eric supuso por cierta expresión

sus ojos que estaba comparando amargamente belleza de la heroína de la balada con su propia supuesta fealdad.

-Ven conmigo a la casa, Kilmeny. Tengo algo í para mostrarte.. .. aleo más adorable que todo lo que has visto nunca en tu vida -declaró el joven con una alegría infantil

jugando en la mirada-. Quiero que vayas a ponerte ese vestido de muselina azul que te pusiste el domingo pasado por la tarde y que. peines tu pelo hacia arriba como lo tenías entonces. Corre, no esperes por mi. Pero no tienes que entrar a la sala hasta que yo llegue. Quiero recoger algunos lirios en el huerto.

Cuando Eric llegó a la casa, los brazos cargados de flores de alargado tallo, lirios blancos y virginales que florecían en el huerto, Kilmeny ya estaba bajando la escalera estrecha, con su alfombra de tejido casero. Su maravilloso encanto llenaba de luz y de alegría al vetusto vestíbulo cargado de maderas oscuras.

Traía un vestido largo, de cierto tejido de color crema, que había sido de su madre. No había sido alterado en ninguno de sus detalles, porque la moda no tenía la puerta franca en el hogar de los Gordon y Kilmeny pensaba que el vestido no dejaba nada que desear. Su primoroso estilo le sentaba admirablemente ; el cuello estaba ligeramente abierto. para mostrar la suave garganta blanca y las mangas eran largas y abollonadas y fuera de ellas emergían las hermosas y elegantes manos.

Había entrecruzado sus largas trenzas por detrás de la nuca y las sostenía en alto con pinches, formando una suerte de corona. Una rosa blanca enorme iba asegurada sobre el costado izquierdo del talle.

-"Un hombre hubiera dado su alma entera
más todas sus riquezas terrenales;
perder el corazón sobre su boca
en un beso de sus perfectos labios".

Eric pensó en los versos con un suspiro cuando la vio bajar y luego dijo en voz alta:

-Toma estos lirios y ponlos en el brazo, dejando que se apoyen un poco sobre el hombro..., así. Ahora dame tu mano y cierra los ojos. No los tienes que abrir hasta que yo te lo diga.

La condujo hasta la sala y una vez en ella, hasta ubicarla frente al espejo.

-Mira -le dijo entonces.

Kilmeny abrió los ojos y miró directamente al espejo donde en una encantadora imagen se vio a sí misma reflejada. Por un momento permaneció asombrada. Después se dio cuenta de lo que significaba. Los lirios cayeron de su brazo al suelo y se tornó pálida. Con un pequeño e involuntario grito, se llevó las manos a la cara.

Eric, contento como un niño, se las quitó de allí.

-Kilmeny, ¿crees que eres fea ahora? ¡Éste es un espejo más honrado que el azucarero de plata de la tía Janet! ¡Mira... mira... mira ! ¿Alguna vez te has imaginado algo más adorable que tú misma, Kilmeny?

La joven se estaba sonrojando y lanzaba tímidas miradas al espejo. Con una sonrisa, tomó su pizarra y escribió

-"Creo que tengo una apariencia agradable".

No puedo decirte cómo estoy de contenta. ¡Es tan terrible pensar que una es fea 1 Se puede una acostumbrar a todo lo demás, pero nunca se acostumbra a encontrarse fea. Duele cada vez que una se acuerda. Pero, ,por qué me dijo mamá que yo era Sea? ¿,Puede haber pensado realmente que lo era? Tal vez me haya mejorado a medida que he ido creciendo".

-Creo que tal vez tu madre había descubierto que la belleza no es siempre una



bendición, Kilmeny, y supuso que era más prudente no dejarte saber que la poseías. Vamos, vamos ahora al huerto. No debemos perder esta maravillosa tarde dentro de la casa. Va a haber una puesta de sol que recordaremos toda la vida. El espejo quedará aquí. Es tuyo. No te mires en él muy a menudo, sin embargo, porque tu tia Janet no lo aprobará. Tiene miedo de que te pongas vanidosa.

Kilmeny soltó una de sus extrañas y musicales carcajadas, las cuales Eric no podía escuchar sin volver a preguntarse cuál sería el misterio que no permitía a aquella criatura hablar. Ella lanzó por el aire un beso dedicado a su imagen del espejo y se volvió sonriendo feliz.

Por el camino hacia el huerto se encontraron con Neil. Pasó junto a ellos con el rostro bajo, pero Kilmeny se estremeció involuntariamente y se acercó más a Eric.

-"No puedo entender a Neil ahora -escribió muy nerviosa-. Ya no es bueno como antes y muchas veces no me contesta cuando le hablo. Y también suele mirarme de una manera muy rara. Además se ha puesto áspero e impertinente con el tio Thomas y la tia Janet ".

-No te preocupes por Neil -dijo Eric con ligereza-. Debe estar enojado por algunas cosas que le dije cuando descubri que nos había espiado para después contar lo que había visto a tus tios.

Esa noche, antes de subir a su cuarto, Kilmeny robó otra mirada al espejo de la sala, a aquel maravilloso reflejo, a la luz de un candelabro que llevaba. Todavía permanecia frente al marco dorado, cuando la lúgubre cara de la tía Janet apareció entre las sombras de la sala.

-¿Estás pensando en tu belleza, niña? Pero recuerda que la belleza es como la belleza quiere ser -dijo con gruñente admiración.

Porque la joven, con sus mejillas arreboladas y sus ojos brillantes, era algo que ni siquiera la melancólica y pesimista Janet Gordon podía contemplar sin conmoverse.

Kilmeny sonrió suavemente.

-"Trataré de recordarlo -escribió-; pero, ¡oh, tia Janet!, estoy muy contenta de no ser fea. ¿No está mal que me alegre de eso, no es cierto?"

El rostro de la mujer vieja se suavizó.

-No, no creo que esté mal, niña -concedió-. Un rostro agraciado es algo de lo cual se puede estar agradecido, como lo saben bien aquellas pobres que no lo poseen. Me acuerdo bien de cuando era joven..., pero eso no tiene nada que ver ahora. El maestro piensa que eres maravillosamente hermosa, Kilmeny añadió, mirando cariñosamente a la muchacha.

Kilmeny se sobresaltó y un matiz de rubor cubrió su rostro. Aquello y la expresión que refulgió en sus ojos, le dijo a Janet Gordon todo lo que quería saber. Con un tieso suspiro, dio las buenas noches a su sobrina y se retiró de la sala.

Kilmeny corrió escaleras arriba a su pequeño dormitorio, que daba hacia el lado de los pinos y se echó en su cama escondiendo su rostro encendido en la almohada. Las palabras de su tia le habían revelado un secreto que tenía oculto en su corazón. Sabía que amaba a Eric Marshall... y el conocimiento traía consigo una extraña angustia. ¿Acaso no era muda.

Toda la noche estuvo tendida con los ojos muy abiertos en la oscuridad.

CAPÍTULO 14
UN PENSAMIENTO GENEROSO

Eric notó un cambio en Kilmeny cuando se encontraron nuevamente..., un cambio: que lo dejó sumamente preocupado. Ella parecía ausente, abstraída, casi indiferente. Cuando le propuso hacer el paseo habitual hasta el huerto, pensó que accedía de mala gana.

Los días que siguieron lo convencieron del cambio. Algo se estaba interponiendo entre los dos. Kilmeny parecía tan alejada de él como si lo estuviera materialmente, como la heroína de la balada, morando por siete años en el país "donde las lluvias nunca caían y los vientos nunca soplaban" y regresando limpia la mente y el corazón de todos los afectos terrenales.

Eric estuvo mal toda la semana aquella, pero por fin se decidió a poner término al sufrimiento medíante una clara conversación. Una tarde, en el huerto, le dijo de su amor.

Era una tarde de agosto en que el trigo maduraba bajo el sol en los surcos. Una suave noche violeta hecha para el amor, con el distante murmullo de un mar intranquilo que golpeaba las rocas de la costa.

Kilmeny estaba sentada en el viejo banco de madera donde la había visto Eric por primera vez. Había estado tocando el violín para él, pero la música que le arrancaba no complacía a la ejecutante, de manera que dejó el instrumento a su lado, con el ceño fruncido.

Podía ser que tuviera miedo de tocar. Miedo de que sus nuevas emociones se le escaparan revelándose en la música. Era muy difícil prevenir eso, tanto tiempo llevaba la niña volcando libremente sus emociones en el violín. Sentía la necesidad de contenerse y en esa forma, su arco no reclamaba de las cuerdas un sonido perfecto sino caprichoso y discorde. Más que nunca en aquellos instantes deseaba Kilmeny poder hablar... Para poder reservar y proteger en las oraciones verbales lo que el silencio podía traicionar.

Con una voz baja que temblaba de emociones contenidas, Eric le dijo que la amaba..., que la amaba desde el primer día en que la había visto en el viejo huerto. Habló con humildad mas no con temor, porque creía que ella le correspondía y en lo más intimo de su ser no esperaba un rechazo.

-Kilmeny, ¿quieres ser mi esposa! -le preguntó finalmente, tomándole las manos. Kilmeny había escuchado con el rostro vuelto.

Al principio se había sonrojado, pero después se puso dolorosamente pálida. Cuando él terminó de hablar y quedó a la espera de su respuesta, separó ella bruscamente las manos y apretándolas contra el rostro, comenzó a llorar desconsoladamente y en silencio.

-Kilmeny, querida, I te he asustado? Tú sabias que te quería. ¿No sientes nada con respecto a mí? -dijo Eric, poniendo los brazos en torno a su cintura y tratando de acercarla.

Pero ella sacudió la cabeza tristemente y escribió con los labios apretados.

"Sí, yo te quiero, pero no me casaré nunca contigo porque no soy capaz de hablar".

-¡Oh, Kilmeny! -exclamó Eric sonriendo, porque pensó que su victoria estaba asegurada-. Eso no hace la menor diferencia para mí..., tú sabes que eso no me importa en absoluto, querida. Si tú me quieres, para mí es bastante.

Pero Kilmeny volvió a negar con la cabeza y había una expresión determinada en los ojos.

"No, no es bastante. Cometerías un grave error si yo permitiera que te casaras conmigo y no lo permitiré jamás porque te quiero demasiado para hacer una cosa que puede hacerte daño. Tu gente pensaria que has hecho una tontería y no sería justo. Lo he pensado muchas veces desde que la tía Janet me dijo algo que me hizo comprender y yo sé que estoy procediendo bien. Siento muchísimo no haberlo comprendido antes, antes de que tú empezaras a pensar tanto en mí".

-Kilmeny, querida, has dejado que tu cabecita morena elabore una fantasía absurda. ¿No sabes que me harías profundamente desgraciado si te negaras a ser mi esposa?

-"No; tú piensas eso ahora y acepto que te sentirás muy mal por un tiempo. Pero después te irás y luego me olvidarás. Cuando me hayas olvidado verás que yo tenía razón. Yo seré muy desgraciada también, pero eso es mucho mejor que arruinarte la vida".

Eric rogó, amenazó y presionó... al principio con paciencia y sonrisas, como quien argumenta con una criatura obstinada; pero después con vehemencia y tremenda angustia. Hasta que comprendió que Kilmeny estaba decidida. Todo era en vano. Kilmeny se fue poniendo cada vez más pálida y sus ojos revelaron el dolor que estaba soportando.

Ella ni siquiera procuró discutir con él, sino que escuchaba pacientemente, tristemente, para negar con la cabeza en cada pausa.

Dijera él lo que dijera, amenazara o implorara, no pudo modificar la tremenda decisión.

Pero el joven no desesperó; no podía admitir que Kilmeny fuera capaz de mantener su palabra en aquel caso. Se sentía seguro de que su amor tendría que vencer finalmente y cuando regresó a su casa no experimentaba una desazón severa.

Eric no comprendía que era la misma intensidad de su cariño la que daba fuerzas a la joven para resistir sus ruegos y que si le correspondiera en menor medida, no habría dispuesto justamente de esa fuerza. El pensamiento de que era un daño el que le hacía al aceptarlo, era el formidable dique que contenía la marea de sus sentimientos.

CAPÍTULO 15
UN ANTIGUO Y DESGRACIADO SUCESO

AL día siguiente Eric acosó a Kilmeny otra vez, renovando sus súplicas, pero en vano.

Nada pedía decir, con ningún argumente lograba un avance, era imposible conmover su triste determinación. Cuando se hube convencido plenamente que nada pedía hacer, se fué desesperado a consultar a Janet Gordon.

Janet escuchó sus explicaciones con evidente expresión de pesar y decepción en el rostro. Y cuando Eric hube terminado de hablar, meneó la cabeza.

-Le siente mucho, maestre. No puedo decirle en qué medida le lamente. Había esperado algo muy diferente. ¡Esperanza! ¡He volcado mis eracienes en "ese"! Thomas y ye nos estamos poniendo viejos y me ha estado pesando sobre la conciencia desde hace muchos años el pensamiento de qué es le que será de Kilmeny cuando nosotros des nos hayamos ido. Desde que usted llegó, tuve la esperanza de que la niña encontrara un protector en su cariño... Pero si Kilmeny le ha dicho que no se va a casar con usted, tenga la más absoluta seguridad de que se propone mantener su palabra.

-¡Pero es que ella me quiere! -exclamó el joven- Y si usted y su tío le hablan... la urgen... la presionan... tal vez puedan influir sobre su determinación...

-No, maestro, sería completamente inútil. ¡Olí! Nosotros podríamos hacerlo, por cierto, pero no llegariamos a nada. Kilmeny es tan resuelta como lo era su madre una vez que se ha decidido a algo. Siempre ha sido buena y obediente en general, pero en una o dos oportunidades hemos podido comprobar que no es posible moverla cuando ha resuelto definitivamente sobre algún punto. Cuando murió la mamá, Thomas y yo quisimos llevarla a la iglesia, pero no pudimos obligarla. En aquel entonces no supimos por qué, pero ahora supongo que será porque suponía que era muy fea. Y es a causa de que ella piensa mucho en usted y en su porvenir, que no quiere casarse con usted. Teme que llegue a arrepentirse de haberse casado con una muchacha muda. Tal vez en el fondo ella tenga razón..., tal vez tenga razón, después de todo.

-No puedo renunciar a ella -declaró Eric obstinadamente-. Algo tengo que hacer. Tal vez pudiera tener remedio todavía su defecto. ¿No ha pensado nunca en esa posibilidad? ¿Nunca la han hecho examinar por un buen médico especialista ?

-No, maestro, nunca -la hemos llevado a ningún médico de ésos. Al principio, cuando comenzamos a temer que nunca pudiera hablar, Thomas quiso llevarla a Charlottetown para hacerla ver. Pensaba mucho en la chiquilla y sentia terriblemente lo que le ocurria. Pero la madre no quiso ni oír hablar del asunto. No había forma de discutir con ella. Margaret dijo que era desde todo punto de vista inútil... que era "su" pecado el que había recaído sobre la niña y que jamás nadie podría quitarle su defecto.

-¿Y ustedes cedieron humildemente ante semejante capricho mórbido? -preguntó Eric, impaciente.

-Maestro, usted no conoció a mi hermana. "Teníamos" que ceder..., nadie podía ni era capaz de poder sostenerse en contra de su opinión y sus dictados. Era una mujer extraña... y una mujer terrible en muchos aspectos... después de su desgracia. Teníamos miedo de contradecirla porque pensábamos que podía hasta trastornarse.

-Pero... ¿no podían ustedes haber llevado a Kilmeny a un médico sin que la madre se enterara ?

-No, eso no era posible. Margaret no permitía que la chica saliera de su vista, ni siquiera cuando la niña fue más grande. Además, para decirle a usted toda la verdad, maestro, nosotros mismos- no creiamos que pudiera ser de alguna utilidad el intentar la cura de Kilmeny. Era un "pecado" lo que la había' hecho ser como era.

-Tía Janet, ¿cómo es posible que usted también pueda decir semejante tontería? ,Adónde había un pecado? Su hermana entendió ser la legítima esposa del hombre con quien se unió. Si Ronald Fraser entendía otee, cosa... y no hay prueba alguna de que sea así... sería "él" quien habría cometido el pecado, ¡pero usted no puede creer que el castigo se haya transferido a su hija inocente!

-No, no quiero decir eso, maestro. No fué en eso donde Margaret hizo mal ; y aunque nunca me gustó Ronald Fraser, tengo que decir esto en su defensa: yo creo que él pensó que era un hombre libre cuando se casó con Margaret. Pero no..., es algo más..., algo mucho peor. Me produce un escalofrío cada vez que me acuerdo de eso. ¡Oh, maestro! El Buen Libro dice la verdad cuando afirma que los pecados de los padres recaerán sobre los hijos. De la primera a la última página no hay una verdad más enorme que esa declaración tan sencilla.

-¿Pero, cuál, en nombre del cielo, es el significado de todo eso? -exclamó Eric-. Dígame de qué se trata. Debo conocer toda la verdad acerca de Kilmeny. Le ruego que no me atormente.

-Voy a contarle la historia, maestro, aunque va a ser como si abriera una vieja herida. No hay persona viviente que la conozca más que Thomas y yo. Cuando usted la' escuche sabrá por qué es que Kilmeny no puede hablar y porqué no es posible que alguien pueda hacer algo por ella. Ella misma no sabe la verdad y usted no debe contársela jamás. No es una historia apropiada para sus oidos, particularmente porque se refiere a su madre. Prométame que jamás se la contará, no importa lo que pueda suceder.

-Se lo prometo..., adelante..., adelante declaró el joven febrilmente.

Janet Gordon unió las manos firmemente sobre la falda, como una mujer que está obligando a su sistema nervioso a colaborar en la realización de una ardua tarea. En ese momento tenía un aspecto mucho más avejentado; las lineas de su rostro parecian doblemente profundas y duras.

-Mi hermana Margaret era una muchacha muy orgullosa y altiva, maestro. Pero no quiero que piense que no tenía sentimientos. No, no, eso sería hacer una grave injusticia a su memoria. Tenía sus defectos como todos los tenemos, pero era alegre, feliz y cariñosa. Todos la queríamos muchísimo. Ella era la luz y la vida de esta casa. Si, maestro, antes de la desgracia que cayó sobre ella, Margaret era una joven encantadora y cantaba como una alondra desde la mañana a la noche. Tal vez nosotros la echamos a perder un poquito... tal vez la dejamos hacer su capricho con un poco de exceso.

"Bueno, maestro, usted conoce la historia de su casamiento con Ronald Fraser y lo que pasó después, de manera que no necesito explicarle eso. Conozco, o mejor dicho, solía conocer a Elizabeth Williamson muy bien y me consta que cualquier cosa que ella le haya dicho sobre este asunta tiene que ser la verdad y nada más que la verdad en la medida en que ella la conoció.

"Nuestro padre era un hombre sumamente orgulloso. ¡Oh, maestro ! Si Margaret era orgullosa, le aseguro que tenía a quien salir. Y su desgracia le costó a él un gravísimo

disgusto como puede suponer. Después que supo lo ocurrido, no nos volvió a hablar a ninguno de nosotros por espacio de tres años. Se sentaba en aquel rincón, con la cabeza gacha y no comía nada de nada. No se había sentido muy entusiasmado con el casamiento de Margaret; y cuando ella regresó a casa en desgracia, no llegó a poner el pie sobre el umbral de la puerta cuando nuestro padre se desahogó con ella. ¡Oh! La veo aún allí, de pie en la puerta, la veo en este mismo momento, maestro. Pálida, temblorosa, colgada prácticamente del brazo de Thomas, sus enormes ojos cambiando de la vergüenza y el dolor, a la ira. Era justamente la hora en que el sol se ponía y un rayo rojo entraba por la ventana y le daba en el pecho como si fuera una mancha de sangre.

"Mi padre la llamó con un nombre infamante, maestro. ¡Oh! ¡Fue muy duro!... Aunque sea mi padre debo admitir que estuvo excesivamente duro con ella, con el corazón destrozado como regresaba y culpable después de todo, de nada más

que de un poco de obstinación en el asunto de su casamiento.

"Y mi padre tuvo que arrepentirse... ¡Oh, maestro! La palabra no había salido completamente de sus labios cuando ya estaba arrepentido. Pero el daño estaba hecho. ¡ Oh, nunca podré olvidar el rostro de Margaret en aquel instante, maestro ! Me persigue todavía en la oscuridad de mi cuarto. Fue un gesto lleno de ira, de rebelión y de desafío. Pero jamás le respondió. Unió las dos manos y subió a su viejo cuarto sin decir una sola palabra, con todos esos enloquecedores sentimientos incendíando su alma y siendo contenida en el hablar, en el desahogarse, por su poderosa voluntad, por su potente orgullo. Maestro, Margaret no volvió a pronunciar una sola palabra hasta que nació Kilmeny ... ni una palabra, maestro. Nada pudimos hacer para suavizar sus sentimientos. Y fuimos bondadosos con ella y amables y jamás le reprochamos nada ni con una simple mirada. Pero ella no quiso dirigir la palabra a ninguno de nosotros. Permanecía sentada en su habitación la mayor parte del tiempo y miraba a la pared con sus ojos terribles. Mi padre le pidió, le imploró que hablara, que lo perdonara, pero jamás dio señales de que lo había escuchado.

"Todavía no he llegado a lo peor, maestro. Nuestro padre se enfermó y tuvo que quedarse en la cama. Margaret no quiso ir a verlo. Entonces, una noche, cuando Thomas y yo lo estábamos cuidando y eran cerca de las once, de pronto nuestro padre dijo:

-"Janet, levántate y dile a esa muchacha", él siempre llamaba a Margaret así, era una especie de nombre mimoso que él tenía para ella "dile que me estoy muriendo y que yo le pido que venga aquí abajo y me hable antes de que me vaya para siempre".

"Maestro, yo fui. Margaret estaba sentada en su habitación, sola en el frío y en la oscuridad, mirando hacia la pared. Le dije lo que deseaba nuestro padre. En ningún momento me dejó conocer si me había oído. Le supliqué y lloré, maestro. Hice lo que nunca hice ante ninguna criatura humana... me arrodillé y le rogué que tuviera misericordía de todos y de ella misma y que bajara a ver a nuestro padre moribundo. ¡Maestro, ni se movió ! En ningún momento se movió ni me miró. Tuve que levantarme y bajar la escalera para decirle al pobre viejo que ella no vendría.

Janet Gordon levantó las manos y las golpeó una contra otra en el aire como para expresar la agonía de su recuerdo.

Cuando se lo dije a nuestro padre se limitó a decir:

-"Pobre muchacha, fui muy duro con ella. No hay que echarle la culpa. Pero yo no puedo ir a reunirme con su madre hasta que nuestra pequeña muchacha no me haya perdonado por la infamia que le dije. Thomas, ayúdame a levantar. Desde que ella no

quiere venir a mi, soy yo quien debe ir a ella entonces".

"No había rencor en él... nosotros nos dimos cuenta de eso. Se levantó de su lecho de muerte y Thomas le ayudó a llegar al vestíbulo y luego a subir la escalera. Yo caminé detrás de ellos con el candelabro. ¡Oh, maestro, jamás podré olvidar!... Las sombras terribles y el viento tormentoso rugiendo afuera de la casa. La respiración jadeante de nuestro padre. Pero lo llevamos hasta el dormitorio de Margaret y allí estuvo él delante de ella, temblando, con sus blancos cabellos cayendo sobre su rostro martirizado. Y él rogó a Margaret que lo perdonara ... que lo perdonara y le hablara siquiera una sola palabra antes de ir a reunirse con su madre. Maestro... -la voz de Janet se agudizó casi hasta ser un chillido-. ¡Ella no habló! ¡Ella no habló una sola palabra! Y sin embargo "quería" hablar... después ella me confesó que había querido hablar. Pero su obstinación no se lo permitía. Era como un poder diabólico que se había apoderado de ella y no la dejaba hablar. Nuestro padre pudo haber rogado del mismo modo a una imagen de piedra. ¡Oh, fue muy duro, muy terrible! Ella vio que su padre se moría y en ningún momento pudo decir la palabra que él le pedía. "Ése" fue su pecado, maestro ... y por ese pecado ha recaído el castigo en su hija que todavía no había nacido. Nuestro padre comprendió que no le hablaría y dio la impresión de que se habría caído de no haberlo sostenido Thomas.

"¡Oh, muchacha, eres una mujer muy dura!", fue todo lo que nuestro padre dijo. Y ésas fueron sus últimas palabras. Entre Thomas y yo lo llevamos de regreso a su habitación, pero el aliento había huído de él antes de llegar a destino.

"Bueno, maestro, Kilmeny nació un mes más tarde y cuando Margaret sintió a su hija en el regazo, el demonio que la había tenido bajo su poder perdió su fuerza. Habló entonces y lloró y logró recuperarse para volver a ser ella misma. ¡ Oh, cómo lloró ! Nos imploró a nosotros que la perdonáramos y nosotros lo hicimos espontáneamente, completamente. Pero aquél contra quien había pecado con mayor intensidad, se había ido. Y ninguna palabra de perdón pudo surgir de su tumba. Mi pobre hermana ya no conoció jamás lo que era la paz de la conciencia, maestro. Pero fue gentil, bondadosa y humilde hasta... hasta que comenzó a temer que Kilmeny iba a ser muda. Pensamos entonces que se iba a volver loca. La verdad, maestro, es que ella ya no estuvo bien nunca más.

"Ésa es la historia y tiene ante usted a una mujer agradecida porque el relato haya terminado. Kilmeny no puede hablar porque su madre no habló en aquella oportunidad".



Eric había escuchado el extenso relato con el rostro espantado. La negra tragedía que había el él lo dominó... la tragedía de aquella ley sin misericordía, la ley más misteriosa y cruel del universo de Dios, que ordena que el pecado de los culpables recaiga sobre el inocente. Aunque luchó en lo hondo de su corazón, la miserable convicción penetró en su alma. El caso de Kilmeny estaba más allá de todo auxilio humano.

-Es una historia terrible -dijo impresionado, poniéndose de pie y caminando inquieto de un lado a otro de la cocina donde se encontraban-. Y si es verdad que el silencio de la madre causó la mudez de Kilmeny, me temo, como usted dice, que no podamos ayudarla. Pero ustedes pueden estar equivocados. Puede que no haya sido más que una extraña coincidencia. Probablemente se

pueda hacer algo y de todas maneras debemos tratar de comprobarlo. Tengo un amigo en Queenslea que es médico. Su nombre es David Baker y es un especialista muy hábil en todo lo que se refiere a la garganta y a la voz. Haré que venga aquí y examine a Kilmeny.

-Haga lo que a usted le parezca -aceptó Janet en el tono desesperado que podría haber empleado al darle autorización para que realizara una empresa imposible.

-Será necesario decir al doctor Baker por qué Kilmeny no puede hablar, o por qué piensan ustedes que no puede.

Janet hizo un gesto.

-¡Será necesario eso, maestro! ¡Oh, es una historia muy amarga para que la tenga que escuchar un extraño!

-No tema. No le diré nada que no sea lo más estrictamente necesario para la adecuada comprensión del caso. Será bastante con decirle que Kilmeny puede ser muda porque por espacio de varios meses antes de su nacimiento, la madre se encontró en un estado mórbido que la condujo a mantener un obstinado e ininterrumpido silencio a raíz de ciertos resentimientos personales.

-Bueno, haga como a usted le parezca mejor, maestro.

-Evidentemente, Janet no tenía fe ninguna en la posibilidad de que se pudiera hacer algo por Kilmeny. Pero un rayo de esperanza nació en el rostro de Kilmeny cuando Eric le dijo lo que se proponía hacer.

-"¡Oh! ¿ Crees realmente que él podrá hacerme hablar?" -escribió ansiosamente.

-No lo sé, Kilmeny. Espero que pueda y yo sé que hará todo lo que la sabiduría humana esté en condiciones de hacer. ¿ Si él consigue librarte de tu defecto, me prometes casarte conmigo, querida?

Ella asintió. El leve movimiento grave tuvo la solemnidad de una promesa sagrada.

-"Sí -escribió-, cuando pueda hablar como las demás mujeres, me casaré contigo".

CAPÍTULO 16
LA OPINIÓN DE DAVID BAKER

A la mañana siguiente, David Baker llegó a Lindsay. Llegó por la tarde temprano, cuando Eric estaba en la escuela, y cuando éste regresó a su casa descubrió que en el breve espacio de una hora, su amigo había captado el corazón de la señora Williamson, había ganado para sí las mejores gracias de Timothy y hacía muy buenas migas con el viejo Robert.

Pero David miró con curiosidad a su amigo, cuando los dos se encontraron en el cuarto del maestro.

-Bien, Eric, quiero que me dígas qué significa todo este asunto. ¿En qué enredo estás metido? Me has escrito una carta pidiéndome, exigiéndome en nombre de la amistad, que viniera a verte inmedíatamente. De acuerdo con tu pedido he viajado a toda velocidad. Tú pareces gozar de la más espléndida salud. Explicame a qué viene todo esto.

-Quiero que me hagas un servicio que sólo tú puedes hacerme, David -respondió serenamente Eric-. No quise entrar en detalles por carta. He encontrado aquí en Lindsay a una muchacha a quien quiero. Le he pedido que se case conmigo, pero, a pesar de que ella me corresponde, rehusa casarse conmigo porque es muda. Deseo que tú la examines

y que descubras el origen de su defecto y la circunstancia más importante de si puede ser curada. Puede oir perfectamente y todas sus otras facultades funcionan de manera enteramente normal. Para que tú puedas entender mejor el caso, debo contarte los hechos principales de su historia.

Dicho esto, Eric procedió a contar los hechos señalados. David Baker escuchó con grave atención, los ojos suspendidos de la expresión de su joven amigo. No dejó entrever la sorpresa y la decepción que experimentó al enterarse de que Eric se había enamorado de una muchacha muda y de dudosos antecedentes. Por otra parte, el extraño caso, emulaba su interés profesional.

Cuando hubo escuchado toda la historia, metió las manos en los bolsillos y caminó por la habitación en silencio, hasta que por fin fue a detenerse ante Eric.

-Has hecho exactamente lo que había previsto siempre que harías... dejaste tu sentido común en casa cuando te decidiste a cortejar a una muchacha.

-Si lo hice -respondió Eric muy sereno-, te diré que llevé conmigo, en cambio, algo mejor y más noble que el sentido común.

David se encogió de hombros.

-Te va a costar mucho trabajo el convencerme de eso, Eric.

-No, no me va a resultar difícil en absoluto. Tengo un argumento que te va a convencer rápidamente. .. y ese argumento es Kilmeny Gordon en si misma. Pero no vamos a discutir el asunto de mi prudencia o imprudencia justamente ahora... Lo que deseo saber es esto: ¿qué es lo que piensas del caso que acabo de relatarte?

David se tornó pensativo.

-Apenas si sé lo que debo pensar. Es muy curioso y poco común, pero no carece de antecedentes en absoluto. Existen casos registrados en los cuales la influencia pre-natal ha provocado consecuencias similares. Pero no logro recordar si en algún caso hubo curó. Bueno, veré si algo puede hacerse por esa muchacha. No puedo darte una opinión formal antes de haberla examinado.

A la mañana siguiente, Eric condujo a David Baker a la casa de los Gordon. Cuando se aproximaron al huerto, una extraña música les llegó flotando en el aire a través de las resinosas arcadas del bosque de pinos. Era un reclamo salvaje y doloroso, lleno de una tragedía indescriptible, aunque en el conjunto, la melodía resultaba maravillosamente dulce.

-¿Qué es eso? -preguntó David sorprendido.

-Ésa es Kilmeny tocando su violín -respondio Eric-. Tiene un gran talento para la música e improvisa maravillosas melodías.

Cuando llegaron al huerto, Kilmeny se levantó del viejo banco para salir a su encuentro, sus adorables ojos luminosos y agrandados, el rostro arrebolado con la mezcla excitante del miedo y la esperanza:

-"¡Oh, por los dioses! " -murmuró David desesperado.

No pudo ocultar su asombro y Eric sonrió al percibirlo. El joven no se había equivocado al calcular que su amigo hasta aquel momento lo había considerado como algo apenas mejor que un lunático.

-Kilmeny, este señor es mi amigo, el doctor Baker.

Kilmeny tendió una mano sonriendo. Su belle, allí como estaba expuesta a los suaves rayos sol mañanero, junto a un macizo de sus amigos lirios, era algo así como para quitarle la respiración a cualquier hombre.

David, a quien jamás le faltaba el aplomo y la nfianza y generalmente tenía la lengua muy ágil en cuanto a mujeres se tratara, se encontró sí mismo tan mudo y tan tímido como un chico la escuela, mientras se inclinaba sobre la mano la niña.

Pero Kilmeny se sentía encantadoramente cómoda. No había la menor señal de embarazo en sus modales, aunque se descubría en su expresión una deliciosa reserva.

Eric sonrió al recordar su primer encuentro con ella. De pronto se dió cuenta de lo mucho que había evolucionado Kilmeny desde entonces.

Con leve y gracioso gesto, Kilmeny los invitó a que la acompañaran a través del huerto y luego siguiendo el sendero, a la casa, donde los hombres la siguieron.

-¡Eric, la muchacha es simplemente indescriptible! -dijo David en tono bajo-. Para decirte verdad, anoche tenía una pobre opinión sobre tu estado mental. Pero ahora me encuentro consumido por una mortal envidía. Es la criatura más adorable que he visto en mi vida.

Eric presentó a David a los Gordon y después corrió a la escuela. En el camino frente a la casa se encontró con Neil y se estremeció al observar la mirada de odio en los ojos del chico gitano. La piedad suplantó al primer sentimiento de alarma. El rostro de Neil se había tornado demacrado y angustioso; los ojos estaban hundidos y febrilmente brillantes; parecía varios años mayor de lo que era.

Impulsado por un repentino sentimiento de compasión, Eric se detuvo y le tendió la mano.

-Neil, ¿no podemos ser amigos? -le dijo-. Siento mucho haber sido la causa de su sufrimiento.

-¡Amigos! ¡Nunca! -replicó Neil apasionadamente-. Usted me ha quitado a Kilmeny. Lo odíaré toda mi vida. Y aun le haré lamentar lo que ha hecho.

Prosiguió su camino enfurecido y Eric, con un acogimiento de hombros prosiguió el suyo, des cartando el problema de su mente.

El día le pareció interminablemente largo. David no había regresado cuando fue a su casa a almorzar; pero cuando subió a su habitación por la tarde, encontró a su amigo de pie junto a la ventana.

-Y bien -dijo impaciente mientras David se volvía en silencio para enfrentarlo-. ¿,Qué es lo que tienes que decirme? No me mantengas en suspenso por más tiempo, David. He soportado todo lo posible. El día de hoy me ha parecido durar mil años. l Has descubierto lo que ocurre con Kilmeny?

-No tiene nada, absolutamente nada -respondió David Baker lentamente, sentándose en el sillón frente a la ventana.

-¿Qué es lo que quieres decir?

-Exactamente lo que te he dicho. Sus órganos vocales son perfectos. En cuanto a ellos se refiere no hay razón alguna para que no pueda pronunciar todas las palabras que quiera.

-¿Entonces por qué no puede hablar? Tú crees ... ¿crees tú? ...

-Creo que no puedo expresar mis conclusiones de manera mejor que la propia Janet Gordon, cuando te dijo que Kilmeny no puede hablar porque la madre no habló. Eso es todo lo que hay.

La dificultad es psicológica no fisica. La ciencia médica no puede hacer nada ante eso. Hay hombres de mucho más prestigio y conocimientos que yo en mi profesión; pero te digo que es mi honesta convicción, Eric, que si los consultaras, te dirían justamente lo

que te estoy diciendo, ni más ni menos.

-¿Entonces no hay esperanza? -preguntó Eric en tono desesperado-. ¿No puedes hacer nada por ella?

.. David tomó del respaldo de su sillón una pieza de crochet con un león rampante en el centro y la extendió sobre sus rodillas.

"Yo" no puedo hacer nada por ella -dijo mientras examinaba con gran interés la artística obra-. No creo que ningún ser humano pueda hacer nada por ella. Pero no estoy diciendo tampoco ... exactamente ... que no haya esperanza.

-Vamos, David. No me encuentro en situación de ponerme a resolver charadas. Habla claro, hombre, y no me atormentes.

David frunció el ceño con aire de duda y metió cl dedo a través del agujero que representaba el ojo del rey de los animales.

-No sé cómo puedo hacerlo claro para ti. No es muy claro tampoco para mi y no se trata más que de una vaga teoría que he formado, por cierto. No logro apoyarla en un hecho concreto. En resumen, creo que es posible que Kilmeny pueda hablar alguna vez ... en algún momento... si cs que ella lo desea con la suficiente intensidad.

-¿Si lo desea? ¡Pero, hombre! Kilmeny desea hablar con toda la intensidad con que puede un ser humano desear algo. Me quiere con todo el corazón y no puede casarse conmigo a causa de su mudez. ¿No crees que una muchacha en tales circunstancias "desearía intensamente" poder hablar?

-Sí, pero yo no me refiero a esa clase de deseo, sea todo lo fuerte que quieras. Lo que yo quiero decir es ... un deseo repentino, vehemente, un torrente apasionado, físico, mental, psicológico, todo en un solo golpe, lo bastante poderoso como para romper las cadenas que mantienen retenida a su facultad oratoria. Si se presentara tal ocasión para que provocara ese deseo en tales condiciones, creo que Kilmeny hablaría ... y si hablara una sola vez, desde ese momento no tendría la menor dificultad para seguir hablando normalmente ... ¡Ah, si la joven pudiese pronunciar su primera palabra!

-Todo eso me da la impresión a mí de ser una enorme tontería -dijo Eric inquieto-. Supongo que tú tienes una idea de lo que estás diciendo, pero yo no lo entiendo. Y de todos modos, prácticamente quiere decir que no hay esperanza ni para ella ni para mí. Aunque tu teoría sea correcta no creo que pueda producirse una situación o una condición como la que dices. Y Kilmeny nunca va a querer casarse conmigo.

-No te entregues con tanta facilidad, viejo amigo. Se han dado muchos casos en la historia del mundo, en los cuales alguna mujer cambió de modo de pensar.

-Pero no eran mujeres como Kilmeny -replicó Eric en tono miserable-. Te aseguro que ella posee todo el poder voluntarioso y la tenacidad de su madre, aunque se encuentre libre de todo sentimiento de orgullo o egoísmo. Te agradezco toda tu simpatía y todo tu interés, David. Has hecho todo lo que podías hacer ... pero ¡Dios mío! ¡Lo que hubiera significado para mí que tú pudieras ayudarla!

Con un gruñido Eric se hundió en un sillón y escondió la cara entre las manos. Era un momento de su vida en que se resumía toda la amargura de la muerte.

Había pensado que estaba preparado para recibir un desengaño; pero no había calculado el poder enorme de su esperanza y no se dio cuenta hasta que esa esperanza le fue quitada.

David, con un suspiro, volvió a colocar la pieza de crochet sobre el respaldo del sillón.

-Eric, quiero ser honesto y honrado contigo anoche pensé que si no podía descubrir la manera de ayudar a esta chica, podía ser lo mejor en cuanto se refería a ti. Pero desde que la he visto... bueno... daría mi mano derecha para poder hacer algo que valiera la pena por esa muchacha. Estoy convencido de que es la esposa que te corresponde si tan sólo pudiéramos hacerla hablar. Sí y por la memoria de tu madre te digo -David golpeó con el puño sobre el marco de la ventana, con tanta fuerza que la armazón integra tembló-, que esa niña es la esposa para ti, hable o no hable, si es que la pudiéramos convencer de esto.

-Nunca podrías convencerla. No, David, la he perdido. ¿Le has dicho a ella lo que me has dicho a mi?

-Le dije que no podía hacer nada por ella. No le he dicho una sola palabra sobre mi teoría... porque no creo que eso pudiera hacer ningún bien.

-¿Cómo lo tomó?

-Con mucho valor y con mucha serenidad .. . "como una verdadera dama". Pero la mirada de sus ojos, Eric... sentí como si hubiera asesinado a alguien. Me dedicó una muda despedida con una dolorosa sonrisa y se fué al piso alto. No la volví a ver, aunque me quedé a almorzar a pedido del tio. Esos Gordon forman un par bastante extraño, aunque sin embargo, me gustan. Son fuertes y altivos ... han de ser muy buenos amigos y muy malos enemigos. Sintieron mucho por cierto que no pudiera ayudar a Kilmeny, pero me di cuenta con toda claridad, que el viejo Thomas Gordon pensaba que yo estaba contradiciendo a la predestinación al intentarlo.

Eric sonrió inconscientemente.

-Tengo que ir allá y ver a Kilmeny. ¿Me perdonarás, no es cierto, David? Mis libros están ahi. Haz lo que quieras.

Pero cuando Eric llegó a casa de los Gordon, no vio más que a la pobre Janet que le informó que Kilmeny estaba encerrada en su habitación y se negaba a verlo.

-La niña pensó que usted vendría, maestro, y me dio esto para que se lo entregara.

Janet le tendió una pequeña nota, muy breve y aun humedecida por las lágrimas.

"No vengas nunca más, Eric -decía la nota-. No debo verte, porque con eso no hariamos sino empeorar las cosas para los dos. Debes irte y olvidarme. Algún día te sentirás agradecido. Yo siempre te amaré y he de pedir por ti en mis oraciones.
Kilmeny."

-Tengo que verla -dijo Eric desesperado-. Tía Janet, sea mi amiga. Dígale que tiene que verme al menos por un momento.

Janet sacudió la cabeza pero subió en seguida la escalera. Pronto retornó.

-Dice que no puede bajar. Usted sabe que lo dice con firmeza, maestro, y es inútil obligarla. Y debo decirle que pienso que tiene razón. Si es que no se va a casar con usted, es mejor para ella no verlo.

Eric se vio obligado a regresar a su casa sin otro consuelo que aquél. En la mañana, como era sábado, llevó a David Baker hasta la estación. No había dormido y tenía un aspecto tan miserable y enfermizo, que David se sintió preocupado.

David se hubiera quedado en Lindsay unos días, pero un caso crítico que atendía en Queenslea demandaba su rápido retorno. Estrechó la mano de Eric en el andén.

-Eric, renuncia a la escuela y ven a casa en seguida. Ya no puedes hacer nada que

valga la pena en Lindsay y no conseguirás más que carcomerte el corazón.

-Tengo que ver a Kilmeny una vez más antes de irme de aquí -fué la respuesta de Eric.

Aquella tarde, más temprano que otras veces, fué nuevamente a casa de los Gordon. Pero el resultado fué el mismo : Kilmeny rehusaba verlo y Thomas Gordon dijo gravemente.

-Maestro, usted sabe que le tengo afecto y siento mucho que Kilmeny piense como piensa, aunque creo que en el fondo tiene razón. Me gustaría mucho verlo a menudo por usted en sí y lo voy a echar de menos en gran medida. Pero según se presentan las cosas, le digo que me parece mucho mejor que usted no venga más por esta casa. No sería de ningún beneficio y cuanto antes cada uno de ustedes deje de pensar en el otro, será mejor. Váyase ahora, muchacho y Dios lo bendiga.

-¿Sabe usted lo que me está pidiendo? -preguntó Eric con voz enronquecida.

-Sé que le estoy pidiendo una cosa muy dura por su propio beneficio, maestro. No es posible que Kilmeny cambie de opinión, no la va a cambiar, le aseguro. Tenemos alguna experiencia con respecto a la obstinación de las mujeres en este lugar. ¡Basta, Janet, mujer! ¡Deja de llorar! Ustedes las mujeres son criaturas tontas. ¿Crees que las lágrimas pueden arreglar estas cosas? No, las lágrimas no pueden borrar el pecado ni las consecuencias del pecado. Es espantoso cómo un pecado puede ensancharse y extenderse hasta que llega a destrozar vidas inocentes; y algunas veces mucho después que el pecador ha desaparecido. Maestro, si usted quiere seguir mi consejo, renuncie a la escuela de Lindsay y vuelva a su mundo tan pronto como pueda.

CAPÍTULO 17
LAS CADENAS ROTAS

Eric regresó a casa de los Williamson con el rostro blanco y atormentado. Jamás había creído que un hombre pudiera sufrir como él estaba sufriendo. ¿Qué era lo que tenía que hacer? Le resultaba imposible continuar su vida ... no había vida posible sin Kilmeny. La angustia se apoderó de su alma hasta que sus fuerzas le abandonaron y la juventud y la esperanza, se tornaron violencia y amargura en su corazón.

Nunca después pudo decir cómo vivió aquel domingo, ni cómo pudo enseñar en la escuela como de costumbre el lunes siguiente. Descubrió hasta dónde podía sufrir un hombre y aun asi, vivir y trabajar. Su cuerpo le parecia un muñeco automático que se movía y hablaba mecánicamente, mientras su torturado espíritu soportaba un dolor que dejaba su marca en él para siempre.

Fuera de aquellos fieros momentos de agonía, Eric Marshall tuvo que proseguir su camino como un hombre que ha dejado su infancia definitivamente detrás de si y miraba la vida con ojos , que sabían mirar en ella y aun mucho más allá de ella.

El martes por la tarde hubo un funeral en la localidad y de acuerdo con la costumbre, la escuela se cerró. Eric entonces fué nuevamente al viejo huerto. No tenía la menor esperanza de ver a Kilmeny allí, porque pensó que la joven evitaría ir al sitio para no arriesgarse a un encuentro.

Pero él no podía dejar de ir, aunque pensaba que sería un nuevo tormento; vibraba entre el deseo salvaje de no verla más y una enfermiza atracción que le hacia preguntarse

cómo haría para privarse de su vista para siempre. Aquel extraño y viejo huerto, donde había conocido y cortejado a su amada, donde había observado día a día cómo ella florecia bajo sus ojos como la más exótica flor, hasta que se cumplió el corto proceso en tres breves meses, para que ella pasara de la más exquisita infantilidad a la más exquisita madurez.

Mientras cruzaba la pradera antes de llegar al bosque de pinos, se encontró con Neil Gordon, que estaba levantando una cerca muy alta. Neil no miró a Eric cuando éste pasó, sino que con gesto fiero prosiguió cavando los pozos para los postes principales.

Hasta entonces, Eric había sentido piedad por Neil; ahora tenía conciencia de su franca simpatía por el chico. ¿Acaso no habría sufrido Neil como él mismo sufría? Eric se encontraba en un estado en que el único matiz era el dolor.

El huerto estaba muy silencioso y soñador con el sol espeso y profundo de aquella tarde de setiembre, un sol que parecía poseer el poder de extraer la misma esencia de todos los aromas que el verano había almacenado en los bosques y en los campos. Ya por entonces había pocas flores; la mayoría de los lirios, que habían reinado tan orgullosamente por la avenida central pocos días antes, estaban desapareciendo. El césped era escaso, marchito y desgreñado. Pero en los rincones, las varillas doradas se encendían como antorchas y los asteres mostraban su neblina púrpura aquí y allá.

El huerto mantenía su propia y extraña atracción, como ciertas mujeres en quienes a pesar de haberlas abandonado la juventud, se conserva una especie de atmósfera que recuerda a la belleza y al innato e indestructible encanto...

Eric anduvo al azar, triste e indiferente a la vez, hasta que por fin se sentó sobre la cerca semiderrumbada, a la sombra de los pinos. Ni siquiera vio a Kilmeny que avanzaba lentamente siguiendo la curva del sendero que venía de la casa.

Kilmeny había pensado que el viejo huerto era el lugar apropiado para curar sus heridas, si es que sus heridas podían curarse. No había sentido el temor de encontrarse con Eric alli, a semejante hora del día, porque la muchacha tampoco sabía que existía la costumbre de cerrar la escuela cuando había un funeral en la villa. Jamás habria ido a la hora del crepúsculo aunque deseaba hacerlo con toda su alma; en el huerto estaba todo lo que quedaba para ella.

En esos pocos días habían transcurrido años para la joven. Había bebido hasta las heces de la copa del sufrimiento. Su rostro estaba pálido y torturado, con profundas sombras transparentes bajo los ojos, de los cuales parecian haber huido los sueños y las alegrias de la juventud, aunque poseian ahora el poderoso encanto que presta el dolor y la entereza ante él.

Thomas Gordon había meneado tristemente la cabeza al mirarla esa mañana.

-No lo va a poder soportar -pensó-. No va a quedarse mucho tiempo en este mundo y tal vez eso sea lo mejor, pobre niña. Pero ojalá que ese joven maestro no hubiera puesto nunca los pies en el huerto de los Connors ni en esta casa. ¡ Margaret, Margaret! Es duro tener que admitir que tu hija deba pagar el precio de un pecado que fué cometido antes de que ella naciera.

Kilmeny avanzaba por el sendero lentamente, con el aire de una mujer que camina en sueños. Cuando llegó al punto en que se encontraba la abertura en la cerca, levantó el rostro transido y vio a Eric, sentado a la sombra de los pinos, al otro lado del huerto, con la cara entre las manos. Se detuvo bruscamente y la sangre se agolpó salvajemente en su rostro.

Al momento siguiente, la sangre huyó, dejando el rostro pálido como un mármol. El horror llenó sus ojos ... un espanto crudo, mortal, como la sombra lívida de una nube podría cubrir el azul de las aguas.



Detrás de Eric, Neil Gordon estaba de pie, tenso, al acecho, criminal. Aun a semejante distancia Kilmeny apreció la mirada terrible de sus ojos, vio lo que tenía en la mano y comprendió como un relámpago lo que aquello significaba.

La escena quedó fotografiada en su cerebro en una fracción de segundo. Supo que no podía atravesar el espacio que la separaba de Eric para prevenirlo. No obstante, "tenía" que avisarle ... "tenía"... ¡”Tenía que avisarle”!

Un poderoso torrente de voluntad surgió en ella y la superó como una gigantesca ola del mar ... un torrente que arrasaba con todo lo que se oponía a su carrera. Mientras Neil Gordon con gesto horrible, descompuesto y vengativo, con el rostro hecho un demonio, levantaba el puñal que sostenía en la mano, Kilmeny se lanzó hacia el huerto.

-¡ERIC, ERIC!... ¡CUIDADO!... ¡DETRÁS DE TI!... ¡CUIDADO!... ¡DETRÁS DE TI!...

Eric se irguió bruscamente, asombrado al oir aquella voz que venia temblando a través de la atmósfera. No se dio cuenta que ira Kilmeny quien lo prevenia, pero instintivamente obedeció la indicación.

Giró sobre sí y vio a Neil Gordon, que miraba a su vez, no a él, sino más allá de él a Kilmeny.

El rostro del chico gitano estaba hecho ceniza y sus ojos cubiertos por el más abyecto terror e incredulidad, como si hubiese sido impedido su criminal propósito por alguna interposición sobrenatural.

El puñal, a sus pies, donde lo había dejado caer en el momento de oír con indescriptible consternación los gritos articulados de Kilmeny, decía todo lo que había que explicar en su actitud.

Pero antes de que Eric pudiera pronunciar una sola palabra, Neil se volvió lanzando un grito más propio de un animal salvaje que de un ser humano y huyó como una bestia perseguida, entre las sombras del bosque de pinos.

Un momento más tarde Kilmeny, su adorable rostro bañado en lágrimas e iluminado por una deliciosa sonrisa, se echó en brazos del joven maestro.

-¡Oh, Eric, puedo hablar!.. ¡Puedo hablar!... ¿No es maravilloso? Eric... ¡te quiero! ... ¡ te juro que te quiero !

CAPÍTULO 18
NEIL GORDON RESUELVE SUS PROPIOS PROBLEMAS

-¡Es un milagro! -exclamó Thomas Gordon en tono reverente.

Era la primera vez que hablaba desde que Eric y Kilmeny habían irrumpido, tomados de la mano, como dos criaturas intoxicadas de alegría y maravilla, contando los dos a un tiempo la estupenda historia a él y a la tía Janet.

-¡Oh, no, es una maravilla, pero no es un milagro! -exclamó a su vez Eric-. David me dijo que esto podía ocurrir, pero yo no tenía esperanza de que ocurriera. Él podría explicarlo todo si estuviese aquí.

Thomas Gordon sacudió la cabeza.

-Dudo que pudiera, maestro ... él o cualquier otro. Esto no es más que un milagro para mí. Demos gracias al Señor con reverencia y humildad, por haber permitido que la maldición cesara en esta criatura. Sus médicos podrán explicarlo como quieran, muchacho, pero estoy pensando que no podrían llegar con verdad a nada más claro que eso. Esto es aterrador, sencillamente aterrador. Janet, mujer, siento como si estuviera viviendo un sueño. ¿Es verdad que Kilmeny puede hablar?

-Por cíerto que puedo, tio -dijo Kilmeny con una mirada a Eric-. ¡Oh, no sé cómo fué que vino a mí!... Senti que "tenía" que hablar. . . y hablé. Y ahora es tan fácil hacerlo ... Tengo la sensación de haber podído hablar siempre.

Hablaba con toda naturalidad y facilidad. La única dificultad que parecía tener consistía en cierta torpeza de modulación en la voz. Algunas veces elevaba el tono en demasía ... o lo bajaba excesivamente. Pero era evidente que pronto podría dominar los tonos a voluntad.. Era una voz hermosa... muy clara, muy suave y exquisitamente musical.

-¡Oh, estoy tan contenta de que mi primera palabra haya sido tu nombre, Eric 1 -murmuró.

-¿ Y qué ocurrió con Neil ? -preguntó Thomas Gordon gravemente, arrancándose a si mismo con esfuerzo de la abstracción en que aquella maravilla lo había sumido-. ,Qué vamos a hacer con él cuando regrese? En cierto modo éste es un negocio bastante triste.

Eric casi se había olvidado de Neil en medio de su alegría y emoción. La circunstancia de haber escapado a una muerte rápida y violenta no había tenido oportunidad de enseñorearse de sus pensamientos.

-Tenemos que perdonarle, señor Gordon. Yo bien sé cómo me sentiría con respecto a un hombre que lograra quitarme a Kilmeny. Fué un impulso pecaminoso ante el cual cedió en medio de su sufrimiento. .. y piensen en el maravilloso resultado que tuvo su actitud.

-Eso es verdad, maestro, pero no altera el terrible hecho de que el chico lleva el crimen en su corazón ... Lo hubiera matado a usted. Y la Divina Providencia impidió que él mismo se condenara con semejante crimen, para terminar transformando un acto endemoniado en una acción buena y generosa. Pero Neil es culpable en pensamiento y en propósito. Y nosotros lo hemos cuidado, criado y educado como si fuera uno de los nuestros. Con todas sus faltas lo hemos querido. Es un problema difícil y no veo qué po-

demos hacer. No podemos actuar como si nada hubiera ocurrido. No podríamos volver a confiar en él nunca más.

Pero Neil Gordon resolvió por sí el problema.

Cuando Eric regresó a su casa esa noche, encontró al viejo Robert Williamson en la alacena, regalándose con un piscolabis de pan y queso después de un viaje hasta la estación. Timothy estaba echado sobre el aparador con su aterciopelado lomo y gravemente aceptaba las pequeñas porciones que su patrón le prodigaba.

-Buenas noches, maestro. Estoy contento de verlo con un aspecto más adecuado a su juventud. Le dije a mi mujer que toda esa tragedía no era más que una discusión de enamorados. Ha estado preocupada por usted, pero no ha querido preguntarle cual fue la dificultad. Mi mujer no es una de esas infortunadas personas que no pueden ser felices si no logran meter las narices en los asuntos de los demás. ¿Pero qué clase de lío hubo en casa de los Gordon esta noche, maestro?

Eric pareció divertido y asombrado. ¿De qué podía haberse enterado Robert Williamson tan pronto?

-¿Qué es lo que quiere decir? -le preguntó.

-Pues los que estábamos en la estación nos dimos cuenta de que algo tenía que haber ocurrido en casa de los Gordon, cuando vimos la forma en que Neil Gordon subió al tren de excursión de la cosecha.

-¡Neil se ha ido! ¡En el tren de excursión! -exclamó . Eric.

-Sí, señor. Usted sabe que hoy salía el tren de la excursión. Cruzan con el barco esta noche... es un viaje especial. Había una docena de personas de la villa. Todos estábamos allí charlando antes de que saliera el tren, cuando llegó Lincoln Frame que se lo llevaban los vientos y Neil saltó de su coche. Se zambulló en la oficina para tomar su boleto y salió corriendo para meterse en el tren sin cruzar una palabra con nadie. Con un aspecto tan renegrido como el mismo Satanás. Nos quedamos demasiado sorprendidos para hacer comentarios hasta que se fue. Lincoln no pudo informarnos mucho. Dijo que Neil había llegado corriendo a su casa al caer la noche, como si lo persiguieran tres regimientos y le ofreció venderle por sesenta dólares su potranca negra, si lo llevaba a la estación con tiempo para alcanzar el tren de la excursión. La potranca negra era de Neil y Lincoln siempre quiso comprársela aunque inútilmente. Lincoln parece que dio un salto ante la propuesta. Neil había llevado la potranca con él y Lincoln preparó el coche y lo llevó a la estación. Neil no llevaba equipaje de ninguna naturaleza y no abrió la boca en todo el trayecto según explicó Lincoln. Llegamos a la conclusión de que él y el viejo Thomas debían haber tenido una trifulca. ¿No está enterado de algo de eso? ¿ O es que estaba tan envuelto en su romance que no oyó ni vio nada?

Eric reflexionó rápidamente. Se sintió muy aliviado al saber que Neil se había ido. Por cierto que nunca regresaría y eso era una ventaja para todos. Al viejo Robert era necesario decirle al menos una parte de la verdad, ya que pronto se sabría que Kilmeny había recuperado la facultad de hablar.

-Hubo ciertas dificultades en casa de los Gordon esta noche, señor Williamson -explicó serenamente-. Neil Gordon se comportó de muy mala manera y asustó muchísimo a Kilmeny… la asustó a tal punto que ha sucedido una cosa muy sorprendente. Kilmeny se ha encontrado con que es capaz de hablar y puede hablar perfectamente.

El viejo Robert volvió a bajar el pedazo de queso que se estaba llevando a la boca en

la punta de un cuchillo y se quedó mirando a Eric con expresión de profundo asombro.

-¡Dios bendiga mi alma, maestro, qué cosa más extraordinaria ! -exclamó-. g, Está usted hablando en serio? ¿O acaso está tratando de comprobar hasta que punto este viejo puede ser tomado por idiota?

-No, señor Williamson, le aseguro a usted que le estoy contando la verdad. El doctor Baker me dijo a mí que ella podía curarse con un sacudón de tipo nervioso ... y asi ha sido. En cuanto a Neil, se ha ido, sin duda para bien de todos y yo personalmente me alegro.

No deseando discutir más el asunto, Eric subió a su habitación, pero cuando subia la escalera, oyó al viejo Robert murmurando como un hombre a, punto de trastornarse

-Bueno... , bueno..., nunca he oido cosa semejante desde los días de mi nacimiento..., nunca... , nunca. ¡Timothy ! ¿Alguna vez has oido algo semejante? Indudablemente que los Gordon son un grupo de gente muy extraña. No podrían comportarse como la demás gente aunque se lo propusieran. Tengo que despertar a la madre para contarle todo esto. De otra manera no podría pegar los ojos yo mismo.

CAPÍTULO 19
LA VICTORIA SURGE DEL DOLOR

Ahora que todo estaba enderezado a su felicidad, Eric deseó renunciar a su cargo y volver a su ciudad. Verdad que tenía "papeles firmados" que lo obligaban a enseñar en la escuela por un año; pero él sabía que los miembros de la Junta lo dejarían en libertad si él les procuraba un buen sustituto.

Decidió seguir enseñando hasta las vacaciones del otoño que llegaban en octubre, y después irse. Kilmeny le había prometido que la boda tendría lugar en la primavera próxima. Eric había rogado por una fecha más adelantada, pero la joven se había mostrado dulcemente resuelta y tanto Thomas como Janet habían coincidido con ella.

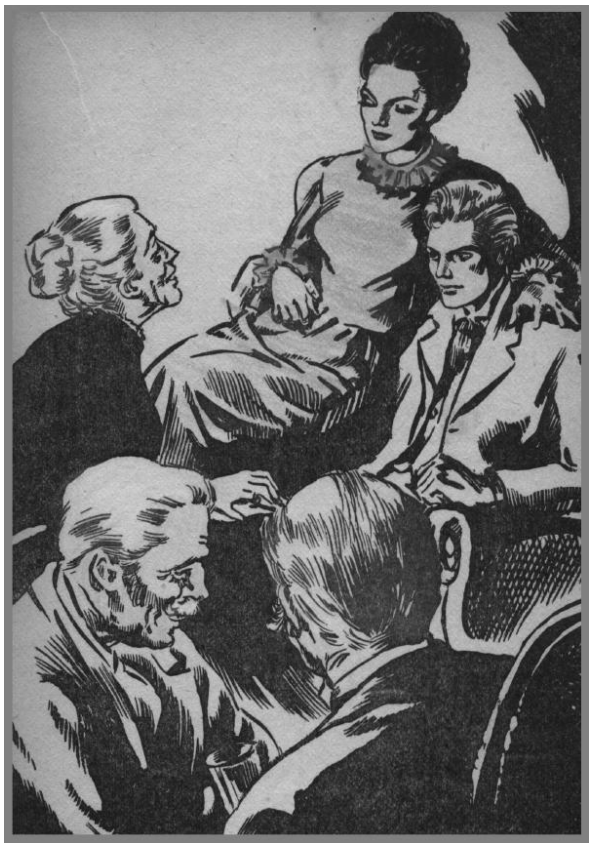
-Hay tantas cosas que debo aprender antes de encontrarme pronta a ser tu esposa -le decía Kilmeny-. Y entre otras quiero acostumbrarme a ver a la gente extraña. Me siento un poco asustada todavía cada vez que veo a alguien a quien no conozco, aunque no creo que se me note. Estoy yendo a la iglesia con tío Thomas y tía Janet y a las reuniones de la Sociedad de los Misioneros. Y el tio Thomas dice que me enviará a una escuela como pupila, en la ciudad, este invierno, si es que a ti te parece adecuado.

Eric vetó la idea prontamente. La idea de Kilmeny encerrada en una escuela era algo en lo cual no podía pensar sin reirse.

-No veo por qué no puede aprender todo lo que quiera después que se haya casado conmigo -gruñía ante los dos tíos.

-Es que nosotros deseamos retenerla en esta casa por el invierno que viene al menos -explicaba pacientemente Thomas Gordon-. La vamos a extrañar muchísimo cuando se haya ido, maestro. Jamás se ha separado de nosotros, ni aun por el término de un día..., ella ha sido la única luz que nos ha alegrado. Es muy bondadoso de su parte que le haya dicho que puede venir a vernos cada vez que se le ocurra, pero por cierto que habrá una gran diferencia. Kilmeny pertenecerá a su mundo y no al nuestro. Eso está muy bien ... y no podríamos desearle nada mejor. Pero permítanos que la retengamos con nosotros por

el invierno solamente.



Eric cedió con el mejor talante que pudo adoptar. Después de todo, según pensó en seguida, Lindsay no estaba tan lejos de Queenslea y había muchas cosas, como barcos y trenes.

-¿No le ha dicho nada a su padre todavía? -le preguntó ansiosamente la tía Janet.

No, no lo había hecho. Pero se fué a casa de los Willamson y escribió un informe completo y extenso dirigido a su padre, esa misma noche.

El señor Marshall, padre, contestó la carta del hijo personalmente. Pocos días más tarde, Eric, regresando de la escuela, encontró a su padre sentado en la primorosa y antigua sala de la señora Williamson. Nada se dijo de la carta de Eric, sin embargo, hasta después del té.

Cuando se encontraron los dos solos, el señor Marshall, padre, dijo abruptamente

-Eric, ¿que me dices de esa niña? Tengo la esperanza de que no hayas venido aquí a hacer el tonto y este asunto me hace pensar que mi esperanza no se encuentra bien fundada. Una muchacha que ha sido muda toda su vida. .. , una muchacha que no tiene derecho a usar el apellido de su padre... ¡Una muchacha criada en lugar campesino como es Lindsay! Tu esposa estaba destinada a llenar el lugar que dejó tu madre... y tu madre era una perla entre todas las mujeres. ,, Crees tú que esta muchacha merece ocupar su lugar ? ¡No es posible! Tú te has dejado arrastrar por una linda cara y una juventud bulliciosa. Ya esperaba yo dificultades de esta aventura tuya de venirte a un lugar asi para enseñar.

-Espera a conocer a Kilmeny, padre -respondió sonriendo Eric.

-¡Hum! Eso es exactamente lo que dijo David Baker. Fui a verlo en seguida que recibi tu carta, porque me imaginé que había alguna misteriosa conexión entre todo esto y la visita que te vino a hacer con respecto a la cual no pude arrancarle ninguna palabra. Todo lo que me dijo fué: "Espere hasta que conozca a Kilmeny Gordon, señor". Muy bien, esperaré a que llegue el momento de conocerla, pero ten en cuenta que la miraré con los ojos de un hombre de sesenta y cinco años y no de veinticuatro. Y si no es lo que tu esposa debe ser, señor, te limitarás a renunciar a ella o a embarcarte en tu propia canoa. No seré yo quien colabore para que pases por tonto y arruines tu vida.

Eric se mordió los labios, pero dijo serenamente:

-Ven conmigo, padre; la iremos a ver ahora mismo.

Fueron dando la vuelta por el camino principal y después por el sendero de los Gordon. Kilmeny no estaba en la casa cuando llegaron.

-Está en el viejo huerto, maestro -le informó la tia Janet-. Quiere tanto a ese lugar

que se pasa alli todo el tiempo que puede disponer. Le gusta ir alli también para estudíar.

Padre e hijo se quedaron un rato conversando con Thomas y Janet. Y cuando se separaron de los dueños de casa, el señor Marshall dijo

-Me gusta esa gente. Si Thomas Gordon hubiera sido un hombre como Robert Williamson, no hubiera esperado a ver a tu Kilmeny. Pero esta gente me gusta.. ., un poco hoscos y severos, pero de buena pasta y espíritu..., refinamiento natural y temperamento fuerte. Por otra parte, me atrevo a esperar que tu joven dama no haya sacado su boca con parecido a la de la tia.

-La boca de Kilmeny es como una canción de amor en forma terrena -respondió con entusiasmo Eric.

-¡Hum! -comentó el señor Marshall-. Bueno -añadió en tono tolerante un momento más tarde-. Yo también fui poeta una vez por espacio de seis meses, cuando cortejé a tu madre.

Kilmeny estaba leyendo en el banco bajo el árbol de lilas, en el momento en que llegaron los dos hombres al huerto. Se puso de pie y avanzó tímidamente para salirles al encuentro, preguntándose quién seria el caballero alto y de pelo blanco que llegaba con Eric.

Mientras se aproximaba, Eric vio emocionado que la niña nunca había parecido más encantadora. Tenía puesto un vestido con su azul favorito, sencilla y elegantemente hecho como toda la ropa que usaba siempre, revelando las perfectas lineas de su esbelta figura. Su brilloso cabello estaba levantado en torno a su cabeza como una corona trenzada y los asteres brillaban a su vez en él como pálidas estrellas.

El rostro estaba ligeramente sonrosado con la excitación. Parecía una joven princesa coronada por el haz de rayos solares que traspasaba el ramaje de los árboles.

-Padre, ésta es Kilmeny -dijo orgulloso el joven.

Kilmeny tendió su mano, pronunciando un timido saludo. El señor Marshall tomó la mano y miró tan firmemente el rostro de la muchacha que aun con su naturalidad habitual, Kilmeny necesitó entornar los párpados ante aquellos ojos , fríos y penetrantes. Después, el caballero atrajo a la muchacha hacia sí y la besó grave pero también afectuosamente en la blanca frente.

-Mi querida -dijo-, estoy contento y orgulloso de que haya consentido en ser la esposa de mi hijo... y al mismo tiempo mi muy querida y encantadora hija.

Eric se volvió bruscamente para ocultar su emoción. En su cara había una luz, como se ve en los rostros de quienes ven una gran gloria ensanchándose y extendiéndose ante ellos como bendición para el futuro.

Fin